



**ISAAK BABEL
CUENTOS DE ODESA
Y OTROS RELATOS**



Los cuentos de Odessa es una colección de historias cortas de Isaac Babel, situados en la ciudad de Odessa en los días del fin del Imperio ruso y la Revolución rusa. Tratan sobre todo de un grupo de Judíos que viven en Moldavanka, un ghetto de Odessa. Su líder es Benya Krik, conocido como el Rey.

Isaac Bábel

Cuentos de Odesa y otros relatos

Título original: *Odesskie y druguie rasskazi*

Isaac Bábel, 1923

Traducción: José Fernández Sánchez

Bábel

Conocí a Bábel en 1915, en la revista de Gorki *Létopis*.

Alto, bastante joven, cargado de hombros, Gorki, recién llegado, andaba por la redacción enfermo, de mal humor.

En *Létopis* su hombre más íntimo era, creo yo, Bábel. A él le sonreía.

Isaac Bábel había cumplido, calculo, los veintiuno; de baja estatura, de cabeza grande, hombros alzados, habla en voz queda y muy tranquila. En la revista *Létopis* colabora Larisa Réisner, joven y rubia, que edita la revista juvenil *Rudin* y espera la hora de ir a las barricadas.

Létopis publicó «La guerra y el mundo» de Mayakovski; entonces Gorki se sentía muy atraído por Mayakovski. La revista me encargaba reseñas, casi siempre eran libros de teoría traducidos.

Se estimaba que haría una cosa amena y que los autores no se molestarían, pues no llegarían a leerlo. Por la revista desfilaban nombres que después desaparecían. Los autores pasaban como centellas, pero a Bábel lo trataban muy en serio. Publicó un cuento sobre dos niñas, dos muchachas de vida inepta y pobre; el padre se fue a Kamchatka y la madre quedó desorientada.

El cuento es de un suave naturalismo; terrible y discreto. No recuerdo si Bábel llegó a publicar un relato sobre dos chinos en Petersburgo —uno viejo y el otro joven—. Es una narración lírica, muy atrevida y franca. Creo que entonces Bábel no sabía qué escribir, pero escribía con soltura.

Después vi a Bábel en el periódico *Nóvaya zhizn*. Sus artículos aparecían con la firma de «Babel», y se titulaban «Nuevos hábitos».

Por tercera vez vi a Bábel en Petrogrado en 1919. Vivía en la avenida del 25 de Octubre, número 86. La avenida del 25 de Octubre es la Nevski; entonces estaba cubierto de montones de nieve como conchas.

Las chimeneas de Petrogrado humeaban, el cielo era de añil, frío, la nieve laminar brillaba como nácar de un azul amarillento. Entre las conchas de nieve trezaban su rala red las sendas de los transeúntes.

Como inquilino permanente Bábel vivía en las habitaciones amuebladas solo; los demás venían e iban. Observaba la vida con tranquilidad y detenimiento. Decía que las mujeres venían antes de las seis: más tarde era difícil llegar a casa. Sobre la mesa de Bábel siempre hervía el samovar, muchas veces había pan: el dueño era hospitalario.

Venía un narrador extraordinario, el químico Piotr Storitsin, un hombre amigo de escribir críticas de ballet y de contar historias inverosímiles. Asiduo era el viejo Kondrat Yákovlev, un gran artista. Bábel me dejó un jersey gris y un maletín de cuero amarillo y desapareció. Corrió el rumor de que a Bábel le habían matado en el Ejército de caballería.

En 1924, Bábel regresó con dos libros; uno sobre el Ejército de caballería.

A Bábel le acusaban con frecuencia de preciosismo, romanticismo y biblismo. Eso mismo le reproché yo.

Pero entonces, por última vez en la guerra, chocaron dos ejércitos de caballería: nuestro primer ejército de caballería cosaca y la caballería polaca.

Estas batallas de sables renovaron el romanticismo bélico y lo que escribió Bábel era verdad.

Muchos de los que escribieron sobre la revolución la temían y sus personajes eran gente modesta, tímida, acongojada.

Los personajes de Bábel se parecen a los personajes de *Tarás Bulba*, de Gógol; cruzan la estepa verde como bolas rojas, azotados por las altas hierbas. Sobre la estepa se mece el humo: la guerra atraviesa las llanuras y va de caserío en caserío.

Los personajes de Bábel, en mi opinión, son reales, se consumen en el fuego de su época, gozan de la vida y de su vitalidad. Parece que ellos mismos ven su proeza y que son capaces de describirla a ocultas con el lenguaje más puro, más sincero, con el lenguaje directo.

En los *Cuentos de Odesa* el romanticismo amargo y abigarrado del mundo del hampa detesta la estabilidad del mundo de la gente bien.

Bábel no temía al mundo chillón y bello; jamás sus colores se marchitaron. Vio el mundo iluminado por la guerra y las llamas y afrontó su transcurrir con valor tranquilo y callado.

Supo mostrar la vida contradictoria, la contradicción de la cosa y del objeto. En las cartas del frente los cosacos cuentan sus cosas tristes y heroicas celando el brillo de la hazaña con la palabra soez.

Mayakovski estaba enamorado de Bábel. Vladimir tenía pánico a la literatura gris como el pardillo. Sabía que si en las guerras revolucionarias la gente es chillona en el vestir, es porque necesita de los colorines como de las estrellas del cielo.

Así escribo ahora de Bábel; hace cuarenta años escribía de manera distinta: le quería, pero me daban miedo las palabras sin ironía.

Encontraba a Bábel en los estudios de cine.

La última vez que le vi fue en Yásnaya Poliana. Marchábamos juntos por una hierba corta, pero muy verde; la hierba cubría de densidad y suavidad el prado ancho, bajaba hasta el río y acababa en el río, negro y estrecho, tras el cual se alzaba un verde soto.

Bábel marchaba cabizbajo, tranquilo, hablaba del cine; parecía muy cansado, hablaba con tranquilidad y no acertaba a ligar, a decir hasta el final lo que ya comprendía.

Antes de esto había escrito el drama *Ocaso* —que con fuerza bíblica muestra el dolor y la razón tardía de un amor no joven.

Íbamos los dos por la hierba, y suave, ante nosotros, corría un río estrecho: era como una línea

trazada con lápiz azul sobre un libro de contabilidad para escribir bajo la línea la palabra «saldo».

No éramos aún viejos, corría el año 1937^[1].

Víctor Shklovski

Autobiografía

Nací en 1894 en Odesa, en el barrio de Moldavanka; soy hijo de un comerciante judío. Hasta los dieciséis años, a instancias de mi padre, estudié el hebreo, la Biblia y el Talmud. La vida en casa era difícil: de la mañana a la noche me hacían estudiar un sinfín de materias. Descansaba en la escuela, que llevaba el nombre de Primera Escuela Comercial «Emperador Nikolai I», de Odesa. Allí estudiaban hijos de mercaderes extranjeros, de contratistas judíos, de polacos acaudalados, de viejos creyentes y muchos billaristas que rebasaron la edad escolar. En los recreos solíamos ir al pantalán del puerto, a jugar al billar en los cafés griegos, a las bodegas de Moldavanka, a beber vino besarabo barato. Tampoco olvidaré esa escuela porque en ella enseñaba francés M. Vadon. Era bretón y tenía, como todos los franceses, dotes literarias. Me enseñó su lengua, estudié con él los clásicos franceses, establecí contactos estrechos con la colonia francesa de Odesa y a los quince años comencé a escribir relatos en francés. Lo dejé dos años después: los *paysans* y las digresiones me salían sin gracia; sólo el diálogo se me daba.

Terminada la escuela me desplazé a Kíev y en 1915 a Petersburgo. En Petersburgo lo pasé muy mal, no tenía certificado de residencia y me ocultaba de la policía en la calle Púshkinskaya, en un sótano habitado por un camarero desgarrado y borracho. En ese año de 1915 empecé a llevar mis creaciones a las editoriales, pero me echaban de todas partes. Todos los redactores (el difunto Izmáilov, Possé y otros), me aconsejaban que me emplease en alguna tienda; no les hice caso y a fines de 1916 llegué hasta Gorki. Lo debo todo a aquel encuentro y hoy pronuncio el nombre de Alexei Maxímovich con cariño y veneración. Él insertó mis primeros relatos en *Létopis*, en el número de noviembre de 1916 (a causa de estos relatos fui enjuiciado de acuerdo con el artículo 1001), él me enseñó cosas de extraordinaria importancia, y después, cuando se aclaró que mis dos o tres tolerables experimentos de adolescente habían sido una casualidad, que con la literatura no me salía nada y que escribía asombrosamente mal, Alexei Maxímovich me envió a que me mezclara entre el pueblo.

Durante siete años —de 1917 a 1924— viví entre el pueblo. En ese período fui soldado en el frente rumano, serví en la Cheka, en el Comisariado de Instrucción Pública, en las expediciones de 1918 para acopio de alimentos, en el Ejército del Norte contra Yudénich, en el Primer ejército de caballería, en el Comité regional de Odesa, fui redactor en la imprenta número 7 de Odesa, periodista en Petersburgo y Tiflís, etc. Sólo en 1923 aprendí a expresar mis pensamientos de manera clara y sin explayarme mucho.

Por eso dato el inicio de mi labor literaria en los comienzos de 1924, cuando en el número 4 de la revista *Lef* aparecieron mis relatos: «La sal», «La carta», «La muerte de Dolgushov», «El Rey» y otros.

El Rey

Terminada la bendición nupcial el rabí se dejó caer en un sillón; después salió de la habitación y observó las mesas a todo lo largo del patio. Eran tantas, que la cola asomaba por el portón a la calle Gospitálnaya. Cubiertas con terciopelo, las mesas serpenteaban por el patio como culebras de vientre recosido con remiendos multicolores; cantaban con voces graves, los remiendos de terciopelo naranja y rojo.

Los apartamentos quedaron transformados en cocinas. Por las puertas hollinadas salía una llamarada succulenta, llamarada borracha y rolliza. En sus rayos ahumados se tostaban rostros de ancianas, papos temblones de mujer, tetas sobadas. Un sudor rosado como la sangre, rosado como la baba de un perro rabioso, bordeaba aquellos montones de medrada carne humana y de dulce pestilencia. Tres marmitonas, sin contar las fregonas, preparaban la cena nupcial; dirigíalas la octogenaria Reizl, tradicional como un rollo del Thora, menuda y jibosa.

Aún no iniciada la cena entró en el patio un joven desconocido por los convidados... Preguntó por Benia Krik y llamó aparte a Benia Krik.

—Oiga, Rey —dijo el joven—, debo comunicarle un par de palabras. Me manda la tía Jana de la calle Kostétskaya...

—Bien —respondió Benia Krik, alias el Rey—, venga ese par de palabras.

—Ayer llegó a la comisaría el jefe nuevo; la tía Jana me encargó que se lo dijera.

—Me enteré anteayer —observó Benia Krik—. ¿Qué más?

—El comisario reunió al personal y le echó un discurso.

—La escoba nueva barre limpio —respondió Benia Krik—. Quiere una redada. ¿Qué más?

—¿Sabe usted, Rey, cuándo es la redada?

—Será mañana.

—Es hoy, Rey.

¿Quién te ha dicho eso, niño?

—Lo dijo la tía Jana. ¿Conoce a la tía Jana? —Conozco a la tía Jana. ¿Qué más?

—El comisario reunió al personal y le echó un discurso. «Debemos aplastar a Benia Krik», dijo, «porque al lado de su majestad imperial no hay rey que valga. Hoy que Krik casa a su hermana y todos estarán allí haremos la redada...».

—¿Qué más?

—... Entonces los agentes se asustaron. Dijeron: «Si hacemos la redada cuando Benia anda de fiesta se disgustará y correrá mucha sangre». El comisario dijo: «Por encima de todo está mi amor

propio»...

—Bien, vete —respondió el Rey.

—¿Qué le digo de la redada a la tía Jana?

—Que Benia está enterado de la redada.

El joven se fue y con él tres amigos de Benia. Dijeron que regresarían a la media hora. Y regresaron a la media hora. Eso fue todo.

Se sentaron a la mesa sin tener en cuenta la edad. La vejez chocha es algo tan deplorable como la juventud cobarde. Tampoco se sentaron de acuerdo a las fortunas. El forro de una pesada talega está zurcido con lágrimas.

En el lugar de preferencia se sentaron los novios. Era su ocasión. Después estaba Sénder Eijbaum, suegro del Rey. Era su derecho. El historial de Sénder Eijbaum es digno de conocerse: no es un historial cualquiera.

¿Cómo Benia Krik, atracador y cabecilla de atracadores, llegó a yerno de Eijbaum? ¿Cómo llegó a yerno de un propietario de sesenta menos unas vacas lecheras? Todo ocurrió a raíz de un atraco. Hacía sólo un año Benia escribió a Eijbaum una carta.

«Mosié Eijbaum —le ponía—, ruego que coloque mañana bajo el portón de la Sofiyevskaya, 17, veinte mil rublos. Si no, le espera algo jamás oído y Odesa entera hablará de usted. Respetuosamente, Benia el Rey».

Tres cartas, a cual más diáfana, no tuvieron respuesta. Entonces Benia actuó. Una noche se presentaron nueve hombres con palos largos. En los palos llevaban estopa embreada amarrada. Nueve estrellas fulgurantes se encendieron en la vaqueriza de Eijbaum. Benia rompió las cerraduras del establo y sacó las vacas, una por una. Un muchacho armado de cuchillo tumbaba la vaca de un golpe y clavaba el cuchillo en el corazón de la vaca. En la tierra encharcada de sangre las antorchas florecieron como rosas de fuego; sonaron disparos. Con los disparos Benia intimidaba a las empleadas apiñadas cerca del establo. Los otros asaltantes también dispararon al aire porque si no se tira al aire puede haber víctimas. Cuando la sexta vaca se derrumbó a los pies del Rey con un postrer mugido, en el patio apareció Eijbaum en calzoncillos y se interesó:

—¿Qué consecuencias tendrá esto, Benia?

—Que si yo me quedo sin el dinero, usted se queda sin las vacas. Como que dos y dos son cuatro.

—Entra en el local, Benia.

En el local se pusieron de acuerdo. Se repartieron a medias las vacas degolladas. La inviolabilidad de Eijbaum quedó garantizada y confirmada por un certificado acuñado. Pero lo más asombroso vino después.

En el asalto de aquella terrible noche, cuando las vacas acuchilladas mugían y las terneras

resbalaban en la sangre de sus madres, cuando las antorchas danzaban como negras doncellas y las lecheras se espantaban y chillaban intimidadas por las pistolas benevolentes, aquella noche terrible bajó al patio en camisa escotada Tsilia, la hija del viejo Eijbaum. La victoria del Rey se transformó en su derrota.

A los dos días, sin aviso previo, Benia devolvió a Eijbaum el dinero arrebatado y una tarde se presentó de visita. Vestía un traje color naranja, bajo el puño de su camisa centelleaba una pulsera de brillantes; entró en la habitación, saludó y pidió a Eijbaum la mano de su hija Tsilia. El viejo sufrió un ligero ataque, pero se recuperó. Al viejo le quedaba vida para otros veinte años.

—Oiga, Eijbaum —le dijo el Rey—, el día que usted se muera le entierro en el primer cementerio judío y muy cerca de la entrada. Le pongo, Eijbaum, un monumento de mármol rosado. Le hago parnas de la sinagoga Bródskaya. Dejo mi especialidad, Eijbaum, y me asocio a su empresa. Usted, Eijbaum, tendrá doscientas vacas. Mataré a todos los lecheros, excluyéndole a usted. Ningún ladrón rondará la calle en que usted vive. Le construyo un chalet en la estación dieciséis... Recuerde, Eijbaum: en su juventud usted tampoco fue rabí. No diremos en voz alta quién falsificó el testamento, ¿eh?... Usted tendrá por yerno a un Rey. No a un mocoso, sino a un Rey, Eijbaum...

Benia Krik se salió con la suya porque era apasionado y las pasiones imperan en el mundo. Los recién casados pasaron tres meses en la exuberante Besarabia en medio de uvas, de comida abundante y de sudor amoroso. Después Benia regresó a Odesa para casar a su hermana Dvoira, una cuarentona que padecía la enfermedad de Basedow. Ahora, relatada la historia de Sénder Eijbaum, podemos retornar a la boda de Dvoira Krik, la hermana del Rey.

En la cena de boda hubo pavo, pollo asado, pescado relleno y uja^[2] con islotes de limón de reflejos nacarinos. Sobre las cabezas muertas de los pavos cimbreaban flores semejantes a penachos vaporosos. Pero ¿acaso la resaca del mar de Odesa deposita en la orilla pollos asados?

Aquella noche estrellada y azul todo lo más noble de nuestro contrabando, todo lo que del uno al otro confin honra a nuestra tierra, dejó sentir su efecto destructivo y seductor. El vino forastero calentaba los estómagos, quebraba dulcemente las piernas, embotaba los cerebros y provocaba regüeldos sonoros como las notas de la trompa de guerra. El cocinero negro del «Plutarco», llegado hacía dos días de Port Said, trajo más acá de la raya aduanera barrigudas botellas de ron de Jamaica, oleoso vino de Madera, cigarros de las vegas de Pearpont Morgan y naranjas de las proximidades de Jerusalén. Eso deposita en la orilla la espumosa resaca del mar de Odesa, de eso se benefician en ocasiones los mendigos de Odesa en las bodas judías. En la boda de Dvoira Krik se beneficiaron de ron de Jamaica. Por eso, borrachos como cerdos, los mendigos judíos repiqueteaban ruidosamente con sus muletas. Eijbaum, el chaleco desabrochado, observaba con un ojo entreabierto la estruendosa asamblea y eructaba con esmero. La orquesta tocaba la fanfarria. Parecía la parada militar de una división. Fanfarria y más fanfarria. Los atracadores, sentados en filas estrechas, cohibidos al principio por la presencia de gente ajena, se fueron animando. Liova Katsap estrelló una botella de aguardiente en la cabeza de su querida. Monia, el artillero, disparó al aire. El entusiasmo llegó a su apogeo cuando, según las viejas costumbres, los invitados ofrecieron sus regalos a los novios. Los

salmistas sinagogaes se encaramaron a las mesas y, secundados por la estrepitosa fanfarria, contaban los rublos y cucharas de plata regalados. Los amigos del Rey hicieron gala de la sangre azul y de la caballerosidad inextinguida del barrio de Moldavanka. Con ademán descuidado dejaban caer en las bandejas de plata monedas de oro, sortijas y corales.

La aristocracia de Moldavanka llevaba chalecos carmesí, abrazaban sus hombros chaquetas rojas y en sus piernas carnosas reventaba el cuero color turquesa. Erguidos, barriga en ristre, los bandidos palmeaban al son de la música, gritaban «amargo»^[3] y lanzaban flores a la novia. Esta, la cuarentona Dvoira, la hermana de Benia Krik, la hermana del Rey, desfigurada por la enfermedad, de papo abultado y ojos desorbitados, estaba sentada sobre un montón de almohadas y tenía a su lado a un niño canijo comprado con el dinero de Eijbaum y mudo de angustia.

La entrega de los regalos llegaba a su fin: los salmistas enronquecieron y el contrabajo se enemistó con el violín. De pronto, sobre el patio se extendió un ligero olor a chamusquina.

—Benia —dijo papá Krik, un viejo carretero con fama de mal educado entre los carreteros—, Benia, ¿sabes qué me se ocurre? Me se ocurre que aquí arde el hollín...

—Papá —respondió el Rey a su padre beodo—, coma y beba, por favor, y no se preocupe de esas tonterías...

Papá Krik siguió el consejo de su hijo. Comió y bebió. Pero la nube de humo se hacía más asfixiante. En algunas partes el borde del cielo se tiñó de rosa. Una lengua de fuego, fina como una espada, lanzó una estocada por alto. Los convidados se levantaron y olfatearon el aire. Sus mujeres chillaron. Los atracadores se miraron unos a otros. Sólo Benia, que no notaba nada; estaba afligido.

—Me están aguando la fiesta —gritaba con desesperación—. Queridos: coman y beban, por favor...

Mas en ese momento apareció en el patio el joven que había estado antes de comenzar la fiesta.

—Rey —dijo—, debo comunicarle un par de palabras.

—Dilas —respondió Krik—. Tú siempre tienes en reserva un par de palabras...

—Rey —pronunció el joven desconocido con una risita—, la cosa tiene gracia. La comisaría entera arde como una antorcha...

Enmudecieron los tenderos. Sonrieron los atracadores. Manka, una sesentona, progenitora de bandidos del barrio, se metió dos dedos en la boca y produjo un silbido que hizo tambalearse a sus adláteres.

—Mania, que no está usted en el trabajo —observó Benia—. Más paciencia, Mania...

El joven mensajero seguía riendo.

—Salieron de la comisaría unos cuarenta —decía moviendo la mandíbula— para hacer la redada. Se apartaron unos quince pasos y empezó el incendio... Corran a verlo, si quieren...

Benia prohibió a los convidados ir al incendio. Fue él con dos compañeros. La comisaría ardía por los cuatro costados. Los policías corrían por la escalera meneando el trasero, envuelto en humo y lanzaban cofres por las ventanas. Los detenidos aprovecharon la confusión y se fugaron. Los bomberos se sentían pletóricos de entusiasmo, pero en el grifo inmediato no había agua. El comisario, la escoba nueva que barre limpio, estaba en la acera de enfrente mordiéndose el mostacho, que se le metía en la boca. La nueva escoba estaba quieta. Benia pasó cerca del comisario y le saludó a lo militar.

—Muy buenas, excelencia —dijo compadecido—. ¿Vaya calamidad, eh? Es algo de pesadilla...

Detuvo la mirada en el edificio en llamas, meneó la cabeza y chasqueó los labios:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...

Benia retornó a casa cuando en el patio se apagaron los faroles y en el cielo se encendía la aurora. Los convidados se habían retirado; los músicos dormitaban con la cabeza descansando en el mástil de sus contrabajos. Sólo Dvoira no está dispuesta a dormir. Empujaba al marido asustado hacia la puerta del dormitorio conyugal; mirábale con la lascivia del gato que lleva un ratón en la boca y lo palpa suavemente con los dientes.

Así se hacía en Odesa

Empecé:

—Rebe Arie-Leib —dije al viejo—, hablemos de Benia Krik. Hablemos de su comienzo fulminante y de su terrible final. Tres sombras interfieren el camino a mi imaginación. Fróim Grach. ¿Acaso el acero de sus actos no es comparable a la fuerza del Rey? Kolka Pakovski. La furia de aquel hombre tenía todo lo necesario para ordenar. ¿Acaso Jaim Drong no vislumbró el brillo del nuevo astro? Entonces, ¿por qué sólo Benia Krik subió la escalera de cuerda mientras los demás quedaron abajo, colgando de los vacilantes peldaños?

Rebe Arie-Leib callaba encaramado en la tapia del cementerio. Ante nosotros se extendía la verde tranquilidad de las tumbas. El que espera respuesta debe armarse de paciencia. Al sabio le corresponde ser circunspecto. Por eso Arie-Leib permanecía callado en la tapia del cementerio. Por fin dijo:

—¿Por qué fue él? ¿Por qué no ellos, desea usted saber? Bien. Olvídense por un rato de que tiene gafas en la nariz y otoño en su alma. Deje de armar escándalos ante su mesa escritorio y de tartamudear en público. Imagínese por un instante que arma escándalos en la plaza y que tartamudea en el papel. Es usted un tigre, un león, un gato. Es capaz de pasar la noche con una mujer rusa y la mujer rusa quedará satisfecha de usted. Cuenta usted veinticinco años. Si el cielo y la tierra tuvieran anillas usted se engancharía a las anillas y unía el cielo con la tierra. Su padre es Méndel Krik, el carretero. ¿En qué piensa un padre así? Pues piensa en soplarse una buena copa de aguardiente, en romperle los morros a quien sea, en sus caballos y en nada más. Usted quiere vivir y él le hace morir veinte veces al día. ¿Qué hubiera hecho usted en el lugar de Benia Krik? No hubiera hecho nada. Pero Benia sí hizo. Por eso él es un Rey, mientras que usted hace la higa en el bolsillo.

El, Bencito, fue adonde Fróim Grach, que ya miraba al mundo con un solo ojo y ya era lo que es. Dijo a Fróim:

—Cógeme. Quiero arrimarme a tu orilla. La orilla a la que me arrime saldrá beneficiada.

Grach le preguntó:

—¿Quién eres, de dónde vienes y cómo respiras?

—Hazme una prueba, Fróim —respondió Benia—, y dejemos de restregar las gachas blancas por la mesa limpia.

—Dejemos de restregar las gachas —respondió Grach—. Te haré la prueba.

Los atracadores reunieron el consejo para pensar en Benia Krik. No estuve presente en el consejo, pero se dice que lo reunieron. El difunto Liova el Toro era el responsable.

—¿Qué cosas oculta ese Bencito bajo la gorra? —preguntó el difunto Toro.

Grach el tuerto opinó:

—Benia habla poco, pero sustancioso. Habla poco, pero sientes ganas de que diga algo más.

—Si es así —exclamó el difunto Liovka—, probémoslo con Tartakovski.

—Probémoslo con Tartakovski —decidió el consejo, y todos los que aún albergaban vergüenza enrojecieron al escuchar la decisión. ¿Por qué enrojecieron? Lo sabrá si va adonde le llevo.

Tartakovski tenía los mote de «Judío y medio» y de «Nueve asaltos». Le llamaban «Judío y medio» porque en ningún otro hebreo había tanta audacia ni tanto dinero como en Tartakovski. Era más alto que el policía más alto de Odesa y pesaba más que la judía más gorda. Le llamaban «Nueve asaltos» porque la firma «Liovka el Toro y Co.» lanzó contra su oficina no ocho ni diez asaltos, sino justamente nueve. A Benia, que aún no era Rey, le cupo el honor de perpetrar contra el «Judío y medio» el décimo asalto. Cuando Fróim se lo comunicó él dijo «sí» y salió dando un portazo. ¿Por qué dio un portazo? Lo sabrá si va adonde le llevo.

Tartakovski tiene entrañas de asesino, pero es nuestro. Salió de entre nosotros. Es sangre nuestra. Lleva nuestra carne, como si nos hubiera parido la misma madre. Media Odesa está empleada en sus tiendas. Fue víctima de su gente, de los de Moldavanka. Dos veces lo secuestraron para lo del rescate y una vez, durante un pogrom, lo enterraron con cantantes. Los matones del suburbio maltrataron a los judíos en la calle Bolshaya Arnaútskaya. Cuando escapaba, Tartakovski vio un entierro con cantantes en la calle Sofiskaya. Preguntó:

—¿A quiénes entierran con cantantes?

Los transeúntes le contestaron que enterraban a Tartakovski. La procesión llegó al cementerio del suburbio. Allí los nuestros sacaron una ametralladora del ataúd y dispararon contra los matones del suburbio. «Judío y medio» no se imaginaba tal cosa. A «Judío y medio» le entró un susto terrible. En su lugar cualquier tendero hubiera hecho lo mismo.

El décimo atraco a un hombre enterrado una vez era una grosería. Benia, que aún no era Rey, lo comprendía mejor que nadie. Pero dijo a Grach que sí y aquel mismo día escribió a Tartakovski una carta como todas las cartas de ese estilo:

«Estimadísimo Ruvim Osipovich: El sábado tenga la amabilidad de poner bajo la barrica del agua de lluvia..., etcétera. Si se niega, como últimamente se lo estuvo permitiendo usted, le espera una gran decepción en su vida familiar. Con todo el respeto, su conocido Bención Krik».

Tartakovski no tuvo pereza y contestó inmediatamente:

«Benia: Si fueras idiota te contestaría como a un idiota. Pero no te reconozco como tal y no quiera Dios que te reconozca. Por lo visto, te haces el niño. ¿No sabes que en la Argentina hubo este año cosecha a rabiarse y que nosotros estamos con nuestro trigo sin estrenar?... Te digo con el corazón en la mano que estoy harto de tragar a mi vejez un mendrugo tan amargo y de aguantar estos disgustos después de haber trabajado toda la vida como el último carretero. ¿Qué me queda después de esos trabajos forzados ilimitados? Llagas, pupas, quebrantos y desvelos. Déjate de tonterías, Benia. Tu amigo, más de lo que te imaginas, Ruvim Tartakovski».

«Judío y medio» hizo lo que debía: contestó a la carta. Pero el correo no la entregó al destinatario. Benia, al no recibir la respuesta, se encolerizó. Al día siguiente se presentó con cuatro amigos en la oficina de Tartakovski. Cuatro muchachos con antifaces y revólveres irrumpieron en la habitación.

—Manos arriba —dijeron y comenzaron a agitar las pistolas.

—Trabaja con más calma, Salomón —observó Benia a uno de los que más alborotaban—. Deja esa costumbre de ponerte nervioso en el trabajo. Se dirigió al dependiente que estaba blanco como la muerte y amarillo como la arcilla y le preguntó:

—¿Está «Judío y medio» en el establecimiento?

—No está en el establecimiento —respondió el dependiente, que se apellidaba Muguinshtein, de nombre Iósif, hijo soltero de la tía Pesia, la que vende gallinas en la plaza Seredínnaya.

—Vamos, ¿quién sustituye aquí al dueño? —inquirieron al pobre Muguinshtein.

—Yo sustituyo al dueño —dijo el dependiente verde como la hierba verde.

—Entonces, ábrenos la caja con la ayuda de Dios —le ordenó Benia y comenzó una ópera en tres actos.

Salomón, el nervioso, metía en la maleta dinero, papeles, relojes y monogramas; el difunto Iósif permanecía ante él con las manos levantadas, mientras Benia relataba historias de la vida del pueblo judío.

—Ya que se hace el Rothschild —decía Benia refiriéndose a Tartakovski—, que reviente. Tú dime, Muguinshtein, como a un amigo: él recibe de mí una carta oficial, ¿qué menos que tomar el tranvía por cinco kopeks y presentarse en mi casa para beber con mi familia una copa de aguardiente y comer lo que Dios nos dé? ¿Qué le impidió hablarme con franqueza? Me hubiese dicho: «Benia, hay esto y esto. Ahí tienes mi balance. Espera un par de días. Déjame respirar. Déjame desentumecerme». ¿Qué le diría yo? Un cerdo jamás se encuentra con otro cerdo, pero un hombre con otro sí. ¿Tú me comprendes, Muguinshtein?

—Sí, le comprendo —dijo Muguinshtein—, pero mentía: no acababa de comprender para qué «Judío y medio», un rico respetado y más importante que nadie, tenía que tomar el tranvía para comer con la familia del carretero Méndel Krik.

Mientras, la desgracia rondaba al pie de la ventana como el mendigo al amanecer. La desgracia entró estruendosamente en la oficina. Aunque esta vez traía el aspecto del judío Savka Butsis, la desgracia venía borracha como un aguador.

—Go-gu-go —gritó el judío Savka—, perdóname, Bencito, por haber tardado. Y se puso a patalear y a bracear. Después disparó y la bala dio a Muguinshtein en la barriga.

¿Hacen falta palabras? Un hombre vivo dejó de existir. Un inocente solterón que vivía como el pájaro en la rama se murió por una tontería. Llegó un judío con mañas de marinero y no disparó

contra una botella con sorpresa, sino contra la barriga de un hombre. ¿Hacen falta palabras?

—A correr de la oficina —gritó Benia y salió el último. Aún le dio tiempo de gritar a Butsis:

—Te juro por el ataúd de mi madre, Savka, que te enterrarán junto a éste...

Ahora dígame, señorito que corta cupones de acciones ajenas: ¿Qué haría usted en el lugar de Benia Krik? Usted no sabe lo que haría. El sí lo sabía. El era un Rey, mientras que nosotros nos sentamos en la tapia del segundo cementerio judío y nos tapamos del sol con la mano.

El desafortunado hijo de la tía Pesia no se murió en el sitio. A la hora en el hospital se presentó Benia. Invitó al médico jefe y a la enfermera y les dijo sin sacar las manos del pantalón color crema:

—Tengo interés —dijo— en que el enfermo Iósif.

Muguinshtein sane. Por si acaso, me presento: Bención Krik. Con la mejor disposición denle alcanfor, almohadas de aire y habitación aparte. Si no, a cada doctor, aunque sea doctor en filosofía, le tocarán tres metros de tierra.

No obstante, Muguinshtein murió aquella misma noche. Sólo entonces «Judío y medio» empezó a gritar por toda Odesa:

—¿Dónde comienza la policía —vociferaba— y dónde termina Benia?

—La policía termina allí donde empieza Benia —le respondía la gente sabia. Pero Tartakovski siguió sin calmarse hasta el día que un automóvil rojo con claxon musical tocó en la plaza Seredínnaya su primera marcha de la ópera «Ríe, payaso». El auto llegó en pleno día a la casa de la tía Pesia.

El auto parecía rechinar las ruedas, escupía humo, despedía fulgores con su bronce, exhalaba gasolina y tocaba arias con el claxon. Alguien se apeó del automóvil y pasó a la cocina, en cuyo piso de tierra se retorció la menuda tía Pesia. «Judío y medio» estaba sentado en una silla y hacía aspavientos.

—Canalla —gritó al ver al visitante—, bandido. Que la tumba no te admita. Te echaste la moda de matar a gente viva...

—Mosié Tartakovski —le respondió Benia Krik en voz baja. Llevo un día y pico llorando al querido difunto como si llorase a mi hermano. Pero sé que a usted le importan un bledo mis jóvenes lágrimas. La vergüenza, mosié Tartakovski, ¿en qué caja fuerte guardó su vergüenza? Tuvo estómago para mandar cien míseros rublos a la madre de nuestro difunto Iósif. Cuando oí semejante noticia el cerebro y los pelos se me pusieron de punta.

En este sitio Benia hizo una pausa. Vestía chaqueta color chocolate, pantalón crema y zapatos carmesí.

—Diez mil de un golpe —rugió—, diez mil de un golpe y una pensión hasta su muerte y que viva ciento veinte años. Y si no, salgamos de este local, mosié Tartakovski, y subamos a mi automóvil...

Después riñeron. «Judío y medio» riñó con Benia. No presencié la riña. Pero los que estaban la recuerdan. Quedaron en cinco mil al contado y en cincuenta rublos mensuales.

—Tía Pesia —dijo Benia a la vieja desgreñada que se retorció en el suelo—, si necesita de mi vida, tómela, pero todo el mundo comete errores. Hasta Dios. Fue un error enorme, tía Pesia. Pero ¿acaso no fue un error que Dios situase a los judíos en Rusia para que sufran igual que en el infierno? ¿Acaso hubiera estado mal que los judíos vivieran en Suiza, rodeados de lagos de primera calidad, de aire de montaña y de franceses a tutiplén? Todos cometen errores. Hasta Dios. Escúcheme con los oídos, tía Pesia. Usted tiene cinco mil en mano y cincuenta rublos hasta su muerte, viva usted ciento veinte años. Iósif tendrá un entierro de primera: seis caballos como seis leones, dos carrozas con coronas, el coro de la sinagoga Brodskaya, Minkovski en persona oficiará la misa de cuerpo presente...

Al día siguiente fue el entierro. ¡Que le cuenten el entierro los mendigos del cementerio! Pregunte de él a los salmistas de la sinagoga, a los vendedores de carne trifa o a las viejas del asilo número dos. Un entierro como éste jamás lo había visto Odesa y el mundo no lo verá. Ese día la policía se puso guantes de hilo. En las sinagogas, adornadas con ramas y abiertas de par en par, ardía la electricidad. En los caballos blancos que tiraban del carro se mecían penachos negros. Abrían la procesión sesenta cantantes. Los cantantes eran niños que cantaban con voz de mujer. Los parnases de la sinagoga de los que venden carne trifa llevaban a la tía Pesia del brazo. Tras los parnases marchaban los miembros de la sociedad de dependientes judíos; tras los dependientes judíos iban los abogados, los doctores en medicina y las enfermeras parteras. A un costado de la tía Pesia se hallaban las vendedoras de gallinas del Viejo mercado y al otro costado las respetables lecheras de Bugáyevka, envueltas en mantillas color naranja. Pateaban como los gendarmes en un desfile un día de fiesta. Sus anchas caderas olían a mar y a leche. Los últimos eran los empleados de Ruvim Tartakovski. Eran cien o doscientos, o dos mil. Vestían levitas negras con solapa de seda y zapatos nuevos que crujían como lechones en un saco.

Pues bien. Hablaré como Dios habló en el monte del Sinaí desde la zarza ardiente. Ponga mis palabras en sus oídos. Todo lo que vi lo vi con mis propios ojos aquí sentado, sobre la tapia del segundo cementerio, al lado de Moisesito, el tartajoso, y de Shimsón, el de pompas fúnebres. Yo lo vi, Arie-Leib, judío arrogante que vive a expensas de los muertos.

La carroza llegó a la sinagoga del cementerio. Colocaron el ataúd en la escalinata. La tía Pesia temblaba como un pajarito. El chantre salió del faetón y comenzó la misa. Sesenta cantantes lo coreaban. En esto apareció en un recodo un auto rojo. Tocó «Ríe, payaso» y frenó. La gente callaba como difunta. Callaban los árboles, los cantantes, los mendigos. Cuatro hombres aparecieron por debajo del techo rojo y con paso lento llevaron a la carroza un ramo de rosas jamás vistas. Terminó la misa y los cuatro hombres arrimaron al ataúd sus hombros de acero, y con fuego en los ojos y el pecho abombado caminaron junto a los miembros de la sociedad de dependientes judíos.

Delante marchaba Benia Krik, al que nadie llamaba aún el Rey. Llegó el primero a la tumba, subió al montículo y extendió la mano.

—¿Qué quiere hacer, joven? —se acercó a él Kofman, de la cofradía fúnebre.

—Quiero decir un discurso —respondió Benia Krik. Y dijo el discurso. Lo oyó todo el que quiso. Lo oí yo, Arie-Leib, y Moisesito el tartajoso, sentado conmigo en la tapia.

—Señores y señoras —dijo Benia Krik—, señores y señoras —dijo, y el sol se detuvo sobre su cabeza como un centinela con la escopeta—. Acudieron ustedes a dar el último adiós a un honrado trabajador muerto por una bagatela. En mi nombre y en el de los que aquí no están presentes les doy las gracias. Señores y señoras: ¿Qué vio en su vida nuestro querido Iósif? Vio un par de tonterías. ¿Qué hacía? Contar el dinero ajeno. ¿Por qué cayó? Cayó por toda la clase laboriosa. Unos ya están condenados a morir y otros no han comenzado aún a vivir. Una bala enfilada hacia un pecho predestinado atravesó a Iósif, que en su vida no vio más que un par de tonterías. Unos saben beber aguardiente y otros no saben beber aguardiente, pero lo beben. Los primeros se sienten a gusto en el dolor y en la alegría mientras que los segundos sufren por todos los que beben aguardiente sin saber beberlo. Por eso, señores y señoras, después que recemos por nuestro pobre Iósif, les ruego que visiten la tumba de Saveli Butsis, desconocido de ustedes, pero ya cadáver...

Benia terminó el discurso y bajó del montículo. Callaron la gente, los árboles y los mendigos del cementerio. Dos enterradores llevaron un ataúd sin pintar hacia la tumba vecina. El chantre terminó la oración tartamudeando. Benia echó la primera palada y pasó adonde Savka. Los abogados y las mujeres con broches siguiéronle como ovejas. Hizo al chantre officiar la misa completa sobre Savka y sesenta cantantes corearon al chantre. Savka jamás había soñado con una misa así, crea a Arie-Leib, un viejo anciano.

Dicen que aquel día «Judío y medio» decidió cerrar el negocio. Yo no estaba presente. Pero que ni el chantre, ni el coro, ni la cofradía fúnebre pidieron dinero por el entierro, eso lo vi yo con los ojos de Arie-Leib. Arie-Leib es mi nombre. No logré ver nada más: la gente se retiró despacio de la tumba de Savka y se lanzó a la carrera como de un incendio. Salieron volando en faetones, en carros y a pie. Sólo los cuatro que vinieron en auto se fueron en él. El claxon tocó la marcha, la máquina se estremeció y partió.

—Ahí va el Rey —dijo a su paso Moisesito el tartajoso, el que me quita los mejores sitios en la tapia.

Ahora usted lo sabe todo. Sabe quién fue el primero en pronunciar la palabra «rey»: Moisesito. Sabe por qué no dio ese nombre a Grach el tuerto ni a Kolia el furioso. Usted ya está enterado de todo. Pero ¿de qué le sirve si sigue con las gafas sobre la nariz y con el otoño en el alma?...

Grach siguió y vio en su patio a una mujer de altura descomunal, de caderas enormes y de mofletes color ladrillo.

—Papá —dijo la mujer con atronadora voz de bajo—, me consumo de aburrimiento. Le estoy esperando todo el día... La abuela murió en Tulchin.

Grach, desde el carro, observaba a su hija con *ojos* muy grandes.

—No te revuelvas ante los caballos —dijo desesperado—, agarra al de varas por el bridón. No me eches a perder las caballerías...

Grach, de pie en el carro, agitó el látigo. Baska tomó al de varas por el bridón y llevó los caballos a la cuadra. Desapareció y se fue a la cocina a preparar algo. Colgó de una cuerda los peales del padre, limpió con arena la cafetera entiznada y calentó croquetas en una cacerola de hierro.

—Hay aquí una mugre espantosa, papá —dijo ella y echó por la ventana unas agrias pieles de oveja tiradas en el suelo—. Tengo que sacar toda la basura —gritó Baska y puso la cena.

El viejo bebió aguardiente en una cafetera esmaltada y comió las croquetas que olían a infancia feliz. Después tomó el látigo y salió a la calle. Baska lo siguió. Se puso zapatos de hombre y un vestido naranja, se caló el gorro plagado de pajaritos y se sentó en el banco. La noche pasaba junto al banco, el *ojo* brillante del ocaso caía en el mar, más allá de Perésip y el cielo estaba rojo como un día festivo en el calendario. En la Dálnitskaya cerraron todos los comercios y los atracadores marcharon a la calle apartada donde tenía su burdel Ioska Samuelsón. Iban en calesas acharoladas, abigarrados como colibríes, vistiendo chaquetas de color. Con los ojos muy abiertos, con un pie en el estribo sostenían en sus férreas manos flores envueltas en papel de fumar. Sus calesas acharoladas avanzaban al paso; en cada carro iba uno con su ramo; los cocheros tiesos en sus pescantes, adornados con cintas, parecían padrinos de boda. Las viejas judías con escarcelas observaban apáticas el desfile habitual. Eran apáticas para todo las viejas judías, pero los hijos de los tenderos y de los carpinteros de ribera envidiaban a los reyes de la Moldavanka.

Algunos, como Solomoncito Kaplún, hijo de un vendedor de ultramarinos, y Monia el artillero, hijo de un contrabandista, intentaban apartar la mirada para no ver el brillo de la ventura Ajena. Ambos pasaron de largo, contoneándose como mozas que ya saben del amor, cuchichearon y mostraron con ademanes cómo abrazarían a Baska si ella quisiera, Baska quí solo inmediatamente: era una sencilla muchacha de Tulchin, ciudaducha roñosa y cegarata. Pesaba cinco puds y algunas libras, vivió toda su vida entre una estirpe mortificadora de mediadores, libreritos ambulantes y contratistas de madera de la Podolia y jamás había visto a personas como Solomoncito Kaplún. Por eso, al verle raspó el suelo con sus pies gordos, calzados con zapatos de hombre y dijo al padre:

—Papá —dijo con voz atronada—, fíjese en ese señorito. Tiene unas piernecitas que parecen de muñeca. Cómo estrangularía yo esas piernecitas...

—Vaya, señor Grach —susurró un viejo judío apellidado Golúbchik que se había sentado al lado—. Por lo visto, su criatura quiere pacer...

—Era lo que me faltaba —respondió Fróim a Golúbchik, jugueteó con el látigo y marchó a acostarse. Durmió tranquilamente, porque no creyó al viejo. No creyó al viejo y no tenía razón alguna. La razón era de Golúbchik. Golúbchik arreglaba matrimonios en nuestra calle, velaba en casa de difuntos pudientes y conocía de la vida todo lo que de ella es dado conocer. Fróim Grach no tenía razón. La razón era de Golúbchik.

Efectivamente, desde aquel día Baska se pasó las tardes en la calle. Se sentaba en el banco a coser su ajuar. Las mujeres encinta tomaban sitio a su lado, cúmulos de tela trepaban por las potentes rodillas esparrancadas de Baska: las mujeres encinta se hinchaban comiendo de todo, como la ubre de la vaca se hincha en el prado con la leche rosada de la primavera. Mientras, sus maridos iban regresando del trabajo. Los maridos de las mujeres rezongonas exprimían sus barbas bajo el grifo y cedían el sitio a viejas jibosas. Las viejas bañaban en las artesas a niños rollizos, azotaban las nalgas brillantes de los nietos, a los que arrebuñaban en sus faldas raídas. Baska la de Tulchin observó la vida de Moldavanka, nuestra madre generosa, una vida atiborrada de niños chupeantes, de trapos colgados y de noches conyugales, llenas de elegancia de arrabal y de potencia soldadesca. La muchacha aspiraba a una vida semejante, pero supo que la hija de Grach el tuerto no podría esperar partida digna. Entonces dejó de llamar padre al padre.

—Ladrón pelirrojo —le gritaba por la noche—, ladrón pelirrojo, a cenar.

La cosa continuó hasta que Baska se hizo seis camisas de noche y seis pantalones con volantes de puntilla. Terminó de coser las puntillas y rompió a llorar con voz fina, tan distinta a la suya, y entre lágrimas dijo al impávido Grach:

—Todas las muchachas —le dijo— tienen su propio interés en la vida. Yo soy la única que vive como el guardián que cuida de noche un almacén ajeno. Haga conmigo algo, padre, o pongo fin a mi vida...

Grach escuchó todo lo que su hija le dijo, se puso una capa de lona y fue a visitar al tendero Kaplún, a la plaza Privóznaya.

Sobre la tienda de Kaplún brillaba un letrero dorado. En ella olía a muchos mares y a vidas hermosas que no conocemos. Un niño salpicaba con una regadera la fresca profundidad de la tienda y entonaba una canción apta sólo para adultos. Salomoncito, el hijo del dueño, despachaba. Sobre el mostrador había aceitunas llegadas de Grecia, café en grano, vino Málaga de Lisboa, sardinas «Felipe y Cano» y pimienta de Cayena. Kaplún padre permanecía en una galería de cristal aguantando el sol en chaleco y comiendo una sandía roja, una sandía roja con pepitas negras, con pepitas oblicuas como los ojos de pícaras chinas. La barriga de Kaplún descansaba al sol sobre la mesa y el sol no podía con ella. El tendero vio a Grach con la capa de lona y empalideció.

—Buenos días, mosié Grach —dijo distanciándose—. Golúbchik me anunció su visita y preparé para usted una libra de té, algo extraordinario...

Y comenzó a hablar de la nueva marca de té, llegada de Odesa en barcos holandeses. Grach le escuchó con paciencia, pero después le cortó: era un hombre sencillo y sin picardías.

—Soy un hombre sencillo y sin picardías —dijo Fróim—. Me ocupo de mis caballos y de mis ocupaciones. El ajuar de Baska consta de ropa nueva, un par de monedas viejas y de mí. Al que le parezca poco que arda...

—¿Arder, para qué? —dijo Kaplún con prisa y acarició la mano del carretero—. ¿Para qué esas

palabras, mosié Grach? Usted es un hombre capaz de ayudar al prójimo y, dicho sea, capaz de ofender al prójimo. Si usted no es rabí en Cracovia, yo tampoco tomé por esposa a la sobrina de Moisés Montefiore, pero... pero tenemos a madam Kaplún, una dama grandiosa que ni Dios sabe lo que quiere esa mujer...

—Yo sí lo sé —cortó Grach al tendero. Sé que Solomoncito desea a Baska, pero madam Kaplún no me desea a mí...

—Eso, no le deseo a usted —gritó madam Kaplún, que escuchaba detrás de la puerta, y entró en la galería de cristal, ruborizada y con el pecho incandescente—. No le deseo a usted, Grach, igual que no se desea la muerte, igual que la novia no desea granos en la cabeza. No olvide que nuestro difunto abuelo fue tendero y que debemos agarrarnos a nuestra tonga.

—Agárrense a su tonga —respondió Grach a la incandescente madam Kaplún, y se fue a casa.

Allí esperaba Baska con su vestido naranja, pero el viejo, sin mirarla, estiró la pelliza debajo del carro y se tumbó. Durmió hasta que el potente brazo de Baska le expulsó de allí.

—Ladrón pelirrojo —dijo la muchacha con un murmullo que no parecía suyo—. ¿Por qué tengo que aguantar sus modales de carretero y por qué se calla como un tarugo, ladrón pelirrojo?...

—Baska —repuso Grach—, Solomoncito te desea, pero madam Kaplún no me desea a mí. Allí buscan a un tendero.

El viejo arregló la pelliza y se escurrió debajo del carro. Baska desapareció del patio...

Todo esto ocurrió un sábado, día festivo. El ojo purpúreo del ocaso, cuando rebuscaba la tierra al atardecer, tropezó con Grach que roncaba bajo su carro. El presuroso rayo se clavó en el dormido con ardiente reproche y lo sacó a la calle Dálnitskaya, que polvoreaba y brillaba como centeno verde al viento. Los tártaros marchaban Dálnitskaya arriba, tártaros y turcos con sus molas. Regresaban a sus casas en las estepas de Orenburgo y del Transcáucaso de una peregrinación a La Meca. Un barco los había traído a Odesa y ahora iban del puerto a la posada de Liubka Shneiveis, alias Liubka la Cosaco. Cubrían a los tártaros inflexibles albornoces rayados que inundaban la calzada de sudor bronceado del desierto. Se enrollaban a sus feces toallas blancas, distintivo del que se postró ante los restos del Profeta. Los peregrinos llegaron a la esquina y torcieron hacia la posada de Liubka Shneiveis, pero no pudieron franquear la puerta porque se agolpaba mucha gente. Liubka Shneiveis, con un bolsón en bandolera, golpeaba y empujaba hacia la calle a un borracho. Le aporreaba la cara con un puño, como si fuese una pandereta, y con la otra mano sostenía al hombre para que no se tumbara. Al hombre le brotaban chorritos de sangre por los dientes y cerca de la oreja. Estaba pensativo y observaba a Liubka como a una persona ajena. Después se desplomó sobre los adoquines y quedó dormido. Liubka le pegó un puntapié y entró en su tienda. Evzel, su guardián, cerró el portón y saludó con la mano a Fróim Grach, que pasaba cerca...

—¡Mis honores, Grach! —dijo—. Si desea observar algo de la realidad, entre en nuestro patio. Hay cosas graciosas...

El guardián llevó a Grach hacia el muro al que estaban arrimados los peregrinos llegados la víspera. Un viejo turco con un turbante verde, un viejo turco verde y ligero como una hoja yacía sobre la hierba. Estaba cubierto de sudor perlado, respiraba con dificultad y movía los ojos.

—Aquí tiene —dijo Evzel y se arregló la medalla en su chaqueta raída—. Aquí tiene un drama real de la ópera «El achaque turco». El viejito se acaba, pero no se puede llamar al médico: el que muere camino de su casa, después de visitar al dios Mahoma, para ellos es el más feliz y el más rico... Halvash —gritó Evzel al moribundo y soltó una carcajada—, que viene el médico a curarte...

El turco miró al guardián con miedo y con odio infantiles y torció la cara. Evzel, satisfecho de sí, llevó a Grach a la bodega, en la parte opuesta del patio. En la bodega ya ardían las lámparas y sonaba la música. Viejos judíos con barbas graves tocaban canciones rumanas y judías. Méndel Krik, sentado a la mesa, bebía vino en un vaso verde y contaba cómo le habían magullado sus propios hijos: Benia, el mayor, y Liovka, el menor. Gritaba su historia con voz ronca y espantosa, mostraba sus dientes machacados e invitaba a que palpasen las heridas de su vientre. Zaddikes^[4] de Volín con caras de porcelana se situaron detrás de su silla y escuchaban aturridos la jactancia de Méndel Krik. Se asombraban de todo lo que oían y Grach los despreciaba.

—Viejo fanfarrón —masculló refiriéndose a Méndel, y pidió vino.

Después Fróim llamó a Liubka la Cosaco, la dueña, que blasfemaba a la puerta y bebía aguardiente de pie.

—Dime —gritó a Fróim y entornó los ojos colérica.

—Madame Liubka —le respondió Fróim y se sentó a su lado—. Es usted una mujer lista y recurro a usted como si fuera mi madre. Confío en usted, madame Liubka. Primero en Dios y después en usted.

—Dime —gritó Liubka. Recorrió la bodega y volvió a su sitio.

Grach le dijo:

—En las colonias —dijo— los alemanes tienen una buena cosecha de trigo y en Constantinopla los comestibles andan por la mitad de su precio. Compran el pud de aceitunas en Constantinopla a tres rublos y aquí venden a treinta kopeks la libra... Los tenderos viven a sus anchas, madame Liubka, los tenderos pasean muy rollizos y si se les trata con delicadeza uno llegaría a ser feliz... Pero quedé solo con mi quehacer; el difunto Liova el Toro ha muerto. No tengo ayuda de nadie y estoy solo como Dios en el cielo.

—Benia Krik —le dijo a esto Liubka—. Lo probaste ya con Tartakovski. ¿No te gusta Benia Krik?

—¿Benia Krik? —repitió Grach, lleno de asombro—. Creo que es soltero, ¿eh?

—Soltero es —dijo Liubka—. Enlázalo con Baska, dale dinero y ponle en el buen camino...

—Benia Krik —repetía el viejo como un eco, como un eco lejano—. No había pensado en él...

Se levantó balbuceando y tartamudeando. Liubka salió. Fróim la siguió despacio. Cruzaron el patio y subieron al primer piso. Habitaban el primer piso las mujeres que Liubka mantenía para los huéspedes.

—Nuestro novio está con Katiusha —dijo Liubka a Grach—. Espérame en el pasillo. —Pasó a la última habitación, donde Benia Krik estaba acostado con una mujer llamada Katiusha.

—Basta de babosear —dijo la dueña al joven—. Primero hazte con una ocupación, Bencito. Y después, a babosear... Te busca Fróim Grach. Busca a una persona para trabajar y no la encuentra...

Y ella le contó todo lo que sabía de Baska y de las cosas de Grach el tuerto.

—Debo pensarlo —respondió Benia, tapando con la sábana las piernas desnudas de Katiusha—. Debo pensarlo. Que se espere el viejo.

—Espérale —dijo Liubka a Fróim, que permanecía en el pasillo—. Espérale. Debe pensarlo...

La dueña puso una silla a Fróim y éste se sumergió en una espera infinita. Esperó resignado, como el campesino espera en una oficina pública. Tras la pared gemía Katiusha y reía a carcajadas. El viejo dormitó durante dos horas o quizás más. Hacía mucho tiempo que la tarde se había transformado en noche, el cielo ennegreció y sus vías lácteas se colmaron de oro, de brillo y de frescor. Cerróse la bodega de Liubka; los borrachos yacían en el patio como muebles rotos y el viejo mola del turbante verde murió a medianoche. Después llegó música del mar, trompas y cornetas de los buques ingleses, llegó la música del mar y enmudeció, pero Katiusha, la concienzuda Katiusha, seguía atizando para Benia Krik su paraíso ruso, policromo y sonrosado. Ella gemía tras la pared y reía a carcajadas; el viejo Fróim permanecía inmóvil, sentado a la puerta. Esperó hasta la una de la madrugada y llamó.

—Hombre —dijo—, ¿te burlas de mí?

Benia abrió por fin la puerta de la habitación de Katiusha.

—Mosié Grach —dijo turbado, radiante y tapándose con la sábana—, cuando somos jóvenes creemos que las mujeres son mercancía. No son más que paja, que se inflama por nada...

Se vistió, arregló la cama de Katiusha, mulló sus almohadas y salió a la calle con el viejo. Llegaron paseando hasta el cementerio ruso y allí, ante el cementerio, convergieron los intereses de Benia Krik y de Grach el tuerto, el viejo atracador. Acordaron que Baska proporcionaría a su futuro esposo una dote de tres mil rublos, dos caballos de pura sangre y un collar de perlas. Acordaron también que Kaplún debería pagar dos mil rublos a Benia, el novio de Baska. Era el culpable de la arrogancia de su familia, Kaplún el dé la plaza Privóznaya; enriqueció con las aceitunas de Constantinopla y no respetó el primer amor de Baska, por lo que Benia decidió encargarse de cobrar a Kaplún dos mil rublos.

—De eso, padrecito, me encargaré yo —dijo a su futuro suegro—. Dios nos ayudará a castigar a todos los tenderos...

Fue dicho esto al amanecer, vencida la noche. Y aquí comienza otra historia, la historia de la decadencia de la casa Kaplún, un relato sobre su ruina paulatina, sobre incendios y disparos en la noche. Todo eso: la suerte del arrogante Kaplún y de la joven Baska quedaron echadas aquella noche en que el padre de ésta y su novio súbito pasearon cerca del cementerio ruso. Era la hora en que los muchachos llevaban a las mozas al otro lado de la tapia y los besos sonaban sobre las lápidas.

Liubka la Cosaco

La casa de Liubka Shneiveis está en la Moldavanka, en la esquina de la Dálnitskaya y la Bálkovskaya. Tiene en la casa bodega, posada, expendeduría de avena y un palomar para cien pares de palomas «kriúkovski» y «nikoláyevski». Estas tiendas y el sector número cuarenta y seis de las canteras de Odesa son de Liubka Shneiveis, alias Liubka la Cosaco. Sólo el palomar pertenece a Evzel, el guardián, soldado retirado con medalla. Los domingos Evzel sale a la calle Ojótnitskaya y vende palomas a oficinistas de la ciudad y a los chicos del barrio. Además del guardián, en la posada de Liubka viven Pesia-Mindl, cocinera y alcahueta, y el administrador Tsudechkis, un breve judío que por su estatura y su barbita se parece a Ben Zjar, nuestro rabí de la Moldavanka. Conozco muchas anécdotas de Tsudechkis. La primera trata de cómo Tsudechkis entró de administrador en la posada de Liubka, alias la Cosaco.

Hará cosa de diez años Tsudechkis agenció a un terrateniente una trilladora de tracción animal; por la noche fue con el terrateniente a casa de Liubka, a celebrar la adquisición. El comprador llevaba guías en los bigotes y calzaba botas altas de charol. Pesia-Mindl le puso para cenar pescado relleno judío y para después una señorita muy bonita llamada Nastia. El terrateniente pernoctó y el día siguiente Evzel despertó a Tsudechkis, acurrucado ante la habitación de Liubka.

—Oiga —dijo Evzel—, anoche se jactaba de que el terrateniente compró la trilladora gracias a usted. Pues sepa que ése escapó a la madrugada como un miserable. Vengan dos rublos por lo consumido y cuatro rublos por la señorita. Por lo visto, usted es toro corrido.

Tsudechkis no pagó. Evzel lo metió en la habitación de Liubka y lo cerró con llave.

—Ahí te quedas —dijo el guardián—, hasta que venga Liubka de la cantera y te dé una somanta con la ayuda de Dios.

—Presidiario —respondió Tsudechkis al soldado y examinó la nueva habitación—. Tú, presidiario, no te preocupas más que de tus palomas, pero yo creo en Dios, que me sacará de aquí como sacó a todos los judíos, primero de Egipto y después del desierto...

El pequeño mediador quería decir a Evzel muchas cosas más, pero el soldado cogió la llave y se fue dando taconazos. Tsudechkis volvió la cara y vio a la alcahueta Pesia-Mindl que leía a la ventana el libro «Los milagros y el corazón de Baal-Shem». Mientras leía el libro hasidita con canto dorado, mecía una cuna de roble con el pie. En la cuna yacía Davidito, el hijo de Liubka, y lloraba.

Por lo visto en este presidio hay una buena organización —dijo Tsudechkis a Pesia-Mindl—. Ahí hay un niño llorando a lágrima viva que da pena verle, y usted, gordota, permanece sentada como una piedra en el bosque y no es capaz de darle el chupete...

—Déselo usted —respondió Pesia-Mindl sin dejar de leer—, si el niño acepta de un viejo marrullero ese chupete, porque ya es grandote como un ruso y sólo quiere leche de mamá y la mamá anda retozando por sus canteras, tomando té con los judíos en la taberna «El Oso», comprando

contrabando en el puerto y pensando en su hijo igual que en la nieve del año pasado...

—Sí —díjose entonces el pequeño mediador—, caíste en poder del faraón, Tsudechkis. —Se situó ante la pared del este, murmuró su rezo habitual con los suplementos y tomó al niño llorón en sus manos. Davidito lo miró asombrado y agitó unos piececitos color frambuesa cubiertos de sudor infantil; el viejo comenzó a pasear por la habitación y a balancearse como un zaddik al rezar y entonó una canción interminable.

—A-a-a —cantaba—, a todos los niños azotes y a Davidito dulces para que duerma día y noche... A-a-a, a todos los niños azotes...

Tsudechkis enseñó al hijo de Liubka un puñito con vello gris y repitió lo de los azotes y de los dulces hasta que el niño se durmió y hasta que el sol llegó a la mitad del cielo radiante. Llegó a la mitad y se estremeció como una mosca rendida por el calor. Los ariscos campesinos de Nerubaisk y de Tatarka, que paraban en la posada de Liubka, se metieron bajo los carros y cayeron en un sueño salvaje y aflautado; un carpintero borracho atravesó el portón, desparramó el cepillo y la sierra y cayó al suelo, cayó y ronqueó en medio del mundo, plagado de moscas doradas y de rayos azules de julio. No lejos de él se sentaron al fresco los rugosos colonos alemanes que trajeron a Liubka vino de la frontera besaraba. Encendieron las pipas; el humo de las enroscadas cachimbas se enredaba en las cerdas plateadas de sus mejillas desafeitadas y ancianas. El sol colgaba del cielo como la lengua rosada de un perro sediento, en lontananza un mar descomunal avanzaba sobre Peresip y los mástiles de buques lejanos helaban en las aguas esmeraldas de la bahía de Odesa. El día navegaba en una barca adornada, el día arribaba a la tarde; al caer la tarde, a las cuatro y pico, regresó de la ciudad Liubka. Llegó en un jamelgo rucio, barrigón y melenudo. Un mozo de piernas gordas y camisa de percal le abrió el portón. Evzel aguantó el ramal del caballo y entonces Tsudechkis gritó a Liubka desde su prisión:

—Mis respetos a usted, madam Shneiveis y buenos días. Se marchó usted para tres años a sus asuntos y dejó al niño hambriento en mi regazo...

—Chitón, jeta —respondió Liubka al viejo y se apeó—. ¿Quién abre la boca en mi ventana?

—Es Tsudechkis, un toro corrido —respondió a la dueña el soldado de la medalla y empezó a contarle toda la historia del terrateniente, pero no terminó porque el mediador le interrumpió chillando con todas sus fuerzas.

—Vaya frescura —chilló y arrojó al patio su bonete—, vaya frescura abandonar en el regazo a un niño ajeno y desaparecer por tres años... Venga a darle la teta...

—Ahí voy, estafador —musitó Liubka y subió la escalera. Entró en la habitación y sacó el pecho de la blusa manchada de polvo.

El niño se inclinó hacia ella, mordió el descomunal pezón, pero no sacó leche. Una vena se hinchó en la frente de la madre y Tsudechkis le dijo agitando el bonete:

—Usted todo lo quiere para sí, codiciosa Liubka; tira hacia sí del mundo entero como los niños

tiran del mantel con migajas de pan. Usted quiere el primer trigo y la primera uva, quiere cocer panes blancos al sol y mientras tanto su hijo pequeño, un niño como una estrellita, estira la pata sin leche...

—¿De dónde saco yo la leche —gritó la mujer y exprimió la teta—, si hoy ancló el «Plutarco» y además hice quince kilómetros bajo el sol?... Su canción es demasiado larga, viejo judío. Hará mejor si paga los seis rublos...

Tsudechkis no pagó. Desabrochó la manga, desnudó el brazo y metió el codo delgado y sucio en la boca de Liubka.

—Trágalo, presidiaria —dijo y escupió hacia un rincón.

Liubka mantuvo el codo ajeno en la boca, lo sacó, cerró la puerta con llave y bajó al patio. Allí le esperaba mister Trottibearn, semejante a un poste de carne pelirroja. Mister Trottibearn era el jefe de máquinas del «Plutarco». Vino a ver a Liubka con dos marineros. Un marinero era inglés, el otro malayo. Entre los tres metieron en el patio el contrabando traído de Port Said. El cajón era pesado y se les cayó al suelo; del cajón salieron cigarros enredados en seda japonesa. Un montón de mujeres se arrimó al cajón y dos gitanas forasteras, cimbreadose y tintineando, quisieron meterse por el costado.

—Largo, pelones —les gritó Liubka y llevó a los marineros a la sombra de una acacia. Allí se sentaron a la mesa. Evzel les puso vino y mister Trottibearn desplegó su mercancía. Sacó del embalaje cigarros y sedas finas, cocaína y limas, tabaco sin precinto del Estado de Virginia y vino negro, adquirido en la isla de Quíos. Cada artículo tenía su precio y cada cifra se festejaba con vino besarabo que olía a sol y a chinches. El crepúsculo corrió por el patio, el crepúsculo corrió como una ola nocturna sobre un río ancho y el malayo borracho, lleno de asombro, tocó con un dedo el pecho de Liubka. Lo tocó con un dedo y con todos, consecutivamente.

Sus ojos amarillos y dulces colgaban sobre la mesa como faroles de papel sobre una calle china; entonó una canción muy bajito y cayó al suelo cuando Liubka le dio un empujón con el puño.

—Mira qué instruido es —dijo de él Liubka a mister Trottibearn—, por culpa de ese malayo perderé la poca leche que me queda y aquel judío por esa leche casi me come...

Señaló a Tsudechkis, que lavaba sus calcetines a la ventana. En la habitación de Tsudechkis un pequeño quinqué despedía hollín. La artesa espumaba y susurraba. El asomó la cabeza por la ventana y al percatarse que estaban hablando de él, gritó desesperado:

—¡Socorro! —gritó y agitó las manos.

—Chitón, jeta —carcajeó Liubka—. Chitón.

Arrojó una piedra al viejo, pero no acertó. Entonces la mujer agarró una botella vacía. Pero mister Trottibearn, el jefe de máquinas, le quitó la botella, apuntó y la coló por la ventana abierta.

—Miss Liubka —dijo el jefe de máquinas levantándose y recogiendo las piernas borrachas—, mucha gente digna me pide mercancías, pero no las doy a nadie: ni a mister Kuninzón, ni a mister

Batia, ni a míster Kúpchik, a nadie que no sea usted, porque me agrada su conversación, miss Liubka...

Afincado ya sobre las piernas temblonas, abrazó por los hombros a sus marineros, inglés uno y malayo el otro, y comenzó a danzar con ellos en el patio ya frío. Hombres del «Plutarco» —ellos bailaban en un silencio lleno de sabios pensamientos. Una estrella anaranjada se deslizó hasta el borde mismo del horizonte y los observó detenidamente. Cobraron el dinero y salieron a la calle, meciéndose como una lámpara colgada en un barco. Desde la calle veían el mar, el agua negra de la bahía de Odesa, banderas de juguete en los mástiles sumergidos y luces penetrantes encendidas en las espaciosas entrañas. Liubka acompañó a los visitantes, que marchaban danzando, hasta el paso a nivel, se quedó sola en la calle desierta, se rió de sus pensamientos y regresó a casa. El mozo soñoliento de la camisa de percal cerró el portón. Evzel entregó a la dueña la recaudación del día y ella subió a dormir. En el cuarto dormitaba ya Pesia-Mindl la alcahueta; Tsudechkis mecía la cuna de roble con los piecitos descalzos.

—Nos tiene usted martirizados, bribona Liubka —dijo él y sacó al niño de la cuna. Aprenda de mí, madre asquerosa...

Puso un peine fino sobre el pecho de Liubka y llevó al hijo a la cama de ella. El niño se estiró hacia la madre, se pinchó con el peine y rompió a llorar. El viejo le dio el chupete, pero Davidito torció la cara.

—¿Está experimentando conmigo, viejo bribón? — musitó Liubka adormeciéndose.

—Silencio, madre asquerosa —le respondió Tsudechkis—. Silencio y aprenda, así reviente...

El niño volvió a pincharse con el peine, tomó con vacilación el chupete y lo mamó.

—Ya ve —dijo Tsudechkis y sonrió—, desacostumbré a su hijo. Aprenda y así reviente...

Davidito, acostado en la cuna, mamaba el chupete y soltaba una baba feliz. Liubka se despertó, abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Vio su hijo y a la luna que penetraba por la ventana. La luna saltaba entre las nubes negras como un cordero extraviado.

—Bueno —dijo entonces Liubka—, ábrele la puerta a Tsudechkis, Pesia-Mindl, y que venga mañana por una libra de tabaco americano...

Al día siguiente Tsudechkis vino por la libra de tabaco sin precintar del Estado de Virginia. Recibió eso y un cuarto de té. A la semana, cuando fui a comprar palomas a Evzel, vi al nuevo administrador en el patio de Liubka. Era breve como nuestro rabí Ben Zjar. Tsudechkis era el nuevo administrador.

Permaneció en el puesto quince años y en este tiempo supe de él un sinfín de anécdotas. Si soy capaz, las contaré todas por orden, porque son anécdotas interesantísimas.

Historia de mi palomar

A A. M Gorki.

De niño mi gran deseo era tener un palomar. Jamás conocí deseo más fuerte. A los nueve años mi padre me prometió dinero para tablas y para tres pares de palomas. Fue en mil novecientos cuatro. Yo me disponía a pasar los exámenes para el grado preparatorio en el gimnasio de Nikoláyev. Mi familia vivía en la ciudad de Nikoláyev, provincia de Jersón. Hoy la provincia no existe: nuestra ciudad fue incorporada a la región de Odesa.

Contaba sólo nueve años y temía los exámenes. En ambas asignaturas, ruso y matemáticas, no podía sacar menos de cinco puntos. El cupo en nuestro gimnasio era muy pequeño: el cinco por ciento. De cuarenta niños sólo dos judíos podrían matricularse en el grado preparatorio. Los maestros preguntaban a estos niños con arte: a nadie preguntaban con tantas argucias como a nosotros. Por eso mi padre me prometió las palomas a cambio de dos cincos con cruces. Me tenía totalmente martirizado; caí en una interminable modorra, en un largo sueño infantil de desesperación. Sumergido en ese sopor acudí a examinarme; no obstante pasé el examen mejor que los demás.

Las ciencias se me daban. Los maestros, pese a las astucias, no podían privarme de la inteligencia y de una memoria ávida. Las ciencias se me daban bien y obtuve dos cincos. Después todo cambió. Jaritón Efrussi, mayorista de cereales que exportaba trigo a Marsella, dio quinientos rublos por su hijo, a mí me pusieron cinco con un menos en vez del cinco y en mi lugar ingresó en el gimnasio Efrussi hijo. Mi padre no podía consolarse. Desde los seis años me venía enseñando todas las ciencias que yo podía asimilar. El signo menos le llenó de desesperación. Quiso pegar a Efrussi o sobornar a dos cargadores para que pegasen a Efrussi, pero mi madre le disuadió y yo comencé a prepararme para los exámenes del año siguiente, para el primer grado. Sin yo enterarme, mis padres animaron al maestro a pasar en un año el curso preparatorio y de primer grado y como estábamos desilusionados de todo, me aprendí de memoria tres libros de texto. Los tres libros eran la gramática de Smirnovski, el compendio de problemas de Evtushevski y la historia inicial de Rusia de Putsikóvich. Los niños ya no estudian por esos manuales, pero yo los aprendí de memoria, de cabo a rabo, y al año siguiente en el examen de lengua rusa el maestro Karaváyev me puso un insuperable cinco con una cruz.

Ese Karaváyev era un hombre sonrosado y airado, procedente del estudiantado moscovita. Contaba treinta años escasos. En sus viriles mejillas ardían coloretos de rajaz campesino; en una mejilla tenía una verruga de la que nacía un matojo de cenicientos pelos de gato. Además de Karaváyev al examen asistió Piátnitski, adjunto del curador, considerado persona importante en el gimnasio y en toda la provincia. El adjunto del curador me preguntó sobre Pedro Primero; experimenté una sensación de aturdimiento, una sensación de proximidad del fin y del abismo, un abismo seco, solado de exaltación y de desesperación.

Me sabía a Pedro Primero de memoria por el manual de Putsikóvich y por los versos de Pushkin.

Verraqueé los versos, las caras humanas se volcaron en mis ojos y se confundieron allí como naipes nuevos. Allí se barajaron en el fondo de mis ojos mientras yo, temblando, irguiéndome y apresurándome gritaba a pleno pulmón los versos pushkinianos. Los grité durante mucho tiempo: nadie interrumpió mi demencial farfulla. A través de una ceguedad purpúrea, a través de la libertad que me arrebatava, sólo percibía el rostro viejo, inclinado de Piátnitski con su barba plateada. No me interrumpió y sólo dijo a Karaváyev, satisfecho de mí y de Pushkin:

—Qué pueblo —murmulló el anciano—, estos judiítos. Llevan el diablo dentro.

Cuando callé me dijo:

—Bien, vete amigo mío...

Salí del aula al pasillo y allí, recostado sobre la pared cruda, fui despertando de la convulsión de mis sueños. Los niños rusos jugaban alrededor, la campana del gimnasio pendía junto al hueco de la escalera oficial, el bedel dormitaba en una silla despachurrada. Yo observaba al bedel y despertaba. Los niños se acercaban a mí por todos los lados. Venían a darme capirotazos o a jugar y en esto apareció en el pasillo Piátnitski. Me rebasó y se detuvo un instante; la chaqueta formó una ondulación complicada y lenta en su espalda. Noté turbación en aquella espalda espaciosa, carnosa y señorial y avancé hacia el viejo.

—Niños —dijo a los alumnos—, no toquéis a este muchacho—. Y colocó su mano gorda y suave en mi hombro.

—Amigo mío —se volvió Piátnitski—, dile a tu padre que has ingresado en el primer grado.

Una exuberante estrella refulgió en su pecho, las órdenes tintinearón en la solapa; su cuerpo grande, negro, uniformado se alejó sobre unas piernas rígidas. El cuerpo iba comprimido por las hoscas paredes, se movía entre ellas como se mueve una gabarra en un canal profundo, y desapareció por la puerta del director. Un subalterno con un ruido solemne le llevó té y yo eché a correr a casa, a la tienda.

En nuestra tienda un comprador aldeano se rascaba lleno de dudas. Al verme, mi padre dejó al campesino y no desconfió de mi relato. Gritó al dependiente que cerrara la tienda y se fue a la calle Sobórnaya para comprarme una gorra con escudo. Mi pobre madre me rescató con dificultad de aquel hombre enloquecido. En aquel momento mi madre estaba pálida y tentaba al destino. Tan pronto me acariciaba como me apartaba con repugnancia. Dijo que la lista de todos los matriculados en el gimnasio se publicaba en los periódicos y que Dios nos castigaría y que la gente se mofaría de nosotros si comprábamos el uniforme antes de tiempo. Mi madre estaba pálida, leía el destino en mis ojos y me observaba con amarga compasión, como a un contrahecho porque sólo ella conocía la desdicha de nuestra familia.

Todos los hombres de nuestra estirpe eran confiados con la gente y prontos a las acciones irreflexivas. No teníamos suerte en nada. Mi abuelo, rabí en Bélaya Tsérkov y expulsado por profanar, vivió ruidosa y pobremente otros cuarenta años, estudió lenguas extranjeras y comenzó a;

perder el juicio al rayar los ochenta. El tío Liev, hermano de mi padre, estudió en el seminario de Volozhin, se escapó en 1892 del servicio militar y raptó a la hija de un intendente del distrito militar de Kiev. Mi tío Liev llevó a su mujer a California, a Los Ángeles, la abandonó allí y murió en una casa de vicios, entre negros y malayos. Después de su muerte la policía americana nos envió la herencia de Los Ángeles: un gran baúl guarnecido color castaño. El baúl contenía pesas de gimnasia, mechones de pelo de mujer, el taled de mi abuelo, fustas con empuñadura dorada y té en estuches adornados con perlas baratas. De toda la familia sólo quedábamos mi tío Simón el loco que vivía en Odesa, mi padre y yo. Pero mi padre se fiaba de la gente, la ofendía con la exaltación del primer amor, la gente no se lo perdonaba y le engañaba. Por eso mi padre creía que su vida estaba regida por un hado maligno, por un ser inexplicable que le perseguía y que en nada se parecía a él. Así que de toda la familia a mi madre sólo le quedaba yo. Como todos los judíos era yo bajo de estatura, debilucho y tenía dolores de cabeza de tanto estudiar. Mi madre veía todo eso y jamás se dejó cegar por la soberbia mísera de su marido ni por su fe inexplicable de que nuestra familia algún día sería la más fuerte y rica del mundo. Ella no confiaba en nuestra suerte, temía comprar el uniforme antes de tiempo y sólo me permitió fotografiarme para un retrato grande.

El veinte de septiembre de mil novecientos cinco en el gimnasio colgaron la lista de los matriculados en el primer grado. Allí estaba mi nombre. Toda la familia fue a ver aquel papel y hasta Shoil, mi tío abuelo, acudió al gimnasio. Yo quería a aquel viejo fanfarrón porque vendía pescado en la plaza. Sus manos rollizas, húmedas, cubiertas de escamas de pescado hedían a hermosos mundos fríos. Shoil destacaba de lo común de la gente con sus inverosímiles historias sobre la insurrección polaca de 1861. Hacía mucho Shoil fue tabernero en Skvir y vio cómo los soldados de Nikolai Primero fusilaron al conde de Godlevski y a otros insurrectos polacos. Quizá no lo vio. Ahora sé que Shoil no era más que un viejo ignorante y un mentiroso sin picardía, pero no olvidé sus jácaras; estaban bien hechas. Así que hasta el mentecato de Shoil fue al gimnasio a ver la lista con mi nombre y por la noche danzó y taconeó en nuestra pobre fiesta.

Mi padre, que no cabía en sí de alegría, dio una fiesta e invitó a sus compañeros: a traficantes de trigo, a intermediarios en venta de fincas y a los viajantes que en nuestra comarca vendían maquinaria agrícola. Aquellos viajantes vendían maquinaria a cualquiera. Los campesinos y los terratenientes les tenían pánico: era imposible desprenderse de ellos sin comprarles algo. Entre los judíos, los viajantes eran la gente más corrida y alegre. En nuestra fiesta entonaron canciones hasiditas cuya letra tenía sólo tres palabras, pero se cantaban mucho rato y con un sinfín de divertidas inflexiones. La gracia de esas inflexiones es accesible sólo al que celebró la Pascua entre los hasiditas, o al que estuvo en sus ruidosas sinagogas de Volín. Además de los viajantes vino el viejo Libermán que me enseñaba el Thora y el hebreo antiguo. En casa le llamábamos mosié Libermán. Bebió vino besarabo algo más de la cuenta, los tradicionales cordones de seda asomaron por debajo de su chaleco rojo y pronunció en mi honor un brindis en hebreo antiguo. En ese brindis el viejo felicitó a mis padres y dijo que yo vencí en el examen a todos mis enemigos, vencí a los mofletudos niños rusos y a los hijos de nuestros zafios ricachones. En la antigüedad, David, rey judío, también venció a Goliat y de la misma forma que yo me impuse a Goliat nuestro pueblo vencería con la fuerza

de su inteligencia a los enemigos que nos cercan y que ansían nuestra sangre. Dijo eso mosié Libermán y se echó a llorar y llorando bebió más vino y gritó ¡Viva! Los invitados le hicieron corro y comenzaron a bailar en torno a él una vieja cuadrilla como en las bodas de un lugar judío. Todos estaban alegres en nuestra fiesta; mi madre sorbió vino, aunque no bebía vodka y no comprendía cómo podía gustar; por esa razón tenía a todos los rusos por locos y no concebía cómo las mujeres soportaban a los maridos rusos.

Pero nuestros días dichosos vinieron más tarde. Para mamá vinieron con las mañanas en que antes de irme al gimnasio me preparaba bocadillos, cuando recorrimos las tiendas comprando mis utensilios de Reyes Magos: el plumero, la hucha, el cartapacio, los libros 1 nuevos con pastas de cartón y los cuadernos con sobrecubiertas satinadas. En el mundo nadie siente las cosas nuevas con la fuerza que las siente el niño. El niño se estremece ante ese olor como el perro ante las huellas de la liebre y experimenta una locura que después, cuando somos mayores, se llama inspiración. Este puro sentimiento infantil de propietario de cosas nuevas se transmitía a mi madre. Estuvimos un mes habituándonos al plumero y a la penumbra matinal cuando yo me sentaba a tomar el té en una esquina de la espaciosa mesa iluminada y colocaba los libros en el cartapacio; estuvimos un mes habituándonos a nuestra vida feliz y sólo al terminar el primer trimestre volví a acordarme de las palomas.

Todo lo tenía preparado para ellas: un rublo y cincuenta kopeks y un palomar que el abuelo Shoil construyó de un cajón. El palomar estaba pintado de marrón. Tenía nidos para doce pares de palomas, tablillas en el techo y un enrejado especial que yo inventé para atrapar mejor las palomas ajenas. Todo estaba dispuesto. El domingo veinte de octubre me dispuse a ir a la Ojótnitskaya, pero surgieron obstáculos imprevistos.

La historia que estoy contando, mi matriculación en el primer grado del gimnasio, ocurrió en otoño de mil novecientos cinco. Fue cuando el zar Nikolai dio la Constitución al pueblo ruso; oradores con abrigos raídos se encaramaban a los guardacantones ante el Ayuntamiento y arengaban al pueblo. De noche en las calles sonaban disparos y mamá no quería que fuese a la Ojótnitskaya. La mañana del veinte de octubre los niños de la vecindad lanzaban una corneta frente a la mismísima comisaría de la policía y nuestro aguador dejó el trabajo y paseó por las calles engominado, con la cara colorada. Después vimos a los hijos del panadero Kalístov sacar un potro de cuero y hacer gimnasia en medio de la calzada. Nadie les interrumpió. Es más, el municipal Semérnikov les animaba a saltar más alto. Semérnikov llevaba un cinto de seda de fabricación casera y sus botas ese día habían sido lustradas con un brillo hasta entonces desconocido. Nada asustó tanto a mamá como el municipal vestido de forma antirreglamentaria; por ello no me dejaba salir, pero me escabullí y, cruzando patios, llegué a la Ojótnitskaya, detrás de la estación.

En la Ojótnitskaya, en su lugar de siempre, estaba Iván Nikodímich el palomero. Vendía, además de palomas, conejos y un pavo real. El pavo, con la cola extendida y encaramado en un palo, meneaba de un lado a otro su impávida cabezuela. Tenía una pata atada con un cordel; el otro cabo estaba cogido con la silla de mimbre de Iván Nikodímich. Nada más llegar compré al viejo un par de

palomas rojizas de exuberantes colas despeinadas y un par de palomas de moño y las metí en una saca que guardaba en el seno. De la compra me quedaron cuarenta kopeks, pero el viejo no me cedía por ese dinero una pareja «kriúkovo». En las «kriúkovo» me gustaban sus picos cortos, granulados, benevolentes. Cuarenta kopeks era su precio justo, pero el cazador regateaba y torcía su cara amarilla, abrasada por retraídas pasiones de pajarero. Terminaba el mercado y al ver que no aparecían otros compradores, Iván Nikodímich me llamó. Todo salió como yo quería y todo salió torcido.

A las once y pico o algo más tarde cruzó la plaza un hombre con botas de fieltro. Caminaba ligero sobre sus piernas hinchadas y en su cara borracha ardían ojos entusiásticos.

—Iván Nikodímich —dijo al pasar al lado del pajarero—, deje las herramientas: en la ciudad los hidalgos de Jerusalén reciben la Constitución. En la Ríbnaya al viejo Bábel lo dejaron en las últimas.

Lo dijo y pasó ligero entre las jaulas como el labriego que camina descalzo por el lindero.

—Mal hecho —musitó Iván Nikodímich a las espaldas del caminante—, mal hecho —gritó con mayor severidad, recogió los conejos y el pavo real y me dio las palomas «kriúkovo» por cuarenta kopeks—. Las metí en el seno y observé cómo la gente abandonaba la Ojótnitskaya. El último se iba el pavo real sobre el hombro de Iván Nikodímich. Iba como el sol en el húmedo cielo otoñal, como julio en la orilla rosada del río, un julio incandescente entre alta hierba fresca. En el mercado no quedaba nadie y los disparos retumbaban cerca. Eché a correr hacia la estación, crucé un jardín que se volcó en mis ojos e irrumpí en un callejón desierto con firme de tierra amarilla. Al final del callejón estaba en su silla de ruedas el cojo Makárenko que en su silla recorría la ciudad vendiendo tabaco. Los niños de nuestra calle le compraban tabaco, los niños le querían y yo corrí por el callejón hacia él.

—Makárenko —dije con la respiración entrecortada por la carrera y acaricié el hombro del cojo—, ¿has visto a Shoil?

El mutilado no respondió. Su cara tosca hecha de grasa roja, de puños y de hierro, transparentaba. Se removía nervioso en la silla: Katiusha, su mujer, volvió hacia él su fofó trasero mientras clasificaba los objetos apilados en el suelo.

—¿Qué has contado? —preguntó el cojo y reclinó todo el cuerpo como si de antemano no pudiera soportar la respuesta.

—Catorce polainas —dijo Katiusha sin incorporarse—, seis fundas de mantas, ahora cuento las cofias...

—Cofias —gritó Makárenko; se le cortó la respiración y emitió algo así como un gemido—. Está visto, Katerina, que Dios me señaló a mí para responder por todos... La gente lleva el lienzo por piezas. La gente se lleva lo bueno y nosotros cofias...

Así era. Por el callejón pasó corriendo una mujer de hermosa cara encendida. Llevaba un manojito de feces en una mano y una pieza de paño en la otra. Con voz feliz y desesperada llamaba a los hijos

extraviados; arrastraba el vestido de seda y la chaqueta azul tras su cuerpo veloz y no oía a Makárenko que la seguía en su silla. El cojo iba quedando atrás, sus ruedas chirriaban; él movía las palancas con todas sus fuerzas.

—Madamita —gritaba con voz estentórea—, ¿de dónde sacó el percal, madamita?

Pero la mujer del vestido veloz ya había desaparecido. En dirección opuesta salió de la esquina un carro tambaleante. Un muchacho campesino iba en el carro de pie.

—¿A dónde corre la gente? —preguntó el muchacho y levantó una rienda roja sobre los jamelgos que se agitaban dentro de sus colleras.

—Toda la gente está en la plaza de la Catedral —dijo suplicando Makárenko—, allí está toda la gente, buen hombre. Todo lo que cojas, tráemelo, lo compro todo.

El muchacho se inclinó hacia adelante y azoto a los jamelgos píos. Los caballos corcovearon como los becerros sus grupas sucias e iniciaron el trote. El callejón amarillo volvió a quedarse amarillo y desierto; entonces el cojo volvió hacia mí sus ojos apagados.

—¿Es que Dios me señaló a mí? —dijo desfallecido—. ¿Es que soy yo el hijo del hombre?...

Y Makárenko me tendió la mano salpicada por la lepra.

—¿Qué llevas en el morral? —dijo y cogió la saca que me calentaba el corazón. La mano gruesa del mutilado alarmó a los tumbler y sacó a la paloma rojiza. El ave reposaba en su mano con las patas estiradas.

—Palomas —dijo Makárenko y chirriando sus ruedas se aproximó a mí—, palomas —repitió y me pegó en la cara.

Me pegó de revés con la mano que sujetaba el ave. El trasero fofo de Katiusha se revolvió en mis pupilas y caí al suelo con mi nuevo abrigo.

—Hay que eliminar a toda su semilla —dijo entonces Katiusha y se inclinó sobre las cofias—, no puedo ver a su semilla ni a sus hombres apestosos...

Ella dijo algo más de nuestra semilla, pero no oí más. Estaba tirado en el suelo y por mi sien se escurrían los intestinos del pájaro despachurrado. Se escurrían a lo largo de las mejillas, serpenteando, salpicando y cegándome. La suave tripa de la paloma se deslizó por mi frente; cerré el último ojo sin tapar para no ver el mundo que se extendía ante mí. Ese mundo era pequeño y terrible. Una piedra yacía ante mis ojos, una piedra mellada como la cara de una vieja quijaruda; algo más allá había una cuerda y un manojo de plumas aún palpitantes. Cerré los ojos para no verlo y me apreté a la tierra que yacía debajo de mí con su mudez tranquilizadora. Aquella tierra apisonada no se parecía a nuestra vida ni a la espera de los exámenes en nuestra vida. Lejos de aquí sobre ella marchaba el dolor a lomo de un caballo grande, pero el golpeteo de los cascos se hacía más débil, se perdía y el silencio, el amargo silencio que algunas veces asombra a los niños en desgracia, borró la raya entre mi cuerpo y la tierra inmóvil. La tierra olía a suelo húmedo, a tumba y a flores. Escuché su

olor y lloré sin miedo. Caminé por una calle ajena, llena de cajas blancas, caminé adornado con plumas sangrientas, sólo por el medio de las aceras barridas como si no fuese domingo y lloré con tanta amargura, plenitud y felicidad como jamás volví a hacerlo. Los cables blanquecinos susurraban sobre mi cabeza, un perro callejero corría delante de mí; en un callejón lateral un hombre joven con chaleco rompía un marco en la casa de Jaritón Efrussi. Lo rompía con un mazo de madera, se impelía con todo el cuerpo y, suspirando, sonreía a diestro y siniestro con la sonrisa bonachona de la embriaguez, del sudor y de la fuerza espiritual. La calle toda estaba llena de estrépitos, de crujidos y del canto de la madera quebrantada. El hombre maceaba sólo para tener motivos de inclinarse, de sudar y de gritar palabras extrañas en un lenguaje desconocido, no ruso. Las gritaba y cantaba, desgarrando por dentro sus ojos azules hasta que en la calle apareció la procesión que venía del Ayuntamiento. Ancianos con barbas teñidas portaban el retrato del zar peinado, los estandartes con santos sepulcrales se agitaban sobre la procesión, ancianas enardecidas avanzaban rápidas. El hombre del chaleco vio la procesión, apretó el mazo contra el pecho y corrió tras los estandartes; yo esperé el fin de la procesión y llegué a nuestra casa. Estaba vacía. Sus puertas blancas quedaron abiertas y la hierba al pie del palomar aplastada. Sólo Kuzmá no abandonó la casa. Kuzmá el barrendero estaba en el cobertizo y amortajaba al difunto Shoil.

—Te lleva el viento como a la mala astilla —dijo el viejo al verme—, estuviste fuera una eternidad... El pueblo se cargó a tu abuelo. Ya lo ves...

Kuzmá gimoteó, se revolvió y sacó de la bragueta del abuelo una perca. Dos percas metieron a mi abuelo: una en la bragueta y otra en la boca; el abuelo había muerto, pero una perca estaba viva y se estremecía.

—Se cargaron al abuelo, a nadie más —dijo Kuzmá y tiró las percas al gato—, los puso de vuelta y media y de qué manera; un tío formidable... Tápale los ojos con monedas, anda...

Entonces, a mis diez años, no sabía para qué los muertos necesitan las monedas.

—Kuzmá —le susurré—, sálvanos...

Me acerqué al barrendero, abracé su vieja espalda derrengada, con un hombro sobresaliente, y vi a su espalda al abuelo muerto. Shoil yacía sobre serrín con el pecho aplastado, la barba erguida, los borceguíes calzando los pies desnudos. Sus piernas separadas estaban sucias, violáceas, muertas. Kuzmá trajinaba en torno a ellas. Amarró las mandíbulas y se puso a cavilar qué más podría hacer con el muerto. Andaba como si tuviese en casa muebles nuevos y se apaciguó cuando peinó la barba del muerto.

—Los puso a todos de vuelta y media —dijo sonriendo y observó el cadáver con cariño—. Si hubiesen sido los tártaros, los hubiese echado, pero llegaron los rusos y con ellos las mujeres rusas. A los rusos les disgusta perdonar. Conozco a los rusos...

El barrendero puso más serrín bajo el muerto, se quitó el mandil de carpintero y me tomó de la mano.

—Vamos a ver a tu padre —murmulló cogiéndome más fuerte—, tu padre anda buscándote desde la mañana. No vaya a ser que se muera...

Y Kuzmá y yo nos fuimos a casa del recaudador de impuestos, en la que mis padres se escondían del pogrom.

El primer amor

A los diez años me enamoré de una mujer llamada Galina Apolónovna. Se apellidaba Rubtsova. Su marido, un oficial, se marchó a la guerra japonesa y regresó en octubre de mil novecientos cinco. Trajo muchas arcas. Las arcas contenían cosas chinas: biombos, armas valiosas, treinta puds en total. Kuzmá nos decía que Rubtsov compró aquellas cosas con el dinero hecho en la dirección de ingeniería del ejército de Manchuria. Eso decían otros, además de Kuzmá. Era difícil no chismorrear de los Rubtsov: Los Rubtsov eran felices. Su casa lindaba con nuestro patio, su terraza de cristal ocupó una parte de terreno nuestro, pero mi padre no protestó. Rubtsov, recaudador de impuestos, tenía en nuestra ciudad fama de hombre justiciero y mantenía amistad con los judíos. Cuando de la guerra japonesa vino el oficial, el hijo del viejo, todos comprobamos que vivían felices. Galina Apolónovna no soltaba el día entero la mano del marido. No cesaba de mirarle porque había estado año y medio sin ver al marido, pero a mí me daba miedo aquella mirada. Yo volvía la cara y temblaba. Veía en ellos la vida asombrosa y desconcertante de todas las gentes de la tierra y me entraban ganas de caer en un sueño extraño para olvidar esa vida superior a las ilusiones. Algunas veces Galina Apolónovna andaba por la habitación con la trenza suelta, con zapatos rojos y bata china. Bajo los encajes de su camisa muy escotada se veía el hoyo y el comienzo de unos pechos blancos, abultados, achatados hacia abajo y en la bata había dragones, pájaros y árboles ahuecados bordados con seda roja.

Se movía el día entero con una sonrisa confusa en los labios húmedos, tropezando con las arcas sin desembalar, con las escaleras de gimnasia desparramadas por el suelo. De los golpes, a Galina le salían moraduras; subía la bata por encima de la rodilla y decía al marido:

—Besa la pupa...

Y el oficial doblaba sus largas piernas embutidas en pantalones de dragón con espuelas, con botas de cabritilla ceñidas, se hincaba en el suelo sucio y con una sonrisa iba moviendo las piernas y arrastrando las rodillas y besaba el lugar magullado, allí donde la liga había dejado una arruga carnosa. Yo veía desde mi ventana aquellos besos. Me hacían sufrir, pero no merece la pena contarlos; el amor y los celos de un niño de diez años se parecen en todo al amor y a los celos del hombre adulto. Estuve dos semanas sin arrimarme a la ventana y eludiendo a Galina hasta que por casualidad tropecé con ella. La casualidad fue el pogrom judío que en el año cinco se desencadenó en Nikoláyev y en otras ciudades del límite de residencia de los judíos. Una multitud de asesinos a sueldo saqueó la tienda de mi padre y mató a mi abuelo Shoil. Todo eso ocurrió en mi ausencia. Aquella mañana estaba yo comprando palomas al cazador Iván Nikodímich. Me pasé cinco años de mis diez soñando con pasión en palomas y cuando las compré el mutilado Makárenko las estrelló contra mi sien. Kuzmá me llevó a casa de los Rubtsov. La portilla de los Rubtsov tenía marcada con tiza una cruz; a ellos no les tocaban, y ocultaron en su casa a mis padres. Kuzmá me llevó a la terraza de cristales. Allí estaban mi madre con una pelerina verde y Galina.

—Tenemos que lavarnos —dijo Galina—, tenemos que lavarnos, pequeño rabí... Traemos la

cara manchada de plumas, y las plumas de sangre...

Me abrazó y me llevó por un pasillo con olor penetrante. Mi cabeza descansaba en la cadera de Galina; la cadera se movía y respiraba. Llegamos a la cocina y Rubtsova metió mi cabeza bajo el grifo. Un ganso se asaba en la cocina alicatada, una vajilla llameante pendía de las paredes; al lado de la vajilla, en el rincón de la cocinera, colgaba el zar Nikolai adornado con flores de papel. Galina lavó los restos de la paloma pegados a mis mejillas.

—Serás novio, mi precioso —dijo besándome en los labios con su boca inflamada y volvió la cara.

—Mira —susurró de pronto—, tu padrito tiene disgustos, anda todo el día por la calle sin ton ni son, dile que venga a casa...

Desde la ventana vi la calle desierta con un cielo enorme sobre ella y a mi padre pelirrojo caminando por la calzada. Sin gorra, cubierto de ligeros pelos rojos alborotados, con una pechera de algodón, torcida y abrochada con un botón que no se correspondía con el ojal. Vlášov, un obrero macilento con andrajos enguatados de soldado, caminaba con insistencia detrás de mi padre.

—Vaya —decía él con voz ronca y afectuosa y tocaba cariñosamente con las manos a mi padre—, no queremos la libertad, para que los judíos comercien a sus anchas... Tú dale la claridad de la vida al obrero por sus trabajos, por esta terrible inmensidad... Dásela, amigo, ¿me oyes?, dásela...

El obrero imploraba algo a mi padre y le tocaba; en su cara los instantes de inspiración borracha se alternaban con la melancolía y la modorra.

—Nuestra vida debe parecerse a los molokanos —balbuceaba y se tambaleaba sobre sus piernas quebradizas—, como los molokanos debe ser nuestra vida, pero sin ese dios sectario: de él sólo se aprovechan los judíos, nadie más...

Y Vlášov gritó con desesperación del dios sectario que sólo compadeció a los judíos. Vlášov vociferaba, tropezaba y perseguía a su dios ignoto; en ese momento una ronda cosaca le cortó el paso. Un oficial con bandas en el pantalón, con cinturón plateado de gala cabalgaba a la cabeza del grupo; llevaba un casquete alto. El oficial iba despacio sin mirar a los lados. Parecía marchar por un barranco donde sólo se puede mirar hacia adelante.

—Capitán —musitó mi padre cuando el cosaco pasaba a su lado—, capitán —dijo mi padre encogiendo la cabeza y se arrodilló en el barro.

—A su disposición —respondió el oficial, siempre mirando adelante, y saludó con la mano enguantada en cabritilla color limón.

Más allá, en la esquina de la calle Ríbnaya, la turba saqueaba nuestra tienda, sacaba cajones de clavos, máquinas y mi nuevo retrato con uniforme escolar.

—Mire —dijo mi padre y no se incorporó—, están destrozando lo sudado, capitán... ¿Cómo puede ser?...

El oficial murmuró algo, se llevó a la gorra el guante limón y soltó la rienda, pero el caballo no se movió. Mi padre se arrastraba de rodillas ante el caballo, se restregó contra sus patas cortas, bonachonas, despeluzadas.

—A sus órdenes —dijo el capitán, tiró de la rienda y se fue.

Los cosacos le siguieron. Cabalgaron impávidos en sus sillas altas, marcharon por el barranco imaginado hasta perderse en la bocacalle de la Sobórnaya.

Galina volvió a empujarme hacia la ventana.

—Llama a papá a casa —dijo—; está sin comer desde la mañana.

Me asomé a la ventana.

Al oír mi voz mi padre se volvió.

—Hijito mío —musitó con ternura inexpresable.

Juntos nos dirigimos a la terraza de los Rubtsov, donde yacía mi madre con su pelerina verde. Al lado de su cama había pesas y un tensor.

—Malditos kopeks —dijo mi madre al vernos—, has sacrificado a ellos una vida humana, los hijos, nuestra dicha infeliz, todo... Malditos kopeks —gritó con voz ronca y ajena; se removió en la cama y calló.

Y en ese silencio se escuchó mi hipar. Yo estaba con la gorra calada arrimado a la pared y no lograba contener el hipo.

—Ten vergüenza, mi precioso —esbozó Galina su sonrisa despectiva y me golpeó con su bata inflexible. Con zapatos rojos caminó hasta la ventana para colgar las cortinas chinas de un extravagante bastidor. Sus manos desnudas se hundían en la seda, una trenza viva se movía en su cadera; yo la observaba arrebatado.

Yo, niño culto, la miraba como se mira a un lejano escenario iluminado por muchos focos. Allí mismo me imaginé ser Mirón, hijo del carbonero que vendía en nuestra esquina. Me imaginé que pertenecía a la milicia judía y que, como Mirón, llevaba botas rotas amarradas con cuerdas. Llevo una escopeta inservible, colgada del hombro con un cordón verde, estoy de rodillas ante una vieja valla y disparo contra los asesinos. Detrás de mi valla hay un solar con pilas de carbón cubierto de polvo, la vieja escopeta tira mal, los asesinos de barbas y de dentaduras blancas avanzan; tengo la orgullosa sensación de una muerte próxima y en lo alto, en el azul del mundo, vislumbro a Galina. Veo una espillera en la pared de un gigantesco edificio, construido con miríadas de ladrillos. Esa casa purpúrea aplasta el callejón de tierra gris mal apisonada; en la espillera superior está Galina. Sonríe con su sonrisa despectiva desde su ventana inaccesible; su marido, un oficial a medio vestir, está a sus espaldas y la besa en el cuello...

Me imaginé todo esto, mientras intentaba contener el hipo, para amar a Rubtsova con más amargura, pasión y desesperación y quizá porque la medida de la aflicción es demasiada para un

hombre de diez años. Los sueños descabellados ayudáronme a olvidar la muerte de las palomas y la muerte de Shoil; quizá hubiera olvidado esas muertes, pero en ese momento apareció en la terraza Kuzmá con el horrible judío Aba.

Oscurecía cuando llegaron. En la terraza ardía una mortecina lámpara ladeada; una lámpara centelleante, compañera de las desgracias.

—Amortajé al abuelo —dijo Kuzmá al entrar—; ahora yace muy hermoso. Aquí traigo a un sacristán para que diga algo sobre el viejo.

Kuzmá indicó al salmista Aba.

—Que gimotee algo —dijo el barrendero en tono amistoso—; que llene la tripa el sacristán. El sacristán pasará la noche dando la tabarra a Dios...

Allí estaba en el umbral, Kuzmá, con su bonachona nariz aplastada, torcida en todas las direcciones; intentó contar lo más sentidamente posible cómo había atado la mandíbula al muerto, pero mi padre interrumpió al viejo.

—Haga el favor, Aba —dijo mi padre—, de rezar por el muerto, yo se lo pago...

—Yo me temía que no me lo pagase —respondió Aba con fastidio y puso sobre el mantel su cara barbuda y asqueada—; me temo que coja mi propina y que se largue a la Argentina, a Buenos Aires, para abrir un negocio al por mayor con mi propina... Al por mayor —dijo Aba; movió los labios desdeñosos y tiró del periódico «Hijo de la Patria», que se hallaba sobre la mesa. El periódico hablaba del manifiesto zarista del 17 de octubre y de la libertad.

—«... Ciudadanos de la Rusia libre —deletreaba Aba mientras mascaba la barba que le llenaba la boca—, ciudadanos de la Rusia libre, os felicito con motivo de la radiante resurrección de Cristo...».

El periódico estaba inclinado ante el viejo salmista y temblaba: él leía con somnolencia, como si cantara, y ponía acentos sorprendentes en las palabras rusas desconocidas. Los acentos de Aba recordaban el sordo lenguaje de un negro llegado de su patria a un puerto ruso. Hizo reír hasta a mi madre.

—Cometo un pecado —gritó ella asomándose por debajo de su pelerina—; me estoy riendo, Aba... Mejor haría hablándonos de su vida, de la familia.

—Pregúnteme de otras cosas —rezongó Aba sin soltar la barba de los dientes y continuando la lectura.

—Pregúntale de otras cosas —repitió mi padre después de Aba y se situó en el centro de la habitación. Sus ojos que nos habían estado sonriendo entre lágrimas de pronto giraron en sus órbitas y se posaron en un punto de todos invisible.

—¡Ah, Shoil! —pronunció mi padre con voz llana, falsa y preparativa—. ¡Ay, Shoil de mi alma!

Vimos que se disponía a gritar, pero mi madre nos puso en guardia.

—Manus —gritó ella desarreglándose momentáneamente y comenzó a rasgar el pecho de su marido—, mira qué mal lo está pasando nuestro hijito. ¿Por qué no oyes los hipos? ¿Por qué, Manus?
...

Mi padre calló.

Rajil —dijo atemorizado—, no puedo expresarte qué pena me da de Shoil...

Salió a la cocina y regresó con un vaso de agua.

—Bebe, artista —dijo Aba acercándose—. Bebe esa agua que te aliviará como el incensario al muerto...

Así fue: el agua no me dio alivio. Hipaba con mayor fuerza aún. Un bramido se escapaba de mi pecho. Un tumor agradable al tacto se hinchó en mi garganta. El tumor respiraba, se abultaba, obstruía la faringe y se desprendía del cuello. En él borbotaba mi respiración destrozada. Borbotaba como el agua en ebullición. Y cuando a la noche dejé de ser el niño orejudo de toda mi vida anterior y me convertí en un ovillo que se retorció, mi madre me envolvió en un chal y, más alta y esbelta, se acercó a Rubtsova que estaba muerta de espanto.

—Querida Galina —dijo mi madre con voz sonora y recia—, somos mucho trastorno para usted, para la cariñosa Nadezhda Ivánovna y para todos los suyos. ¡Qué vergüenza me da, querida Galina!
...

Con las mejillas encendidas mi madre hizo recular a Galina hasta la salida, después se lanzó hacia mí y me metió el chal en la boca para acallar mi quejido.

—Aguanta, hijito —musitaba mi madre—, hazlo por tu mamita...

Aunque hubiera podido no habría aguantado porque dejé de sentir vergüenza.

Así comenzó mi enfermedad. Tenía yo diez años. A la mañana siguiente me llevaron al médico. El pogrom continuaba, pero a nosotros no nos tocaron. El médico, un hombre gordo, me halló una enfermedad nerviosa.

Dispuso que saliéramos rápidamente a Odesa a que me vieran los profesores y a esperar allí el calor y los baños de mar.

Así lo hicimos. Días después salí con mi madre para Odesa, donde vivía el abuelo Leivi-Itsjok y el tío Simón. Salimos en barco por la mañana y al mediodía las pardas aguas del Bug fueron desplazadas por la pesada ola verde del mar. Comenzaba para mí una vida al lado del demencial abuelo Leivi-Itsjok y me despedí para siempre de Nikoláyev, donde transcurrieron diez años de mi infancia.

El fin del asilo

En Odesa, en la época del hambre, nadie vivía tan bien como los asilados del segundo cementerio judío. Años atrás el pañero Kofman levantó en memoria de su esposa, Isabel, un asilo junto a las tapias del cementerio. En el café de Falconi fue muy celebrada tal vecindad. Pero Kofman acertó. Después de la revolución los viejos y viejas asilados en el cementerio acapararon los puestos de enterradores, chantres y amortajadoras. Se agenciaron un ataúd de roble con un manto y con borlas de plata que alquilaban a la gente pobre.

En esa época en Odesa desaparecieron las tablas. El ataúd de alquiler no permanecía inactivo. El difunto yacía en la caja de roble en su casa y en la misa; a la tumba descendía envuelto en una sábana. Era una olvidada ley judía.

Los eruditos indicaban que no se debía impedir a los gusanos tomar contacto con la carroña, cosa inmunda. «Tierra eres y en tierra te convertirás».

Gracias a esa resurrección de la vieja ley los ancianos lograron una adición a su racionamiento que en aquellos años no podía soñarse. Por las noches se emborrachaban en la bodega de Zalman Krivóruchka y repartían las sobras a los vecinos.

Su prosperidad no se torció hasta el día de la insurrección en las colonias alemanas. En un combate los alemanes mataron a Guersh Lugovoi, comandante de la guarnición.

Fue enterrado con todos los honores. Las tropas acudieron al cementerio con orquestas, cocinas de campaña y ametralladoras sobre carros. Ante la tumba abierta se pronunciaron discursos y se hicieron promesas.

—El camarada Guersh —se desgañitaba Lionka Bróitman, jefe de división—, ingresó en el PSDOR bolchevique en mil novecientos once en el que realizó misiones de propagandista y de enlace. El camarada Guersh comenzó a someterse a represalias junto con Sonia Yanóvskaya, Iván Sokolov y Monoszón en mil novecientos trece en la ciudad de Nikoláyev...

Arie-Leib, conserje del asilo, estaba con sus compañeros a la expectativa. Aún no había terminado Lionka sus palabras de despedida, cuando los viejos comenzaron a ladear el ataúd para volcar al muerto tapado con una bandera. Lionka tocó furtivamente a Arie-Leib con una espuela.

—Largo —dijo—, largo de aquí... Guersh se mereció que la república...

Ante los ojos atónitos de los viejos, Lugovoi fue enterrado con la caja de roble, las borlas y el manto negro que llevaba bordados la estrella de David y el verso de un antiguo réquiem judío.

—Somos hombres muertos —dijo Arie-Leib a sus compañeros después del entierro—, estamos en manos del faraón...

Y se fue adonde el gerente del cementerio, Broidin, a pedirle tablas para un ataúd nuevo y tela para un manto. Broidin lo prometió, pero no hizo nada. No entraba en sus planes enriquecer a los

viejos. En la oficina manifestó:

—Más me preocupa el paro en los servicios urbanos que estos especuladores...

Broidin lo prometió, pero no hizo nada. En la bodega de Zalman Krivóruchka sobre su cabeza y sobre las cabezas de los sindicalistas de los servicios urbanos llovieron las interjecciones talmúdicas. Los viejos maldicieron el tuétano en los huesos de Broidin y de los miembros del sindicato, el semen fresco en las entrañas de sus esposas y desearon a cada uno una forma especial de parálisis y de úlcera.

Sus ingresos bajaron. Ahora el rancho consistía en un bodrio azul con espinas de pescado. De segundo plato les daban gachas de cebada sin engrasar.

Un viejo de Odesa come cualquier bodrio, no importa de qué esté hecho, pero con la condición de que tenga laurel, ajo y pimienta. Aquí no había nada de eso.

El asilo «Isabel Kofman» corrió la suerte de los demás. La ira de los viejos famélicos crecía. La descargaron sobre quien no lo esperaba en absoluto, sobre la doctora Yudif Shmáiser que llegó al asilo a vacunar contra la viruela.

El comité ejecutivo de la provincia había dispuesto la vacunación obligatoria. Yudif Shmáiser colocó sus instrumentos sobre la mesa y encendió el mechero de alcohol. Frente a las ventanas se alzaban los muros esmeralda de los matorrales del cementerio. La lengua azul de fuego se entreveró con los rayos de junio.

El más cercano a Yudif era Méyer Beskonechni, un anciano magro. El observaba sombrío los preparativos.

—Déjeme pincharle —dijo Yudif; levantó la lanceta y comenzó a rescatar de los andrajos el sarmiento azul del brazo de Méyer.

El viejo retiró la mano.

—No tengo donde pincharme.

—No le haré daño —gritó Yudif—, en la molla no hace daño...

—No tengo molla —dijo Méyer Beskonechni—, no tengo donde pincharme.

De una esquina de la habitación le respondió un sollozo sordo. Sollozaba Doba-Leya, antes cocinera de circuncisiones. Méyer contrajo sus mejillas consumidas.

—La vida es una porquería —murmuró—, el mundo es un lupanar y los hombres unos granujas...

Los quevedos en la naricita de Yudif se ladearon, su pecho saltó de la bata almidonada. Abrió la boca para explicar la importancia de la vacunación, pero le paró Arie-Leib, conserje del asilo.

—Señorita —dijo él—, a nosotros, lo mismo que a usted, nos parió una mamá. Esa mujer, nuestra mamá, nos parió para que viviéramos, no para que sufriéramos. Quería que viviésemos bien y estaba en lo justo, como sólo una madre puede estarlo. El hombre que se contenta con lo que le suministra

Broidin, ese hombre vale menos que el material empleado en hacerlo. Su objetivo, señorita, es vacunar contra la viruela y usted vacuna con la ayuda de Dios. Nuestro objetivo es vivir, no arrastrar la vida hasta el fin, y nosotros cumplimos ese objetivo.

Doba-Leya, mujer bigotuda con cara leonina, lloró más aún al oír esas palabras. Lloró con voz de bajo.

—La vida es una porquería —repitió Méyer Beskonechni—, y los hombres unos granujas...

El paralítico Simón-Volf asió el manillar de su silla y, crujiendo y retorciendo las manos, rodó hacia la puerta. El bonete se ladeó en su hinchada cabeza carmesí.

Detrás de Simón-Volf al paseo principal, con rugidos y aspavientos, se precipitaron los treinta viejos y viejas. Agitaban las muletas y bramaban como burros hambrientos.

Al verlos el guardia cerró el portón del cementerio. Los enterradores levantaron las palas con tierra y raíces adheridas y se pararon asombrados.

Al ruido salió el barbudo Broidin con polainas, visera de ciclista y chaqueta raquítica.

—Granuja —le gritó Simón-Volf—, no tenemos donde nos pinchen... En las manos no tenemos carnes...

Doba-Leya enseñó los dientes y rugió. En su silla de paralítica avanzó sobre Broidin. Arie-Leib, como siempre, comenzó con alegorías y parábolas que venían desde lejos y hacia un objetivo que no todos veían.

Comenzó con la parábola del rabino Osia que entregó sus bienes a los hijos, el corazón a su esposa, el miedo a Dios, el tributo al César y sólo retuvo para sí un sitio bajo un olivo donde más calentaba el sol del ocaso. Del rabí Osia, Arie-Leib pasó a las tablas para un ataúd nuevo y al racionamiento.

Broidin esparrancó las piernas con polainas y escuchó sin levantar la vista. El valladar marrón de su barba descansaba inmóvil sobre la nueva guerrera: parecía sumergido en pensamientos tristes y pacíficos.

—Debes perdonarme, Arie-Leib —Broidin suspiró al dirigirse al sabio del cementerio—, debes perdonarme si digo que no puedo por menos que ver en ti un doble sentido y a un elemento político... No puedo por menos que ver tras tus espaldas, Arie-Leib, a los que saben lo que hacen, igual que tú sabes lo que estás haciendo...

Aquí Broidin levantó sus ojos que inmediatamente se anegaron con el agua blanca de la ira. Los montículos temblorosos de sus pupilas se clavaron en los viejos.

—Arie-Leib —dijo Broidin con su potente voz—, lee el telegrama de Tartaria, donde abultadas cantidades de tártaros pasan hambre como locos... Lee el llamamiento de los proletarios petrogradenses que trabajan y esperan con hambre ante sus tornos...

—Yo no puedo esperar —interrumpió Arie-Leib al gerente—, ya no me queda tiempo...

—Hay personas —vociferaba Broidin sin oír nada— que viven peor que tú y hay miles de personas que viven peor que los que viven peor que tú... Estás sembrando disgustos Arie-Leib, y vas a tener un sofoco. Si os doy la espalda seréis hombres muertos. Si me voy por mi camino y vosotros por el vuestro, moriréis. Morirás tú, Arie-Leib. Morirás tú, Simón-Volf. Morirás tú, Méyer Beskonechni. Pero antes de que os muráis, decidme, tengo interés en saberlo: ¿tenemos aquí poder soviético o no lo tenemos? Si no lo tenemos y me equivoqué, llevadme al señor Berzon, Deribásovskaya, esquina a Ekateríninskaya, donde trabajé de chalequero todos los años de mi vida... Di que me equivoqué, Arie-Leib...

El gerente del cementerio se acercó a los inválidos, disparó contra ellos sus pupilas temblorosas, que cayeron sobre aquel rebaño aturdido y quejumbroso como los rayos de un reflector, como lenguas de fuego. Las polainas de Broidin crujían, el sudor hervía en su rostro cacarañado; seguía avanzando sobre Arie-Leib y pedía la respuesta: ¿Se habría equivocado al pensar que había llegado el poder soviético?

Arie-Leib callaba. Ese silencio pudo ser su perdición, pero al final del paseo apareció Fiedka Stepún descalzo y en camiseta de marinero.

Fiedka, que sufrió una contusión cerca de Rostov y estaba reponiéndose en una choza al lado del cementerio, llevaba un silbato atado a un cordón de policía color naranja y un revólver desenfundado.

Fiedka estaba borracho. Sus pétreos bucles quedaron pegados a la frente. Bajo los bucles se retorció en convulsiones su cara de pómulos salientes. Se acercó a la tumba, cubierta con ramos mustios.

—¿Dónde estabas tú, Lugovoi —dijo Fiedka al difunto—, cuando yo estaba tomando Rostov?

El marino rechinó los dientes, tocó su silbato de policía y sacó el revólver del cinto. La boca empavonada del revólver se iluminó.

—Acabamos con los zares —gritó Fiedka—, ya no hay zares... Así que todo el mundo a yacer sin ataúdes...

El marino empuñaba el revólver. Su pecho estaba desnudo. Llevaba en él tatuados la palabra Riva y un dragón con la cabeza revuelta hacia el pezón.

Los enterradores con sus palas alzadas se apiñaron en torno a Fiedka. Las mujeres que amortajaban a los difuntos salieron de sus jaulas y se dispusieron a dar alaridos con Doba-Leya. Olas bramantes rompían contra el portón cerrado del cementerio.

Los familiares que habían transportado a sus muertos en carretilla, reclamaban la entrada. Los pordioseros descargaban sus muletas contra la verja.

—Acabamos con los zares —el marinero disparó al aire.

La gente se lanzó a saltos por el paseo. Broidin fue empalideciendo poco a poco. Levantó la mano, aceptó todas las demandas del asilo, dio media vuelta a lo militar y entró en la oficina. El portón se abrió inmediatamente. Los familiares de los difuntos empujaban las carretillas con destreza por los senderos. Sedicentes chantres entonaron con estridente falsete el [5] sobre las tumbas abiertas. Por la noche festejaron el triunfo en la bodega de Krivóruchka. A Fiedka le pusieron tres cuartas de vino besarabo.

—*Gevel gavolim*^[6] —dijo Arie-Leib, chocando el vaso con el marino—, eres blando de corazón, contigo se puede vivir... *Kuloi gevel*^[7]...

La dueña, la esposa de Krivóruchka, lavaba los vasos en el local contiguo.

—Cuando un ruso sale con buen carácter es una verdadera ganga...

Sacaron a Fiedka más allá de la una de la madrugada.

—*Gevel gavolim* —repetía las funestas palabras incomprensibles, mientras zaqueaba por la calle Stepovaya—, *Kuloi gevel*...

Al día siguiente repartieron a los viejos del asilo cuatro pedazos de cortadillo y carne para la sopa. Por la noche los llevaron al teatro de la ciudad, a un espectáculo que ofrecía el seguro social. Era la ópera «Carmen». Por primera vez en su vida los inválidos y esperpentos vieron los palcos dorados del teatro de Odesa, el terciopelo de sus barandales, el brillo aceitoso de sus lámparas. En los entreactos dieron a cada uno un bocadillo con salchichón de menudillos.

Los viejos regresaron al cementerio en un camión militar. Con estampidos y estrépitos el camión se abrió camino por las calles heladas. Los viejos durmieron con las barrigas abultadas. Eructaban en sueños y temblaban de hartazgo como perros fatigados.

A la mañana siguiente, Arie-Leib fue el primero en levantarse. Se volvió hacia el Oriente para rezar y vio en la puerta un anuncio. En aquel papel Broidin hacía saber que el asilo se cerraba por reparaciones y que todos los asilados deberían presentarse aquel mismo día en la sección provincial de asistencia social para registrarse en categorías laborales.

El sol emergió sobre las copas del verde soto cementerial. Arie-Leib llevó los dedos a los ojos. De las cuencas apagadas se escurrió una lágrima.

La vereda de castaños, resplandeciente, conducía al depósito de cadáveres. Los castaños estaban en flor, los árboles sostenían las flores blancas en sus zarpas abiertas. Una mujer desconocida, con un chal muy amarrado al pecho, mangoneaba en el depósito. Todo allí había sido rehecho: las paredes estaban adornadas con ramas de pino, las mesas acuchilladas. La mujer lavaba el cuerpo de un pequeño. Lo volteaba con gran agilidad, el agua formaba un chorro brillante en la jaspeada espalda hundida.

Broidin, con polainas, estaba sentado en las escaleras del depósito. Tenía aspecto de veraneante. Se quitó la gorra y se limpió la frente con un pañuelo amarillo.

—Eso mismo le dije en el sindicato al camarada Andréichik —la desconocida tenía una voz melodiosa—, no hacemos ascos al trabajo... Que se informen de nosotros en Ekaterinoslav... Ekaterinoslav conoce nuestro trabajo...

—Acomódese, camarada Bliuma, acomódese —dijo pacífico Broidin y metió el pañuelo amarillo en el bolsillo—, conmigo se pueden hacer buenas migas... Conmigo se pueden hacer buenas migas —repitió y posó sus ojos brillantes en Arie-Leib, que había llegado al pie de la escalera—, ahora que no me escupan en el plato, ¿eh?

Broidin no acabó su discurso: una calesa tirada por un alto caballo moro se detuvo ante el portón. De la calesa se apeó el jefe de los servicios urbanos con camisa de cuello vuelto. Broidin se apoderó de él y lo llevó hacia el cementerio.

El viejo aprendiz de sastre mostró a su jefe la centenaria historia de Odesa que reposaba bajo las losas de granito. Le mostró los monumentos y criptas de los exportadores de trigo, de los mediadores y negociantes navieros que levantaron la Marsella rusa donde se hallaba el pueblo de Jadzhibei. De cara al portón yacían los Ashkenazi, los Hessen, los Efrussi, tacaños refinados, juerguistas filosóficos, los que dieron origen a las fortunas y a los chascarrillos de Odesa. Yacían bajo monumentos de labrador y de mármol rosado, separados por cadenas de castaños y de acacias de la plebe, arrebujaada al pie de las tapias.

—No dejaban vivir en vida —Broidin golpeó un monumento con la bota—, ni dejaban morir después de la muerte...

Se animó y contó al jefe de los servicios urbanos su programa de reorganización de los cementerios y el plan de la campaña contra la cofradía fúnebre.

—Y retiren a esos —el jefe señaló a los pordioseros alineados ante el portón.

—Se está haciendo —respondió Broidin—, poco a poco se está haciendo todo...

—Hala —dijo Mayórov, el jefe—, tú, padre, tienes las cosas en orden... Hala...

Puso el pie en el pescante de la calesa y se acordó de Fiedka.

—¿Qué jaleo fue ese?

—Es un muchacho contusionado —dijo Broidin bajando la vista— y hay veces que no se domina... Pero ahora se lo explicaron y pide perdón...

—Tiene pupila —dijo Mayórov a su acompañante al partir—, brega como es debido...

El caballo alto llevaba a la ciudad a él y al jefe de urbanización. Por el camino encontraron a los viejos y viejas expulsados del asilo. Iban renqueando, encorvados bajo sus bártulos y caminaban en silencio. Soldados desenvueltos les hacían guardar fila. Chirriaban los carros de los paralíticos. Un silbido de asfixia, una crepitación sumisa se escapaba del pecho de los chantres retirados, de los payasos de bodas, de las cocineras de circuncisiones y de los dependientes cesantes.

El sol estaba alto. El calor se cebaba en aquel montón de harapos que se arrastraba por la tierra. Caminaban por una lúgubre carretera de piedra, ante chozas de adobes, por campos aplastados por pedrizales, cerca de casas abiertas de par en par, destruidas por los proyectiles, vadeando la colina de la peste. En la Odesa de otros tiempos la ciudad estaba unida al cementerio por un camino de una tristeza indecible.

El despertar

Toda la gente de nuestra categoría: corredores, tenderos, bancarios y oficinistas de compañías navieras, enseñaban música a sus hijos. Nuestros padres, al no ver salida para mí, idearon una lotería. La montaron sobre los huesos de la gente menor. Odesa quedó afectada por ese delirio más que otras ciudades. Se debía ello a que durante decenios nuestra ciudad suministró niños prodigio a las salas de concierto del mundo. De Odesa salieron Misha Elman, Zimbalist, Gabrilóvich, aquí comenzó Yasha Heifetz.

Al cumplir el niño los cuatro o cinco años, la mamá llevaba a ese ser minúsculo y enclenque al señor Zagurski. Zagurski tenía una fábrica de niños prodigio, una fábrica de enanos judíos con cuellos de encaje y zapatitos de charol. Los encontraba en los tugurios de la Moldavanka y en los patios macilentos del Bazar viejo. Zagurski daba la primera orientación, después los niños eran enviados al profesor Auer de Petersburgo. El alma de aquellos alfeñiques de hinchadas cabezas azules cobijaba una potente armonía. Llegaban a ser virtuosos de fama. Y mi padre quiso darles alcance. Tenía yo catorce años, había rebasado la edad de los niños prodigio, pero por mi estatura y flojedad bien podía pasar por uno de ocho años. En eso estaban todas las esperanzas.

Me llevaron a Zagurski. Por respeto a mi abuelo accedió por muy poco precio: un rublo la clase. Mi abuelo, Leivi-Itsjok, era el hazmerreír de la ciudad y su ornato. Deambulaba con chistera y choclos y arrojaba luz sobre los asuntos más oscuros. Le preguntaban qué era un gobelino, por qué los jacobinos traicionaron a Robespierre, cómo se fabrica la seda artificial, qué es la cesárea. Mi abuelo podía responder a todas esas preguntas. Por respeto a su sabiduría y a su demencia, Zagurski nos cobraba un rublo por clase. Es más, por temor a mi abuelo perdía el tiempo conmigo, porque yo era un caso perdido. Los sonidos se desprendían de mi violín como limaduras de hierro. A mí mismo aquellos sonidos me tronzaban el corazón, pero mi padre no me dejaba en paz. En casa sólo se hablaba de Misha Elman, al que el propio zar liberó del servicio militar. Zimbalist, según las noticias de mi padre, fue presentado al rey de Inglaterra y tocó en el palacio de Buckingham; los padres de Gabrilóvich compraron dos casas en Petersburgo. Los niños prodigio habían enriquecido a sus papás. Mi padre hubiera transigido con la pobreza, pero necesitaba la fama.

—No puede ser —le susurraban los que comían a cuenta suya—, no puede ser que el nieto de un abuelo como ese...

Yo era de distinta opinión. Cuando ensayaba los ejercicios de violín colocaba en el atril un libro de Turguénev o de Dumas y mientras rascaba el instrumento devoraba una página tras otra. De día contaba a los chicos de la vecindad patrañas que de noche pasaba al papel. En nuestra familia la escritura nos venía de herencia. Leivi-Itsjok, que a la vejez se chifló, durante su vida estuvo escribiendo una novela titulada «El hombre sin cabeza». Yo salí a él.

Cargado con la funda y las notas me trasladaba tres veces a la semana a la calle Witte, antes Dvoriánskaya, a casa de Zagurski. Allí, sentadas a lo largo de la pared, hacían cola judías pletóricas

de histérico entusiasmo. Sobre sus rodillas débiles soportaban unos violines que en tamaño superaban a quienes llegarían a tocar en el palacio de Buckingham.

Se abría la puerta del santuario. Del despacho de Zagurski salían dando traspiés niños cabezudos, pecosos, de cuello delgado como el tallo de una flor y con rubor epiléptico en las mejillas. La puerta volvía a cerrarse, tragándose al enano siguiente. Tras la pared se desgañitaba cantando y dirigiendo el maestro, con pajarita, rizos peligrosos y piernas flacas. El, gerente de la abominable lotería, poblaba la Moldavanka y los negros callejones del Bazar viejo con espectros del pizzicato y de la cantilena. Después, el viejo profesor Auer sacaba un brillo infernal a aquella solfa.

En aquella secta yo no tenía nada que hacer. Enano como ellos, en la voz de mis antepasados escuché otra sugestión.

Me costó dar el primer paso. Un día salí de casa abrumado con la funda, el violín, las notas y doce rublos —el pago por un mes de aprendizaje. Iba por la calle Nézhinskaya y tenía que torcer a la Dvoriánskaya para llegar hasta la casa de Zagurski, pero tiré por la Tiráspolskaya arriba y aparecí en el puerto. Las tres horas que me correspondían pasaron volando en el muelle Práctico. Era el comienzo de la emancipación. La antesala de Zagurski ya no me vio nunca más. Asuntos más importantes ocuparon mi cabeza. Con mi condiscípulo Nemánov comenzamos a visitar en el barco «Kensington» a un viejo marinero llamado mister Trottibearn. Nemánov, un año más joven que yo, se dedicaba desde los ocho años al negocio más extravagante del mundo. Era un genio de la compraventa y cumplía todo lo que prometía. Hoy es millonario en Nueva York, director de la General Motors Co., una empresa tan potente como la Ford. Nemánov me llevaba consigo porque yo le seguía sin rechistar. El compraba a mister Trottibearn pipas metidas de contrabando. Un hermano del viejo marinero torneaba las pipas en Lincoln.

—Gentlemen —nos decía mister Trottibearn—, recuerden que deben hacer a sus hijos con sus propias manos... Fumar una pipa de fábrica es lo mismo que meterse en la boca el pitorro de una lavativa... ¿Saben quién fue Benvenuto Cellini?... Fue un maestro. Mi hermano de Lincoln podría hablarles de él. Mi hermano no impide vivir a nadie. Pero está convencido de que los niños deben hacerse con las propias manos y no con manos ajenas... No hay más remedio que darle la razón, gentlemen...

Nemánov vendía las pipas de Trottibearn a directores de banca, a cónsules extranjeros y a griegos acaudalados... Obtenía el cien por cien de ganancia.

Las pipas del maestro de Lincoln transpiraban poesía. Cada una contenía una idea, una gota de eternidad. En su boquilla ardía un ojo amarillo, los estuches estaban forrados de raso. Yo probé a imaginarme cómo en la vieja Inglaterra vivía Matews Trottibearn, el último artífice de la pipa, que se resistía a la marcha de las cosas.

—No tenemos más remedio que admitir que los hijos deben ser hechos con nuestras propias manos...

Las olas macizas del espolón me alejaban más y más de nuestra casa con olor a cebolla y a suerte

judía. Del muelle Práctico pasé a la otra parte del rompeolas. Allí, en un trozo de banco de arena, se instalaron los muchachos de la calle Primórskaya. Desde la mañana hasta la noche, sin ponerse los pantalones, buceaban por debajo de las chalanas, robaban cocos para la comida y esperaban la hora en que de Jersón y de Kamenka llegaban las lanchas con sandías que abrían golpeándolas contra el muelle.

Mi ilusión era aprender a nadar. Me daba vergüenza confesar a aquellos muchachos bronceados que, habiendo nacido en Odesa, no había visto el mar hasta los diez años y que a los catorce no sabía nadar.

¡Qué tarde hube de aprender cosas útiles! En mi infancia, atado al Gemara, llevé vida de persona docta; cuando crecí empecé a subirme a los árboles.

El arte de nadar resultó inasimilable. Me arrastraba al fondo la hidrofobia de todos mis antepasados —de rabís españoles y de cambistas francfortianos. El agua no me sostenía. Flagelado, rebosando agua salada, volvía a la orilla, al violín y a las notas. Estaba amarrado a las armas de mi delito y las llevaba conmigo. La lucha de los rabís contra el mar prosiguió hasta el día que de mí se compadeció Efim Nikítich Smólich, genio de las aguas de aquella comarca, lector de pruebas de «Novedades de Odesa». El pecho atlético de aquel hombre cobijaba compasión por los niños judíos. Nikítich acaudillaba a multitud de alfeñiques raquícos; los hallaba en los chinchales de la Moldavanka, los llevaba al mar, los enterraba en la arena, hacía gimnasia y buceaba con ellos, les enseñaba canciones y mientras se tostaba al sol que caía de plomo, contaba historietas de pescadores y de animales. A los mayores Nikítich explicaba que era filósofo naturalista. Los niños judíos se morían de risa escuchando las historietas de Nikítich, chillaban y se arrebozaban como cachorros. El sol les asperjaba con pecas inconstantes, con pecas color lagartija.

El viejo observaba en silencio y de reojo mi cuerpo a cuerpo con las olas. Cuando vio que no había esperanza y que yo jamás aprendería a nadar, me incorporó al grupo de los moradores de su corazón. Allí estaba, con nosotros, su alegre corazón —no se inflaba, no se mostraba ávido, no se alarmaba... Con hombros de cobre, con cabeza de gladiador envejecido, con piernas de bronce, un tanto torcidas, se tumbaba con nosotros más allá del rompeolas, como soberano de aquellas aguas con cáscaras de sandía y manchas de gasolina. Amé a aquel hombre como sólo un niño afecto de histeria y con dolores de cabeza puede amar a un atleta. No me separaba de él y procuraba serle útil.

Díjome:

—No te apresures... Fortalece tus nervios. El saber nadar llegará... No puede ser que no te sostenga el agua... ¿Por qué no te va a sostener?

Viendo mi esmero, como distinguiéndome entre sus discípulos, Nikítich me invitó a su casa, una buhardilla espaciosa y limpia con esteras, me enseñó los perros, el erizo, la tortuga y las palomas. En correspondencia a tales riquezas yo le entregué la tragedia que había escrito la víspera.

—Ya me imaginaba que escribías —dijo Nikítich—, tienes mirada de eso... Por lo general no miras a ninguna parte...

Leyó mis escritos, movió un hombro, pasó la mano por su pelo crespo y canoso y paseó por la buhardilla...

—Cabe pensar —dijo alargando la frase, poniendo un pausa entre cada palabra—, que tienes madera...

Salimos a la calle. El viejo se paró, descargó con fuerza el bastón contra la acera y me miró fijamente.

—¿Qué es lo que te falta?... La juventud es lo de menos, eso se remedia con los años... Te falta el sentido de la naturaleza.

Con el bastón señaló un árbol de tronco rojizo y de copa baja.

—¿Qué árbol es ése?

Yo no lo sabía.

—¿Qué crece en esa mata?

Tampoco lo sabía. Caminábamos por un jardincillo de la avenida Alexándrovski. El viejo señalaba con el bastón todos los árboles, me tomaba del hombro cuando pasaba un pájaro y me hacía escuchar sus trinos.

—¿Qué pájaro canta?

No lograba responder a ninguna de sus preguntas. El nombre de los árboles y de las aves, su clasificación por órdenes, adonde vuelan los pájaros, de dónde sale el sol, cuándo es mayor el rocío —yo desconocía todo eso.

—¿Y te atreves a escribir?... El que no vive dentro de la naturaleza como vive en ella la piedra o el animal, no escribirá en su vida dos renglones dignos... Tus paisajes parecen un descripción de decorados. ¿En qué diablos estuvieron pensando tus padres estos catorce años?...

—¿En qué pensaban?... En letras protestadas, en los chalets de Misha Elman... No se lo dije a Nikítich, me lo callé.

En casa no toqué la comida. Se me atragantaba. «El sentido de la naturaleza —pensaba yo—, Dios mío, ¿por qué no se me había ocurrido a mí?... ¿Dónde busco yo ahora a quien me descifre las voces de los pájaros y me enseñe el nombre de los árboles?... ¿Qué sé yo de eso? Sólo podría distinguir a la lila y sólo cuando está en flor. La lila y la acacia. Las calles Deribásovskaya y Grécheskaya tienen acacias...».

Durante la comida mi padre contó otra historia de Yasha Heifetz. Antes de llegar a Robin se cruzó con Mendelsón, tío de Yasha. Resulta que el niño recibe ochocientos rublos por concierto. Calculen cuánto sale con quince conciertos al mes.

Lo calculé y me salieron doce mil al mes. Multipliqué, llevé cuatro y miré a la calle. Por el patio de cemento, con la capa ligeramente ondeada, los bucles pelirrojos asomando por debajo del

sombrero, apoyándose en el bastón, avanzaba majestuoso el señor Zagurski, mi profesor de música. No podría decirse que me echó pronto de menos. Habían pasado tres meses largos del día en que mi violín se posó en la arena del rompeolas.

Zagurski se acercaba a la puerta principal. Yo me dirigí a la puerta de servicio: la habían tapiado la víspera por temor a los ladrones. Entonces me escondí en el retrete. Media hora después a mi puerta estaba congregada toda la familia. Las mujeres lloraban. Bobka restregaba su hombro carnoso contra la pared y se ahogaba en llantos. Mi padre callaba. Comenzó a hablar con una voz tan queda y clara como nunca hasta entonces.

—Soy oficial —dijo mi padre—, y tengo un latifundio. Salgo de cacerías. Los campesinos me pagan renta. Ingresé a mi hijo en el cuerpo de cadetes. No tengo por qué preocuparme de mi hijo...

Calló. Las mujeres resollaban. Después un golpe terrible cayó sobre la puerta. Mi padre cogía impulso y descargaba contra ella todo su cuerpo.

—Soy oficial —gritaba—, salgo de cacerías... Le mato... Y se acabó...

El picaporte saltó; quedaba un pestillo retenido por un solo clavo. Las mujeres se retorcían en el suelo, sujetaban a mi padre por los pies; enloquecido, él se liberaba de ellas. Al ruido acudió una vieja, la madre de mi padre.

—Hijo mío —pronunció en hebreo—, nuestra congoja es grande. No tiene límites. Sólo sangre faltaba en nuestra casa. No quiero sangre en nuestra casa...

Mi padre gimió. Escuché sus pasos que se alejaban. El pestillo colgaba del último clavo.

Seguí en mi fortaleza hasta la noche. Cuando todos se acostaron, mi tía Bobka me llevó a casa de la abuela. Teníamos que caminar un largo trecho. La luz lunar quedó plasmada en arbustos ignotos, en árboles sin nombre... Un pájaro invisible silbó y se apagó, quizá quedó dormido... ¿Qué pájaro era aquél? ¿Cómo se llamaba? ¿Cae el rocío al anochecer?... ¿Dónde está la Osa Mayor? ¿Por qué parte sale el sol?...

Íbamos por la calle Pochtóvaya. Bobka me sujetaba fuertemente de la mano para que no me escapara. Tenía razones. Yo pensaba en la fuga.

En el sótano

Yo era un niño mentiroso. La culpa era de la lectura. Tenía mi imaginación siempre incandescente. Leía en clase, en el recreo, camino de casa, de noche bajo la mesa, tapándome con un mantel que llegaba al suelo. Debido a los libros pasé por alto todas las cosas de este mundo: las escapatorias de la escuela al puerto, el comienzo de los billares en los cafés de la calle Gréchevskaya, los baños en Lanzherón. No tenía amistades. ¿A quién le agradecería tratar a un tipo así?

Un día vi en poder de Mark Borgman, nuestro primer alumno, un libro sobre Spinoza. Él acababa de leerlo y sin poder contenerse comenzó a hablar a los muchachos que le rodeaban de la Inquisición española. Lo que contaba era una farfulla científica. Las palabras de Borgman estaban desprovistas de poesía.

No aguanté y me entrometí. Hablé a los que quisieron escucharme del viejo Amsterdam, de las tinieblas del ghetto, de los filósofos-tallistas de diamantes. Agregué mucho de mi cosecha a lo leído en los libros. Sin eso no podía pasar. Mi imaginación confería fuerzas a las escenas dramáticas, trastocaba los finales, ponía misterio en los comienzos. La muerte de Spinoza, su muerte redimida y solitaria, quedó transformada por mi imaginación en una contienda. El sanedrín quiso obligar al moribundo a confesar, pero él no retrocedió. Allí mismo intercalé a Rubens. Me imaginé que Rubens había permanecido ante el lecho de Spinoza y había sacado la mascarilla mortuoria.

Mis condiscípulos escucharon la fantástica novela con la boca abierta. Fue una novela contada con inspiración. Nos separamos con disgusto al oír el timbre. En el recreo siguiente Borgman se acercó a mí, me tomó de la mano y comenzamos a pasear juntos. Al poco rato nos pusimos de acuerdo. Borgman no tenía las fastidiosas características del primer alumno. Para su cerebro recio la ciencia escolar era como los garabatos al margen de un libro auténtico. Buscaba esos libros con verdadera ambición. Con la ingenuidad de nuestros doce años sabíamos ya que le esperaba una vida sabia, nada común. No preparaba las lecciones, sólo las escuchaba. Aquel muchacho juicioso y formal me tomó afecto por mi manera de trastocar todas las cosas del mundo, las cosas más simples que cabe imaginar.

Aquel año pasamos a tercer grado. Mi cartilla estaba plagada de treses con menos. Con mis desvaríos era yo tan raro que los maestros, después de pensarlo, no se atrevieron a ponerme doses. A comienzos del verano Borgman me invitó a su casa de campo. Su padre era director del Banco Ruso de Comercio Exterior. Era uno de los que convertía a Odesa en una Marsella o en un Nápoles. Tenía madera de viejo negociante odesita. Perteneecía al grupo de los calaveras escépticos y corteses. El padre de Borgman procuraba no utilizar el idioma ruso; se expresaba en el lenguaje tosco y entrecortado de los capitanes de Liverpool. En abril nos visitó una ópera italiana y Borgman ofreció una comida en su casa a toda la compañía. Aquel banquero abotagado, el último de los negociantes de Odesa, sostuvo un romance de dos meses con la tetuda primera cantante. Ella se llevó recuerdos que no remordían la conciencia y un collar elegido con gusto y no muy caro.

El viejo ocupaba el cargo de cónsul argentino y de presidente del comité bursátil. A su casa, pues, yo fui invitado. Mi tía —llamada Bobka— lo comunicó a todo el patio. Me endomingó lo mejor que pudo. Fui en el tren hasta la estación 16 del Gran Fontán. El chalet se hallaba sobre un acantilado rojizo a la vera del mar. En la ladera crecía un parterre con fucsias y con tuyas podadas en forma de esfera.

Yo procedía de una familia mísera y torpe. El ambiente en el chalet de Borgman me asombró. En las veredas, ocultos entre el verdor, blanqueaban sillones de mimbre. La mesa de comer estaba cubierta de flores, las ventanas estaban engastadas en jambajes verdes. Ante la casa había una espaciosa columnata de madera.

A la tarde llegó el director del banco. Después de comer colocó un sillón de mimbre al borde mismo del acantilado, ante la llanura del mar, levantó las piernas con pantalones blancos, encendió un puro y se puso a leer «Manchester Guardian». Los convidados, señoras de Odesa, jugaban al póker en la galería. En una esquina de la mesa susurraba un samovar estrecho con asas de marfil.

Aquellas mujeres —aficionadas a las cartas y a los dulces, lechuginas desaseadas y libertinas secretas, de ropa perfumada y grandes caderas— agitaban abanicos negros y ponían monedas de oro. Hasta ellas, a través de un parral, llegaba el sol. Era un enorme disco de fuego. Los destellos de bronce hacían más pesadas las cabelleras negras de las mujeres. Las chispas del ocaso penetraban en los brillantes —brillantes que pendían en todas partes: en los hoyos de los pechos distanciados, en las orejas retocadas y en los dedos de hembras eróticas, azulados y mórbidos.

Llegó la noche. Un murciélago voló con un susurro. El mar se abalanzó aún más sobre la roca colorada. Mi corazón de doce años estaba henchido de alegría y de la liviandad de la riqueza ajena. Mi amigo y yo, cogidos de la mano, paseábamos por una vereda apartada. Borgman me dijo que sería ingeniero de aviación. Se rumoreaba que su papá sería designado representante del Banco Ruso de comercio exterior en Londres; Mark llegaría a estudiar en Inglaterra.

En nuestra casa, en casa de la tía Bobka, no se trataban esas cosas. Yo no tendría con qué pagar aquel esplendor continuo. Entonces le dije a Mark que, aunque en nuestra casa era todo diferente, mi abuelo Leivi-Itsjok y mi tío dieron la vuelta al mundo y pasaron miles de aventuras. Describí por orden todas las aventuras. El sentido de lo imposible me abandonó inmediatamente y pasé a mi tío Volf por la guerra ruso-turca hasta Alejandría, en Egipto...

La noche se enderezó en los álamos, las estrellas se posaron sobre las ramas cedientes. Yo hablaba y agitaba los brazos. Los dedos del futuro ingeniero de aviación se estremecían en mi mano. Despertó con dificultad de las alucinaciones y prometió ir a mi casa el domingo siguiente. Con esa promesa regresé en el tren a casa, adonde Bobka.

Toda la semana siguiente a mi visita me creí ser director de banco. Realicé operaciones millonarias con Singapur y Port Said. Adquirí un yate y viajaba solo. El sábado llegó la hora del despertar. Mañana me visitaría el pequeño Borgman. No había nada de lo que yo le conté. Había algo mucho más asombroso de lo inventado por mí, pero a mis doce años yo no sabía qué hacer con la

verdad en este mundo. El abuelo Leivi-Itsjok, rabí expulsado de su lugar por falsificar en las letras de cambio la firma del conde de Branitski, era un loco, en opinión de nuestros vecinos y de los niños del barrio. Al tío Simón-Volf yo no lo aguantaba por sus extravagancias estrepitosas, llenas de fogosidad absurda, de gritería y de opresión. La única tratable era Bobka. Bobka se enorgullecía de que yo tuviera por amigo al hijo de un director de banco.

Veía en esa amistad el comienzo de una carrera y preparó para el invitado una tarta con dulce y un pastel con semillas de amapola. Todo el corazón de nuestra tribu, un corazón muy curtido en la lucha, quedó expresado en aquellos pasteles. Al abuelo, con su chistera rota y su trapería en los pies hinchados, lo ocultamos en casa de los Apeljot, nuestros vecinos; le imploré que no apareciera hasta que el visitante se hubiera marchado. Con Simón-Volf la cosa también se arregló. Se marchó con sus amigos chalanos a tomar té en la taberna «El oso». En aquella taberna servían aguardiente además de té y cabía esperar que Simón-Volf tardaría en regresar. Debo decir que mi familia no se parecía a otras familias judías. En nuestro clan hubo borrachos, hubo seductores que se llevaron a hijas de generales y las abandonaron antes de pasar la frontera, mi abuelo falseaba firmas y componía para esposas abandonadas cartas de chantaje.

Hice todo lo posible por mantener todo el día fuera a Simón-Volf. Le di los tres rublos ahorrados. Para gastar tres rublos se requiere un tiempo. Simón-Volf regresaría tarde y el hijo del director del banco jamás sabría que el relato acerca de la bondad y de la fuerza de mi tío era una patraña. Bien mirado, pensado con el corazón, era verdad y no mentira, pero el que viera a Simón-Volf, sucio y chillón jamás llegaría a comprender esa verdad.

El domingo por la mañana Bobka se puso un vestido de paño marrón. Su pecho bonachón y grueso se desparramó por todos los lados. Se colocó una pañoleta de negras flores estampadas, de esas pañoletas que se ponen para ir a la sinagoga el día del juicio final y en el Rosch Ha-Shanan. Bobka situó en la mesa pasteles, dulces y roscos y se puso a esperar. Vivíamos en un sótano. Borgman arqueó las cejas al pisar el suelo irregular del pasillo. En el zaguán había una tinaja con agua. Apenas entró comencé a distraerle con una serie de cosas curiosas. Le mostré un despertador hecho hasta el último tornillo por mi abuelo. El reloj llevaba una lámpara que se encendía cuando daban las medias y las horas. Le mostré también un tonelete con betún. La fórmula de aquel betún había sido descubierta por Leivi-Itsjok que no revelaba a nadie el secreto. Después Borgman y yo leímos algunas páginas del manuscrito del abuelo. Escribía en hebreo sobre unas hojas amarillas cuadradas, enormes como mapas geográficos. El manuscrito se titulaba «El hombre sin cabeza». Allí estaban retratados todos los vecinos de Leivi-Itsjok en los setenta años de su vida: primero en Skvir y Bélaya Tsérkov y después en Odesa. Los personajes de Leivi-Itsjok eran fabricantes de ataúdes, chantres, judíos borrachos, cocineras de circuncisiones y granujas que hacían operaciones rituales. Todos eran gente absurda, premiosa, con narices abultadas, granos en la coronilla y traseros ladeados. Durante la lectura apareció Bobka con su vestido marrón. Llegaba con el samovar en una bandeja guarnecida con su pecho grueso y bonachón. Hice la presentación. Bobka dijo: «Mucho gusto», alargó los dedos sudados e inmóviles y dio un taconazo. La cosa no podía marchar mejor. Los Apeljot no soltaban al abuelo. Yo extraía sus tesoros, uno por uno: gramáticas en todas las lenguas y

sesenta y seis tomos del Talmud. Mark quedó cegado con el tonelete de betún, con el despertador y con la montaña del Talmud, algo que no se vería en ninguna otra casa.

Tomamos dos vasos de té con tarta, Bobka desapareció asintiendo con la cabeza y reculando. Embargado por la alegría me puse en postura y comencé a recitar las estrofas que más me gustaban en mi vida. Antonio, ante el cadáver de César, se dirige al pueblo de Roma:

«¡Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle!»^[8]

Así comienza Antonio el juego. Yo perdí la respiración y puse las manos sobre el pecho.

«Era mi amigo, para mí leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honrado. Infinitos cautivos trajo a Roma, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parecía esto ambición en César?... Siempre que los pobres dejaban oír su voz lastimera, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más dura! Pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honrado... Todos visteis que en las Lupercales le presenté tres veces una corona real, y la rechazó tres veces. ¿Era esto ambición? Pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honrado».

Ante mis ojos, en la niebla del universo, pendía el rostro de Bruto. Estaba blanco como la tiza. El pueblo romano, rezongando, marchaba sobre mí. Levanté la mano; los ojos de Borgman se desplazaron sumisos tras ella, mi puño apretado tembló. Levanté la mano... y vi tras la ventana al tío Simón-Volf que cruzaba el patio en compañía del chalán Leikaj. Llevaba a cuevas una percha de astas de ciervo y un arca roja con colgantes en forma de fauces de león. Bobka también los vio por la ventana. Olvidándose del huésped irrumpió en la habitación y me agarró con manos temblorosas.

—Corazón mío, ha comprado más muebles... Borgman, introducido en su uniformito, se levantó y asombrado hizo una reverencia a Bobka. Intentaban abrir la puerta. En el pasillo se oyó un estruendo de botas y el ruedo de un arca que se arrastra. Las voces de Simón-Volf y del pelirrojo Leikaj atronaban. Ambos estaban a medios pelos.

—Bobka —gritó Simón-Volf—, adivina: ¿cuánto di por esos cuernos?

Aunque chillaba como una trompeta, en su voz había vacilación. Simón-Volf, borracho como estaba, recordaba que odiábamos al pelirrojo Leikaj que le empujaba a comprar, que nos invadía con muebles innecesarios, absurdos.

Bobka callaba. Leikaj algo murmuró a Simón-Volf. Para ahogar su silbido de serpiente, para acallar mi temor, grité con palabras de Antonio:

«¡Ayer todavía, la palabra de César hubiera podido prevalecer contra el universo! ¡Ahora yace aquí, y nadie hay tan humilde que la reverencie! ¡Oh señores! Si estuviera dispuesto a excitar al motín y a la cólera a vuestras mentes y corazones, sena injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres honrados...».

En este lugar se escuchó un golpe. Golpeada por su marido, Bobka cayó al suelo. Por lo visto, hizo alguna observación amarga sobre las astas de ciervo. Comenzaba el diario espectáculo. La voz de bronce de Simón-Volf tapaba todas las rendijas del universo.

—Estáis haciendo de mí gelatina —gritaba mi tío con voz estruendosa—, estáis haciendo de mí gelatina para atiborrar vuestras bocas de perro... El trabajo me arrebató el alma. Ya no tengo con qué trabajar. No me quedan manos. No me quedan pies... Me cargasteis una piedra del pescuezo, tengo una piedra colgada del pescuezo...

Nos maldecía a Bobka y a mí con imprecaciones judías, prometiéndonos que se nos vaciarían los ojos, que nuestros hijos comenzarían a pudrirse y a descomponerse en las entrañas de la madre, que no tendríamos tiempo para enterrarnos unos a otros y que nos arrastrarían por los pelos a una fosa común. El pequeño Borgman se levantó de su asiento. Estaba pálido y miraba a todos lados. Aunque desconocía los giros del sacrilegio judío, conocía las blasfemias rusas. Simón-Volf tampoco las desdeñaba. El hijo del director del banco estrujaba su gorrita en la mano. El se dividía en mis ojos y yo intentaba acallar todo el mal del mundo. Mi desesperación agónica y la muerte de César se convirtieron en una sola cosa. Yo estaba muerto y yo gritaba. Los estertores se levantaban desde lo hondo de mi ser.

«Si tenéis lágrimas, disponeos a verterlas. ¡Todos conocéis este manto! Recuerdo cuando César lo estrenó. Era una tarde de estío, en su tienda, el día que venció a los nevrios. ¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Ved qué brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le hirió su amado Bruto! ¡Y al retirar su maldecido acero, observad cómo la sangre de César parece haberse lanzado en pos de él!...».

Nada podía ahogar la voz de Simón-Volf. Sentada en el suelo, Bobka sollozaba y se sonaba. El impávido Leikaj movía un arca al otro lado del tabique. En esto mi demencial abuelo quiso acudir en mi ayuda. Se escapó de los Apeljot, se situó junto a la ventana y comenzó a rascar el violín, quizá para que los extraños no oyesen las blasfemias de Simón-Volf. Borgman se asomó a la ventana, abierta a ras de la calle y se retiró espantado. Mi pobre abuelo estaba haciendo muecas con su osificada boca azul. Llevaba una chistera retorcida, una clámide negra enguatada con botones de hueso y choclos en sus pies elephantinos. Su barba ahumada pendía en guedejas y se mecía tras la ventana. Mark huía.

—No tiene importancia —balbuceaba cuando se escapaba a la calle—, francamente, no tiene importancia...

Por el patio pasó rápidamente su uniformito y su gorra de ala subida.

Mark se fue y yo me tranquilicé. Quedé esperando la noche. El abuelo relleno de ganchos hebreos su cuartilla cuadrada (describió a los Apeljot con los que pasó el día por culpa mía), se tumbó en la cama y se durmió. Entonces yo salí al pasillo. El piso era de tierra. Yo caminaba en la oscuridad descalzo y con un camisón remendado. Por las rendijas de las tablas refulgían los adoquines con filos de luz. La tinaja del agua estaba en el rincón de siempre. Me metí en ella. El agua me cortó en dos.

Sumergí la cabeza, me asfixié y salí. Desde lo alto, desde un estante, me estaba observando un gato somnoliento. La segunda vez aguanté más, el agua chapoteaba a mi alrededor, mi gemido se sumergía en ella. Abrí los ojos y en el fondo de la tinaja vi mi camisón haciendo vela y las piernas juntas. Volví a enflaquecer y emergí. Al pie de la tinaja estaba mi abuelo en blusa. Su único diente tintineaba.

—Nieto mío —pronunció con desprecio y claridad—, voy a tomar aceite de ricino para tener algo que llevar a tu tumba.

Fuera de mí grité y penetré en el agua con impulso. Me sacó la mano impotente de mi abuelo. Entonces rompí a llorar por primera vez en ese día y el mundo de las lágrimas era tan enorme y bello que de mis ojos se fue todo menos las lágrimas.

Me desperté en la cama enrollado en mantas. Mi abuelo paseaba por la habitación y silbaba. La gorda Bobka calentaba mis pies en el pecho.

—Mira cómo tiembla, nuestro tontín —dijo Bobka—, ¿de dónde sacará el niño las fuerzas para temblar así?

El abuelo se dio un repelón en la barba, silbó y reanudó su paseo. Tras la pared, con dolorosa expiración, roncaba Simón-Volf. Como se pasaba el día peleando, de noche nunca despertaba.

Di Grasso

Tenía yo catorce años. Perteneecía al gremio intrépido de los revendedores de entradas de teatro. Mi patrón era un granuja con un ojo siempre entornado y enormes mostachos de seda. Se llamaba Kolia Schvarts. Caí en su poder aquel funesto año en que en Odesa quebró la ópera italiana. El empresario, haciendo caso de los críticos de prensa, no contrató a Anselmi ni a Tita Ruffo y se conformó con un buen conjunto. El pagó las consecuencias de esto y nosotros también. Nos prometieron a Shaliapin para enderezar el negocio, pero Shaliapin pidió tres mil por función. Lo sustituyó el trágico siciliano Di Grasso con su compañía. Los trajeron al hotel en carros atiborrados de niños, de gatos y de jaulas en las que saltaban pájaros italianos. Kolia Schvarts vio aquella gitanería y exclamó:

—Hijos míos, eso no es mercancía...

El trágico, nada más llegar, se fue con una cesta al mercado. Por la tarde se presentó con otra cesta en el teatro. El primer espectáculo apenas reunió a unos cincuenta espectadores. Pusimos las entradas en la mitad de su precio, pero no había compradores.

Aquella tarde dieron un drama popular siciliano, una historia sencilla como el paso del día a la noche. La hija de un rico campesino se desposó con un pastor. Ella le fue fiel hasta el día que de la ciudad llegó un señorito con chaleco de terciopelo. Al hablar con el recién llegado la muchacha reía a destiempo y a destiempo callaba. El pastor los escuchaba y meneaba la cabeza como un pájaro inquieto. Se pasó todo el primer acto arrimándose a las paredes y saliendo no se adónde con pantalones abombados; cuando retornaba miraba alrededor...

—Un negocio perdido —dijo en el entreacto Kolia Schvarts—. Esta mercancía es para Kremenchug...

El entreacto se hizo para dar tiempo a que la muchacha madurase para la infidelidad. En el segundo acto estaba desconocida: intolerable y distraída; apresuradamente devolvió al pastor el anillo de boda. El la llevó ante la estatua pobre y cromada de la Virgen y en su dialecto siciliano dijo:

—*Signora* —dijo él con su voz baja, y volvió la cabeza—, la Virgen quiere que usted me escuche... A Giovanni, que vino de la ciudad, le dará la Virgen tantas mujeres como él quiera, pero a mí no me hace falta nadie que no sea usted, signora... La Virgen María nuestra inmaculada protectora, le dirá lo mismo si usted se lo pregunta, *signora*.

La muchacha estaba de espaldas a la Virgen cromada. Escuchaba al pastor y taconeaba con impaciencia. En este mundo —¡ay de nosotros!— no hay mujer que no esté loca cuando se deciden sus destinos... En esos instantes se queda sola, sola, sin la Virgen María, a la que no consulta...

En el tercer acto Giovanni llega de la ciudad y encuentra su destino. Mientras el barbero del lugar le estaba afeitando, extendía en el proscenio sus vigorosas piernas masculinas. Bajo el sol de

Sicilia brillaban los pliegues de su chaleco. La escena representaba una feria de pueblo. En la esquina lejana estaba el pastor. Silencioso entre la muchedumbre despreocupada. Permaneció con la cabeza agachada, levantóla después y Giovanni, bajo el peso de su mirada encendida y atenta, se removió, se agitó en el sillón y se levantó dando un empujón al barbero. Con voz chillona pidió al policía la expulsión de la plaza de todos los sospechosos cetrinos. El pastor —lo interpretaba Di Grasso— que estaba meditabundo, sonrió, se impelió y de un salto cruzó todo el escenario del teatro urbano, cayó sobre los hombros de Giovanni, le clavó los dientes en la garganta y, rezongando y mirando de soslayo, chupó la sangre de la herida. Giovanni se desplomó y el telón fue aproximándose amenazador y sin ruido hasta ocultarnos al muerto y al asesino. Sin esperar nada más nos lanzamos al callejón Teatralni, a la taquilla que debería abrirse para la función del día siguiente. En cabeza corría Kolia Schvarts. Al amanecer «Noticias de Odesa» informaba a los pocos que asistieron al teatro que habían visto al actor más asombroso del siglo.

En aquella ocasión Di Grasso interpretó «El rey Lear», «Otello», «La muerte cívica», «El pupilo», de Turguénev, confirmando con cada palabra, con cada gesto, que en el frenesí de una noble pasión hay más justicia y más fe que en las sombrías reglas del mundo.

Para esos espectáculos las entradas se vendían cinco veces más caras. Los compradores andaban a la caza de los revendedores y los hallaban en las tabernas —chillones, colorados, vomitando sacrilegios inofensivos. En el callejón Teatralni penetró una corriente de bochorno polvoriento y rosado. Los tenderos en babuchas de fieltro sacaron a la calle verdes garrafas de vino y toneletes con aceitunas. Ante las tiendas, en calderas hervían en agua espumosa los macarrones; el vapor desprendido se esfumaba en las lejanías celestes. Viejas con zapatos de hombre vendían conchas y objetos de recuerdo y perseguían con un griterío atroz a los compradores indecisos. Los judíos ricos con sus bifurcadas barbas peinadas acudían al hotel «Severnii» y picaban bajito a las habitaciones de las artistas de la compañía de Grasso, rollizas morenas de bigote. En el callejón Teatralni todo el mundo era feliz. Todos menos yo. Eran días en que se avecinaba mi perdición. De un momento a otro mi padre echaría de menos el reloj que le cogí sin permiso y empeñé a Kolia Schvarts. Acostumbrado a llevar reloj de oro y a beber al desayuno vino besarabo en vez de té, Kolia recuperó el dinero, pero no se decidía a devolverme el reloj. Así era él. El carácter de mi padre era exactamente igual. Apresado entre estos dos hombres yo veía pasar a mi lado los aros de la dicha ajena. No me quedaba más remedio que fugarme a Constantinopla. Ya estaba todo apalabrado con el subjefe de máquinas del barco «Duke of Kent», pero antes de hacerme a la mar quise despedirme de Di Grasso. Interpretaba por última vez al pastor, que un poder irresistible eleva del suelo. Al teatro acudieron la colonia italiana al frente del cónsul, calvo y apuesto, griegos ateridos, externos barbudos que clavaban sus miradas de fanáticos en un punto invisible y el manilargo Utochkin. Hasta Kolia Schvarts trajo a su esposa tocada con un chal violeta de flecos, mujer apta para el cuerpo de granaderos, larga como la estepa y con una carita ajada y somnolienta en un extremo. Al cerrar el telón la carita estaba arrasada en lágrimas.

—Guiñapo —le dijo a Kolia al salir del teatro—, ¿te diste cuenta qué es el amor?

Madame Schvarts caminaba con paso recio por la calle Lanzherón; de sus ojos, de besugo se desprendían lágrimas, en sus hombros gordos se estremecía el chal de flecos. Iba arrastrando sus pies hombrunos y meneando la cabeza y con voz estentórea que oía toda la calle enumeraba a las mujeres que se llevaban bien con sus maridos.

—Tsilita —así llaman esos maridos a sus mujeres—, cielo, niñita...

Kolia marchaba sumiso al lado de su mujer y aventaba suavemente los mostachos de seda. Yo, como de costumbre, iba a su lado y gemía. En una pausa madame Schvarts escuchó mi llanto y se volvió.

—Guiñapo —dijo al marido desorbitando sus ojos de besugo—, que yo no dure hasta la hora buena si no devuelves el reloj al niño...

Kolia se detuvo en seco y abrió la boca; después se recuperó y dándome un fuerte pellizco me pasó el reloj por debajo de la mano.

—¿Saco algún provecho de él? —lamentábase desconsolada, alejándose la ruda voz llorosa de madame Schvarts—. Hoy una bestialidad, mañana otra bestialidad. Dime, guiñapo ¿cuánto puede esperar una mujer?

Llegaron a la esquina y torcieron hacia la Púshkinskaya. Quedé solo, apretando el reloj y de pronto con una claridad jamás experimentada vi las columnas de la Asamblea apuntando hacia lo alto, el follaje iluminado de la avenida y la cabeza de bronce de Pushkin con el difuso refulgor de la luna sobre ella; por primera vez veía lo que me rodeaba en su justa realidad: sosegado y de belleza indecible.

Carlos Yánel

En los años de mi niñez en Peresip tenía su fragua Yoina Brutman. Allí se congregaban tratantes de caballos, carreteros —en Odesa se llamaban *bindiuzhniki*— y carniceros de los mataderos de la ciudad. La fragua estaba en la carretera de Balta. Usándola como atalaya, desde allí se interceptaba a los campesinos que llevaban a la ciudad avena y vino besarabo. Yoina era un hombrecillo asustadizo, pero acostumbrado al vino; llevaba dentro el alma de un judío odesita.

En mi época tenía tres hijos. El padre les llegaba a la cintura. En la orilla de Peresip recapacité por primera vez en el poder de las fuerzas enigmáticas de la naturaleza. Aquellos tres bueyes cebados, de hombros purpúreos y de pies como palas, se llevaban al agua al magro Yoina como se lleva a una criatura. No obstante, los parió él y nadie más. No cabía duda. La mujer del herrero iba a la sinagoga dos veces a la semana: el viernes por la tarde y el sábado por la mañana; la sinagoga era hasidita: en Pascua allí danzaban hasta el delirio, como los derviches. La mujer de Yoina pagaba tributo a los emisarios que los zaddikes de Galitzia enviaban a las provincias sureñas. El herrero no se inmiscuía en las relaciones de su mujer con Dios; terminada la faena se iba a la bodega próxima al matadero y allí, sorbiendo rosado vino barato, escuchaba con mansedumbre lo que decía la gente del precio del ganado y de la política.

Los hijos salieron a la madre en altura y fuerza. Dos de ellos, cuando crecieron, se fueron a las guerrillas. Al mayor lo mataron cerca de Voznesensk; otro Brutman, Semión, se incorporó a la división de cosacos rojos de Primakov y fue elegido jefe de un regimiento cosaco. Con él y algún otro joven de barrios judíos comenzó esa insospechada raza de espadachines, jinetes y guerrilleros hebreos.

El tercer hijo heredó el oficio de herrero. Trabaja en la fábrica de arados de Gen, igual que antes. No se casó y no tuvo a nadie.

Los hijos de Semión se desplazaban con la división. La vieja necesitaba un nieto al cual hablarle de Baal-Shem. Polia, la mayor, le dio ese nieto. En la familia sólo ella salió parecida al pequeño Yoina. Era asustadiza, miope, fina de piel. Tuvo muchos pretendientes: Polia eligió a Ovsei Belotserkovski. No alcanzamos a comprender la elección. Tanto más asombró la noticia de que los casados vivían felices. La mujer está en su hogar y la gente no ve cómo rompe los platos. En esta ocasión el que rompió los platos fue Ovsei Belotserkovski. Al año de casarse denunció a su suegra, Brana Brutman. Aprovechando que Ovsei se hallaba en comisión de servicio y que Polia se curaba de mastitis, la vieja raptó al nieto recién nacido y lo llevó al auxiliar de operador Naftulá Guérchik; allí, en presencia de diez carcamales, de diez ancianos viejos y míseros, habituales de la sinagoga hasidita, fue circuncidado el bebé.

Ovsei Belotserkovski se enteró al regresar. Ovsei figuraba aspirante al partido. Decidió pedir consejo a Bichach, secretario de célula en el departamento de comercio.

—Te han manchado moralmente —le dijo Bichach—, debes dar curso al asunto.

La fiscalía de Odesa decidió montar un juicio ejemplar en la fábrica «Petrovski». El auxiliar de operador Naftulá Guérchik y Brana Brutman, de sesenta y dos años, ocuparon el banquillo de los acusados.

Naftulá era en Odesa una propiedad urbana como el monumento al duque de Richelieu. Solía pasar ante nuestras ventanas de la Dálnitskaya con un maletín de practicante, usado y mugriento. En el maletín llevaba su primitivo instrumental. De allí unas veces extraía una navaja, otras una botella de vodka y un melindre. Olfateaba el melindre antes de beber y rezaba después. Era pelirrojo Naftulá, como el más pelirrojo de la tierra. Después de cortar lo que le correspondía, en vez de aspirar la sangre por un tubo de cristal la chupaba con sus labios retorcidos. La sangre se escurría por su desgreñada barba. Ante los visitantes comparecía achispado. Sus ojitos de oso brillaban de alegría. Pelirrojo como el primer pelirrojo de la tierra, gangueaba la bendición del vino. Con una mano Naftulá vertía el aguardiente en el pozo intrincado, sinuoso, volcánico de su boca; en otra mano llevaba un plato. Yacía en él un cuchillo regado con sangre infantil y un trozo de gasa. Para recaudar dinero Naftulá pasaba ese plato entre los visitantes, se metía entre las mujeres, se reclinaba sobre ellas, las cogía de los pechos y gritaba a pleno pulmón:

—¡Mamás gordas —gritaba el viejo, haciendo brillar sus ojos de coral—, estampad niños para Naftulá, trillad trigo en vuestras barrigas, esforzaos en provecho de Naftulá!... ¡Estampad niños, mamás gordas!...

Los maridos echaban en el plato dinero. Las esposas limpiaban la sangre de su barba. Los patios de las calles Glujaya y Gospitálnaya no mermaban. Allí había niños como huevas en la desembocadura de un río. Naftulá andaba con un saco como el recaudador de tributos. El fiscal Orlov detuvo a Naftulá durante su cobranza.

El fiscal tronaba desde su púlpito, intentando demostrar que Naftulá era un eclesiástico.

—¿Cree usted en Dios? —preguntó a Naftulá.

—¡Que crea en Dios el que ganó doscientos mil! —respondió el viejo.

—¿No se extrañó usted de la llegada de la ciudadana Brutman a una hora intempestiva, con lluvia y con un recién nacido en brazos?...

—Me extraña —dijo Naftulá— cuando alguien se comporta como un ser normal, pero cuando hace locuras no me extraña...

Tales respuestas no satisficieron al fiscal. Salió a relucir el tubo de cristal. El fiscal demostraba que el acusado, al chupar la sangre con los labios, exponía a los niños al peligro de una infección. La cabeza de Naftulá —la desgreñada avellana de su cabeza— se movía casi a ras del suelo. Suspiraba, cerraba los ojos y limpiaba la boca hundida con el puñito.

—¿Qué está murmurando, ciudadano Guérchik? —le preguntó el presidente.

Naftulá puso su mirada apagada en el fiscal Orlov.

—El difunto mosié Zusman —dijo Naftulá con un suspiro—, su difunto papá tenía una cabeza como no hay otra en el mundo. Gracias a Dios, no sufrió una apoplejía hace treinta años cuando me llamó a circuncidarle a usted. Hoy vemos que usted se hizo un hombre muy importante con el poder soviético y que Naftulá no cortó, además de ese trozo de pequeñeces, nada que después le habría hecho falta...

Parpadeó sus ojitos de oso, meneó su pelirroja avellana y calló. Le respondieron cañonazos de risas, estruendosas descargas de carcajadas. Orlov, Zusman de nacimiento, agitaba los brazos, gritaba algo que las salvas no dejaban oír. Exigía que se hiciera constar en el acta... Sasha Svetlov, articulista de «Noticias de Odesa», le envió desde el palco de la prensa esta nota: «Eres un becerro, Sioma —decía la nota—, mávalo con la ironía; sólo mata lo ridículo... Tuyo, Sasha».

La sala enmudeció cuando introdujeron al testigo Belotserkovski.

El testigo repitió su declaración escrita. Era larguirucho, llevaba calzón y botas de montar. Según Ovsei, los comités del partido en las provincias de Tiráspol y de Balta le prestaron un gran concurso en el acopio de orujo. En plena campaña de acopio recibió el telegrama del nacimiento de su hijo. Consultó con el secretario de organización de la provincia de Balta y acordó no torpedear la campaña de acopio y limitarse a enviar un telegrama de felicitación; regresó solo a las dos semanas. En total fueron acopiados 64 mil puds de orujo. En casa no encontró a nadie, excepto a la testigo Járchenko, de profesión lavandera, y al hijo. Su mujer había ido a la clínica; mientras, la testigo Járchenko, meciendo la cuna, lo cual es una costumbre anticuada, arrullaba al niño con una canción. Sabía que la testigo Járchenko es una alcoholizada y no estimó necesario prestar oído a la letra de su canción, pero le asombró que llamase al niño con el nombre de Yánkel, cuando él había impartido indicaciones de que al hijo le diesen el nombre de Carlos en honor del maestro Carlos Marx. Desempañó al niño y comprobó su desdicha.

El fiscal hizo varias preguntas. La defensa dijo que no tenía preguntas. El ujier del juzgado invitó a la testigo Polina Belotserkóvskaya. Esta se acercó tambaleándose a la balaustrada. La convulsión azulada de la reciente maternidad contrajo su cara, su frente tenía gotas de sudor. Recorrió con la mirada al breve herrero, emperifollado como en día de fiesta —con pajarita y zapatos nuevos— y la cara de la madre, bronceada y con bigotes canosos. La testigo Belotserkóvskaya no respondió a la pregunta sobre qué datos tenía del asunto en cuestión. Dijo que su padre era un pobretón que trabajó en una fragua del camino de Balta. La madre tuvo seis hijos: tres de ellos murieron, uno es militar rojo, otro trabaja en la fábrica de Gen...

—Todos ven que mi madre es muy religiosa; siempre sufrió viendo que sus hijos no son creyentes y no podía concebir que sus nietos no fuesen judíos. Hay que tomar en consideración en qué familia se educó la madre... Todos conocen el pueblo de Medzhibozh: allí las mujeres llevan pelucas hasta hoy...

—Responda, testigo —le atajó una voz brusca. Polina calló. Las gotas de sudor se tiñeron en su frente, parecía que la sangre había transpirado a través de su piel fina—. Responda, testigo —repitió

la voz que pertenecía al ex asesor jurídico Samuil Líning...

De existir en nuestros tiempos el sanedrín, Líning, sería su jefe. Pero por falta de sanedrín, Líning, que aprendió a escribir en ruso a los treinta y pico, se dedicó a interpretar ante el senado recursos de casación que por su estilo no se distinguían en nada de los tratados del Talmud...

El viejo se pasó todo el proceso durmiendo. Tenía la chaqueta cubierta de ceniza. Al ver a Polia Belotserkóvskaya se despertó.

—Explique, testigo —crujió su dentadura azul de pez que se desencajaba constantemente—, ¿sabía usted la decisión de su marido de llamar Carlos a su hijo?

—Sí.

—¿Qué nombre le puso su madre?

—Yánkel.

—Y usted, testigo, ¿cómo llamó a su hijo?

—Le llamé «chiquitín».

—¿Por qué precisamente chiquitín?

—Yo llamo chiquitines a todos los niños.

—Prosigamos —dijo Líning; se le desprendieron los dientes, los retuvo con el labio inferior y volvió a encajarlos en la mandíbula—, prosigamos... La noche en que su hijo fue llevado al acusado Guérchik usted no se hallaba en casa, estaba en la clínica... ¿Lo expongo bien?

—Estuve en la clínica.

—¿En qué clínica la asistieron?

—En la calle Nezhin, donde el doctor Drizó...

—La asistieron donde el doctor Drizó...

—Sí.

—¿Se acuerda bien?

—¿Cómo no me voy a acordar?

—Debo presentar al tribunal un certificado —la cara sin vida de Líning se alzó de la mesa—, de este certificado el tribunal estatuirá que en el espacio de tiempo en cuestión el doctor Drizó se hallaba ausente, asistiendo a un congreso de pediatría en Járkov... El fiscal no se opuso a la archivación del certificado.

—Prosigamos —dijo Líning crujiendo los dientes. La testigo se recostó todo el cuerpo sobre la balaustrada. Su susurro apenas se percibía.

—A lo mejor no era el doctor Drizó —dijo recostada sobre la balaustrada—, no puedo

acordarme de todo, estoy cansada.

Líning rascaba con el lápiz la barba amarilla, restregaba la espalda encorvada contra el banco y movía su mandíbula postiza.

A la petición de que mostrara el certificado facultativo, Belotserkóvskaya dijo que lo había perdido...

—Prosigamos —dijo el viejo.

Polina se pasó la mano por la frente. Su marido estaba en un extremo del banco, separado de los demás testigos. Estaba muy tieso, recogidas las largas piernas con botas altas... El sol daba en su cara llena de travesaños de huesos menudos y rencorosos.

—Encontraré el certificado —susurró Polina, y sus manos resbalaron de la balastrada.

En ese instante se oyó el llanto de un niño. Al otro lado de la puerta un niño lloraba y gemía.

—¿En qué estás pensando, Polia? —gritó una vieja de voz espesa—. El niño está sin comer desde la mañana, el niño se encanó de tanto gritar...

Los soldados se estremecieron y apretaron los fusiles contra el cuerpo. Polina se deslizaba más y más, su cabeza cayó hacia atrás y se reclinó sobre el suelo. Sus brazos se alzaron agitándose en el aire y se desplomaron.

—Descanso —gritó el presidente.

En la sala estalló el estrépito. Con un brillo en sus concavidades verdes Belotserkovski se acercó a su mujer con andares de grulla.

—Que den de comer al niño —gritaron de atrás abocinando las manos.

—Ahora mismo —respondió de lejos una voz femenina—, te estaban esperando a ti...

—La hija es cómplice —dijo un obrero a mi lado—, la hija está en el lío...

—La familia, amigo —objetó su vecino—, es asunto nocturno, confuso... Lo que se lió de noche no hay quien lo desanude de día...

El sol sesgó la sala con rayos oblicuos. La multitud se movía lenta, transpiraba fuego y sudor. Trabajando con los codos alcancé el pasillo. La puerta del club estaba abierta. De allí llegaban el gemido y el chupeteo de Carlos-Yánkel. En el club había un retrato de Lenin, aquel en el que habla desde el carro blindado en la plaza de la estación de Finlandia. En torno al retrato colgaban diagramas multicolores de la fábrica «Petrovski». A lo largo de la pared había banderas y fusiles en armeros de madera. Una obrera con cara de kirguiza daba de comer a Carlos-Yánkel. Era él un hombre rollizo de cinco meses con calcetines de lana y un moñete blanco en la cabeza. Adherido a la kirguiza, gruñía y con el puño cerrado golpeaba los pechos de su nodriza.

—¿Para qué armaron tanto ruido? —dijo la kirguiza—, ya habrá quien lo alimente... Por la habitación se movía una muchacha de unos dieciséis años, con pañoleta roja y unos mofletes

abultados como un chichón. Estaba secando el hule de Carlos-Yánkel.

—Será militar —dijo la chica—. Es pendenciero...

La kirguiza fue apartándose hasta sacar el pezón de la boca de Carlos-Yánkel. Este gruñó y desolado recostó su cabeza de moñete blanco... La mujer sacó la otra teta y se la dio al niño. El observó el pezón con los ojos enturbiados y algo brilló en ellos. La kirguiza miraba a Carlos-Yánkel de arriba abajo, entornando su ojo negro.

—Militar, no —dijo y arregló el bonete al niño—, será aviador, volará muy cerca del cielo.

En la sala se reanudó la vista.

Ahora la pelea se produjo entre el fiscal y los expertos que presentaron una conclusión muy ambigua. Incorporado, el acusador fiscal pegaba puñetazos sobre el pupitre. En las primeras filas del público descubrí también a zaddikes de Galitzia con sus gorras de castor sobre las rodillas. Acudieron a un proceso en el que, según los periódicos de Varsovia, iba a ser condenada la religión judía.

Las caras de los rabís sentados en la primera fila se mecían en el resplandor agitado y polvoriento del sol.

—Abajo —gritó un komsomol que logró llegar al pie del escenario.

El combate se encarnizaba.

Carlos-Yánkel me miraba con ojos inexpresivos y chupaba el pecho de la kirguiza...

Más allá de la ventana salían disparadas las calles rectas, caminadas por mi infancia y mi juventud: la Púshkinskaya iba a la estación, la Malo-Arnaútskaya desembocaba en el parque junto al mar.

En estas calles crecí yo; ahora le tocaba el turno a Carlos-Yánkel, pero por mí no se batieron como ahora se baten por él; a poca gente podía importar yo.

—No puede ser —me decía— que no seas feliz, Carlos-Yánkel... No puede ser que no seas más feliz que yo...

Fróim Grach

El año diecinueve los hombres de Benia Kril atacaron por la retaguardia a las tropas voluntarias pasaron a cuchillo a los oficiales y se apoderaron de parte del convoy. Como recompensa exigieron al Soviet de Odesa tres días de «insurrección pacífica»; a] no obtener permiso sacaron las telas de todas las tiendas de la avenida Alexándrovski. Después trasladaron sus actividades a la Sociedad de créditos mutuos. Cedían el paso a los clientes y después entraban ellos; dirigiéndose a los empleados les rogaban cargar en un automóvil parado en la calle las sacas con dinero y joyas. Sólo al mes comenzaron a fusilarlos. Algunos comentaban que con las capturas y detenciones tuvo que ver Arón Peskin, dueño de un taller. No se supo qué se hacía en aquel taller. En el piso de Peskin encontraron un torno, una máquina larga con un eje de plomo retorcido; en el suelo había serrín y cartón para encuadernaciones.

Una mañana de primavera llamó al taller Misha Yáblochko, amigo de Peskin.

—Arón —dijo el visitante a Peskin—, en la calle hace un día estupendo. En mí tienes a un tipo capaz de coger media botella y fiambre e irse a respirar aire a Arkadia... Quizá te haga gracia un tipo así, pero de cuando en cuando me gusta borrar del cerebro todas esas ideas...

Peskin se vistió y se fue en coche con Misha Yáblochko a Arkadia. Pasearon hasta la tarde. Ya oscurecido Misha Yáblochko entró en la habitación en la que madame Péskina bañaba en una artesa a su hija de catorce años.

—Un saludo —dijo Misha descubriéndose—, pasamos un día formidable. El aire era algo jamás visto; sólo que para hablar con su marido hay que gastar flema... Es un pelma.

—¡Si lo sabré yo! —pronunció madame Péskina, agarrando a su hija por los pelos y zarandeándola—. ¿Dónde está ese aventurero?

—Descansa en el jardín.

Misha volvió a levantar el sombrero, se despidió y se marchó en el coche. Como el marido no entraba, madame Péskina fue a buscarlo al jardín. Allí estaba sentado, con el jipijapa calado, apoyado en la mesa y enseñando los dientes.

—Aventurero —le dijo madame Péskina—, ¿aún te atreves a reírte?... Cuando tu hija no quiere lavar se la cabeza, me entran ataques... Anda, vete a hablar con tu hija...

Peskin callaba y seguía enseñando los dientes:

—Necio —comenzó madame Péskina, miró a su marido por debajo del gorro y giró. Los vecinos acudieron al grito—. No está vivo —les dijo madame Péskina—. Está muerto.

Se equivocó. Peskin tenía el pecho atravesado por dos balas y fracturado el cráneo, pero aún vivía. Lo llevaron al hospital judío. El propio doctor Zilberberg operó al herido, pero Peskin no tuvo suerte —se murió durante la operación—. Esa misma noche la Cheká detuvo a un hombre apodado el

Georgiano y su amigo Kolia Lápidus. Uno de ellos hizo de cochero de Misha Yáblochko, el otro esperaba al carruaje que iba a Arkadia, hacia el mar, en la bifurcación que lleva a la estepa. Los fusilaron después de un interrogatorio que duró poco. Misha Yáblochko fue el único que escapó a la redada. Su pista se perdió, pero día después en casa de Fróim Grach se presentó una vieja vendedora de pipas. En una mano llevaba una cesta con la mercancía. Una de sus cejas crecía como un espeso matojo color antracita y la otra, apenas visible, se arqueaba sobre el párpado. Fróim Grach estaba sentado, con las piernas esparrancadas, junto a la cuadra, y jugaba con su nieto Arkadi. El niño tres años atrás se había desprendido del vigoroso vientre de su hija Baska. El abuelo dio a Arkadi un dedo; éste quedó colgado y se columpió como en una barra.

—Eres un tontín... —dijo Fróim al nieto, observándolo con su único ojo.

Una vieja de poblada ceja y calzando zapatos de hombre amarrados con cuerdas, se acercó a ellos.

—Fróim —dijo la vieja—, te digo que esos hombres no tienen humanidad. No tienen palabra. Nos están espachurrando por los sótanos como a perros en un pozo. No nos dejan hablar antes de morir... Hay que matarlos a dentelladas a esos hombres y arrancarles el corazón.

—Callas, Fróim —agregó Misha Yáblochko—, los muchachos esperan a que dejes de callar.

Misha se levantó, cambió de mano la cesta y se fue arqueando la ceja negra. Tres niñas con trenzas tropezaron con él en la plaza Alexéyevski, cerca de la iglesia. Paseaban cogidas de la cintura.

—Señoritas —les dijo Misha Yáblochko—, no les doy té con pan ácimo.

Les echó con el vaso pipas en los bolsillos y desapareció detrás de la iglesia.

Fróim Grach se quedó solo en su patio. Permaneció inmóvil mirando al espacio con su único ojo. Las mulas rescatadas a las tropas coloniales rumiaban heno en la cuadra, las yeguas cebadas pastaban con los potros en la huerta. Los cocheros jugaban a la sombra de un castaño a las cartas y bebían vino en unas escudillas. Tórridas ráfagas de viento se estrellaban contra las paredes enjalbegadas, el sol se derramaba en su letargo azul sobre el patio. Fróim se levantó y salió a la calle. Atravesó la Prórorovskaya que exhalaba al cielo el mísero humo desvanecido de sus cocinas, la plaza del rastro con gente enrollada en visillos y cortinas que vendían unos a los otros. Llegó a la calle Ekateríninskaya, torció ante el monumento a la emperatriz y entró en el edificio de la Cheká.

—Soy Fróim —dijo al gerente—, debo ver al patrón.

Entonces era jefe de la Cheká Vladislav Simen, llegado de Moscú. Al enterarse de la llegada de Fróim, llamó al juez de instrucción Borovoi para preguntarle sobre el visitante.

—Se trata de un tipo fenomenal —respondió Borovoi—, Odesa entera desfilará ante usted.

El gerente introdujo en el despacho al viejo, tapado con una capa de lona, enorme como un edificio, pelirrojo, con un ojo tapado y un carrillo desfigurado.

—Patrón —dijo el visitante—, ¿sabes a quién andas cazando? Andas cazando a águilas. ¿Con

quién t quedarás, patrón, con la basura?...

Simen hizo un movimiento y entreabrió e cajón de la mesa.

—Vengo vacío —dijo entonces Fróim—, no llevo nada en las manos ni en los choclos ni dejé a nadie la puerta... Suelta a mis muchachos, patrón; dime t precio.

Sentaron al viejo en una butaca y le trajeron coñac. Borovoi salió de la habitación y reunió en su despacho a los jueces de instrucción y comisario llegados de Moscú.

—Os voy a enseñar a un muchacho —les dijo— que es toda una epopeya; no hay cosa igual...

Y Borovoi les dijo que Fróim Grach, no Benia Krik, era el legítimo cabecilla de los cuarenta mil ladrones de Odesa. Se movía en la sombra, pero todo se tramaba según los planes del viejo: el asalto a las fábricas y a la tesorería de Odesa, el ataque a los voluntarios y a las tropas aliadas. Borovoi esperó la salida del viejo para hablar con él. Fróim no aparecía. El juez se cansó y fue en su busca. Dio una vuelta al edificio y pasó al patio interior. Allí yacía Fróim Grach, tendido bajo una lona, arrimado a la pared cubierta de hiedra. Dos soldados fumaban sobre su cadáver.

—Parecía un oso —dijo el superior al ver a Borovoi—, ¡qué fuerza tenía!... Si no lo matamos, tendríamos viejo para rato. Llevaba dentro diez balas y seguía avanzando...

El soldado se encendió, sus ojos brillaban, la gorra se le ladeó.

—Hablas por los codos —le atajó otro escolta—, se murió y asunto concluido. Son todos iguales...

—¡Qué va! —exclamó el superior—, unos ruegan y gritan y otros no dicen ni pío... ¿Cómo pueden ser todos iguales?

—Para mí todos son iguales —repitió con terquedad el soldado más joven—, todos son parecidos, no los distingo...

Borovoi se agachó y destapó la lona. En la cara del viejo perduraba un gesto de movimiento.

El juez de instrucción regresó a su habitación. Era una sala circular forrada de raso. Allí se celebraba una reunión para tratar de las nuevas reglas de redacción de documentos. Simen hablaba del desorden con que había chocado, de las sentencias mal formuladas, de las actas carentes de sentido. Insistía en que los jueces de instrucción debían formar grupos de estudio dirigidos por jurisconsultos y de redactar las actas según los formularios y modelos aprobados por la Dirección General de Moscú.

Borovoi, sentado en su rincón, escuchaba. Estaba solo, lejos de los demás. Después de la reunión, Simen se le acercó y le cogió del brazo.

—Ya sé que te enfadaste conmigo —dijo—, pero es que somos la autoridad, Sasha, somos la autoridad oficial, tenlo presente...

—No me enfado —dijo Borovoi, y torció la cabeza—, usted no es de Odesa y no lo sabe: con

ese viejo hay toda una historia...

Se sentaron juntos: el presidente con veintitrés cumplidos y el subordinado. Simen mantenía la mano de Borovoi en su mano y la apretaba.

—Respóndeme como chekista —dijo tras un silencio—, respóndeme como revolucionario: ¿para qué queremos un hombre así en la sociedad futura?

—No lo sé —Borovoi no se movía y miraba de frente—, probablemente no lo necesitamos.

Con un esfuerzo apartó de la memoria los recuerdos. Después se animó y habló a los chekistas llegados de Moscú de Fróim Grach, de su astucia y tenacidad, de su desprecio hacia el prójimo, de todas esas asombrosas historias que pertenecen al pasado.

Mamá, Rimma y Ala

El día amaneció ajetreado.

La víspera la sirvienta se plantó y se fue. Varvara Stepánovna tuvo ella misma que hacerlo todo. Además, trajeron muy temprano el recibo de la electricidad. En tercer lugar, los hermanos estudiantes Rastojin plantearon una demanda totalmente inesperada. Dijeron que de noche habían recibido un telegrama de Kaluga de que el padre estaba enfermo y que debían ir a verle. Como dejaban libre la habitación, pedían atrás los 60 rublos prestados a Varvara Stepánovna.

Varvara Stepánovna respondió que no tenía explicación eso de dejar la habitación en abril, cuando nadie la alquilaría y que se veía apurada para devolver un dinero no prestado, sino abonado a cuenta del alquiler, aunque anticipado.

Los Rastojin discreparon de Varvara Stepánovna. La conversación se hizo lenta y hostil. Los estudiantes eran unos majaderos tozudos e irresolutos de chaquetas largas y aliñadas. Pensaron que no volverían a ver el dinero. Entonces el mayor propuso a Varvara Stepánovna que pignorase el aparador y el espejo.

Varvara Stepánovna se puso colorada y dijo que no permitía ese tono, que la propuesta de Rastojin era una sandez, que ella conocía de leyes, que su marido era vocal del tribunal distrital de Kamchatka, etc. El menor de los Rastojin se subió a la parra y dijo que le importaba tres cominos que su marido fuera vocal en Kamchatka, que el kopek que caía en manos de ella era dinero perdido, que el hospedaje en casa de Varvara Stepánovna —todo ese barullo, suciedad y desbarajuste— era algo imposible de olvidar, que el tribunal distrital de Kamchatka estaba lejos, mientras que el juez de paz de Moscú caía cerca...

Así acabó la conversación. Los Rastojin se marcharon con morros, llenos de un odio estúpido, y Varvara Stepánovna se fue a la cocina a preparar el café a Stanislav Marjotski, otro estudiante hospedado. Hacía unos minutos que de su habitación llegaban timbrazos estridentes y prolongados.

Varvara Stepánovna se hallaba en la cocina ante el mechero de alcohol, portaba sobre su gruesa nariz unos lentes de níquel, ensanchados de tan viejos, el pelo canoso desgredado, la blusa rosa de la mañana con manchas. Mientras preparaba el café pensaba que esos mocosos jamás le habrían hablado en ese tono si no fuera por la eterna escasez de dinero, si no fuera por esa desdichada necesidad de andar pidiendo prestado, ocultándose y mintiendo.

Hizo café y una tortilla a Marjotski y le sirvió el desayuno a su habitación.

Marjotski era polaco: alto, huesudo, rubio, con unas cuidadas y largas piernas. Aquella mañana vestía una elegante chaqueta gris para andar por casa, con alamares.

Varvara Stepánovna fue recibida con disgusto.

—Ya estoy harto —dijo él— de que nunca haya criada, de tener que estar llamando una hora y

tardar a clase...

Era cierto que muchas veces no había criada y que Marjotski se pasaba largo rato llamando, pero esta vez el descontento se debía a otra causa.

La noche anterior él y Rimma, la hija mayor de Varvara Stepánovna, estuvieron en el diván de la sala. Varvara Stepánovna los vio besarse unas tres veces y abrazarse. Allí permanecieron hasta las once, después hasta las doce y después Stanislav recostó la cabeza sobre el pecho de Rimma y quedó dormido. En los años jóvenes, ¿quién no se quedó en el rincón de un diván dormido sobre el pecho de una colegiala que conocimos por casualidad? La cosa no tiene nada de malo y no trae consecuencias, pero se debe tomar en consideración a los demás, que al día siguiente la niña deberá ir al colegio.

Varvara Stepánovna sólo a la una y media comentó de mal humor que ya estaba bien. Marjotski, pletórico de soberbia polaca, mordió los labios y se enfadó. Rimma lanzó a la madre una mirada de indignación.

La cosa no pasó de ahí. Pero por lo visto, Stanislav aún se acordaba al día siguiente. Varvara Stepánovna le puso el desayuno, echó sal y salió.

Eran las once de la mañana. Varvara Stepánovna levantó las cortinas en la habitación de sus hijas. Los rayos ligeros y brillantes de un sol tibio se extendieron por el suelo descuidado, sobre la ropa desparramada, sobre el estante polvoriento.

Las niñas ya se habían despertado. Rimma, la mayor, era delgada, menuda, de mirada rápida, morena. Ala, un año más joven —diecisiete escasos— era más corpulenta que la hermana, blanca, lenta de movimientos, de piel suave y blanducha, con una expresión dulce y pensativa en los ojos azules.

La madre salió y Ala comenzó a hablar. Dejó caer el brazo relleno desnudo sobre la colcha, apenas movía los dedos blancos.

—Verás lo que he soñado, Rimma —dijo—. Figúrate una ciudad rara, una ciudad pequeña rusa, incomprensible... El cielo es de un gris claro y está bajo y el horizonte muy cerca. En las calles el polvo también es gris, aplanado, tranquilo. Todo está muerto, Rimma. No se oyen sonidos, no se ven personas. Parece que ando por callejones desconocidos, cerca de casas de madera, pequeñas y silenciosas.

Unas veces son callejones sin salida, otras es un camino y no veo más allá de los diez pasos, pero es un camino sin fin. Delante de mí va arremolinándose un polvo ligero. Me acerco y veo coches de boda. En uno va Mijail con la novia. La novia lleva velo y tiene cara de ser feliz. Yo voy al lado de los coches y me parece que soy la más alta y me duele el corazón. Después todos se dan cuenta de mi presencia. Se paran los coches. Mijail se me acerca, me coge la mano y despacio me lleva a un callejón. «Amiga Ala —dice con voz monótona—, ya sé que todo es triste. No hay remedio, porque no la amo a usted». Yo sigo a su lado, se me estremece el corazón y vuelven a

abrirse nuevos caminos grises.

Ala calló.

—Es un sueño de mal agüero —agregó— ¿Quién sabe? Como ahora todo me va mal, quizá después todo se ponga mejor y reciba una carta.

—¡Naranjas! —respondió Rimma—, debiste pensarlo mejor antes y no andar pelando la pava. ¿Oye? Hoy voy a hablar con mamá... —dijo inesperadamente.

Rimma se levantó, se vistió y se acercó a la ventana.

Moscú estaba en primavera. La humedad cálida puso brillo a la valla larga y sombría que se extendía por la acera de enfrente a todo lo largo del callejón.

En el jardincito junto a la iglesia la hierba estaba húmeda y verde. En una imagen, instalada sobre un poste torcido al entrar a la iglesia, el sol doraba suavemente la orla empañada y resbalaba por el rostro oscuro del santo.

Las chicas pasaron al comedor. Varvara Stepánovna estaba allí; comía mucho y con dedicación; a través de los lentes iba observando los bizcochos, el café, el jamón... Apuraba el café a sorbos grandes y ruidosos y engullía los bizcochos con presteza y codicia, como si se ocultara.

—Mamá —le dijo Rimma severa y levantó con arrogancia su carita—, quiero hablar contigo. No te pongas roja. Todo se tranquilizará de una vez para siempre. No puedo vivir más contigo. Déjame en libertad.

—Si lo deseas —respondió Varvara Stepánovna tranquila, y puso en Rimma sus ojos incoloros—. ¿Por lo de ayer?

—No por lo de ayer, sin con relación a ello. Aquí me asfixio.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ir a unos cursillos, estudiar taquigrafía, ahora hay demanda.

—Ahora hay taquígrafas a patadas. Anda, que te están esperando...

—No te pediré ayuda, mamá —chilló Rimma—, no te pediré ayuda. Déjame en libertad.

—Si lo deseas —repitió Varvara Stepánovna—. Yo no te retengo.

—Dame la partida.

—No te doy la partida.

Hasta aquí la conversación había transcurrido en una calma sorprendente. Ahora Rimma sintió que la partida le daba razón para chillar.

—Me hace mucha gracia —rió con sarcasmo—, ¿y dónde me registro sin la partida?

—No te doy la partida.

—Pues me voy de querida —gritó histéricamente Rimma—, me entrego a un gendarme...

—¿Quién te va a coger? —Varvara Stepánovna observó con mirada crítica la figura temblorosa y la cara ardiente de la hija—. Como que el gendarme no encontrará nada mejor...

—Me voy a la Tverskaya —gritaba Rimma—, me voy con un viejo. No quiero vivir con ella, con esta imbécil, imbécil, imbécil...

—Así tratas a tu madre, ¿eh? —Varvara Stepánovna se levantó con dignidad—; en la casa hay miseria, todo se viene abajo, hay escasez, yo intento olvidarme, y tú... de esto se va a enterar papá...

—Yo misma escribiré a Kamchatka —gritó Rimma frenética—, papá me dará el pasaporte...

Varvara Stepánovna salió. Rimma, pequeña y despeinada, recorría la habitación agitada. En su cerebro surgían algunas frases de su futura carta a papá.

«Querido papá —escribirá ella—: Tú tienes tus asuntos, ya lo sé, pero debo contártelo todo... Dejemos a conciencia de mamá la afirmación de que Stasik quedó dormido en mi pecho. El dormía en un cojín bordado, pero el centro de gravedad reside en otra cuestión. Mamá es tu esposa y tú serás parcial, pero no puedo quedarme más en casa, ella es inaguantable... Si quieres, iré contigo a Kamchatka, pero necesito el pasaporte, papaíto...».

Rimma caminaba y Ala, desde el diván, observaba a su hermana. Pensamientos suaves y tristes se posaban en su alma.

«Rimma se alborota —pensaba— y yo soy desdichada. Todo es triste, todo es inexplicable...».

Se fue a su habitación y se acostó. Pasó Varvara Stepánovna en corsé, empolvada con abundancia e inocencia, roja, desconcertada y deplorable.

—Ah, ahora que me acuerdo —dijo—, los Rastojin se mudan hoy. Hay que darles sesenta rublos, amenazan con llevar el asunto al juez. En la fresquera hay huevos. Cuécelos, que yo voy al monte de piedad.

Cuando a las seis de la tarde Marjotski llegó de clase, en el recibidor vio unas maletas hechas. De la habitación de los Rastojin llegaba ruido; por lo visto, discutían. Allí mismo, en el recibidor, Varvara Stepánovna, de forma fulminante y con una decisión desesperada, le pidió diez rublos prestados. Sólo en su cuarto, Marjotski cayó en la cuenta de que había hecho una tontería.

La habitación de Marjotski se diferenciaba de las otras en el piso de Varvara Stepánovna. Estaba limpia, llena de baratijas y de tapices. Sobre las mesas se hallaban en orden utensilios de dibujo, pipas elegantes, tabaco inglés, cuchillos blancos de marfil para cortar el papel.

Stanislav no se había mudado aún, cuando en la habitación entró sigilosa Rimma. Fue recibida secamente.

—¿Te enfadas, Stasik? —preguntó la muchacha.

—No me enfado —respondió el polaco—, únicamente ruego que se me exima de la obligación de

presenciar los excesos de su mamá de usted.

—Pronto se acabará todo —dijo Rimma—, pronto seré libre, Stasik...

Ella se sentó a su lado en el diván y le abrazó.

—Soy hombre —comenzó entonces a hablar Stasik—, este vegetar platónico no me va, por delante tengo una carrera...

Irritado decía las palabras que casi siempre se dicen a ciertas mujeres. No hay de qué hablar con ellas, fastidia gastar ternuras en ellas, pero ellas se resisten a pasar a lo fundamental.

Stasik decía que el deseo le consumía; eso le impedía trabajar, le inquietaba; de una forma y otra, pero había que poner fin á la cosa; en cuanto a él, casi le tenía sin cuidado qué decisión se tornara, pero que se tomara alguna.

—¿A qué vienen aquí esas palabras? —profirió Rimma pensativa—. ¿A qué viene eso de que «soy hombre», de que «hay que acabar» no se que? ¿A qué viene esa cara tan enfadada y tan fría? ¿Es que no se puede hablar de otra cosa? Es triste, Stasik. Estamos en primavera, todo es tan bonito y nosotros aquí riñendo...

Stasik no respondió. Ambos callaron.

Junto al horizonte se apagaba un ocaso flámeo que arrebolada de brillo escarlata el cielo lejano. En el otro extremo colgaba una penumbra ligera, que se iba espesando lentamente. La habitación quedó llena de la última luz rubicunda. En el diván Rimma se inclinaba más y más cariñosamente hacia el estudiante. Ocurría lo que casi siempre les venía pasando a esa hora, la más hermosa del día.

Stanislav besó a la muchacha. Ella recostó la cabeza sobre el cojín y cerró los ojos. Ambos se inflamaron. A los pocos minutos Stanislav la besaba sin cesar y en un arrebató de pasión ciega e insaciada comenzó a zarandear por la habitación su cuerpo delgadito y febril. Le rompió la blusa y el sujetador. Rimma, con los labios secos y ojerosa, ponía sus labios a los besos y con una mueca retorcida, dolorosa, protegía su virginidad. En uno de esos instantes picaron a la puerta. Rimma vagó aturdida por la habitación, apretando contra su pecho los jirones de la blusa destrozada.

Tardaron en abrir. Era un compañero de Stanislav. Aquél, con la burla apenas oculta en la mirada, siguió a Rimma, que se escurrió de la habitación. Pasó a ocultas a su cuarto, cambió de blusa y se apoyó en el cristal frío de la ventana para calmarse.

En el monte de piedad a Varvara Stepánovna por la plata familiar sólo le dieron cuarenta rublos. Diez rublos pidió a Marjotski, y fue a pedir el resto a casa de los Tijónov, a pie del Strastnoi a la Pokrovka. Estaba tan azorada que se olvidó del tranvía.

En casa, además de los Rastojin amotinados, le esperaba para un asunto Mirlits, adjunto de abogado, un joven alto, con raíces podridas en lugar de los dientes y con ojos grises, húmedos y bobalicones.

Hacia un tiempo, por falta de dinero, Varvara Stepánovna decidió hipotecar con poder la casa del marido en Kolomna. Mirlits trajo el texto de la hipoteca. A Varvara Stepánovna la cosa le pareció no del todo clara, que debiera consultar a alguien antes de rematar el asunto, pero demasiados sobresaltos —se dijo— le habían caído en suerte... Vayan con Dios todos ellos, los huéspedes, las hijas, las groserías.

Tratados los asuntos, Mirlits descorchó una botella de Muscat-Lunel de Crimea, que trajo consigo —conocía la debilidad de Varvara Stepánovna. Bebieron un vaso y se dispusieron a repetir. Las voces crecieron, a Varvara Stepánovna se le puso roja la nariz carnosa, las ballenas del corsé le sobresalían y podían contarse. Mirlits decía chistes y se desternillaba. Rimma, con la blusa nueva, cambiada, permanecía silenciosa en un rincón.

Bebido el Muscat-Lunel, Varvara Stepánovna y Mirlits salieron a dar una vuelta. Varvara Stepánovna se notaba un poco borracha, sentí vergüenza de ello, mas por otra parte le daba igual, porque la vida, vaya por Dios, bastantes sinsabores tenía.

Varvara Stepánovna regresó antes de lo que esperaba porque los Boiko, a los que quería ver, no estaban. Al regresar se asombró del silencio en la casa. A esa hora las chicas solían bromear con los estudiantes, carcajear, corretear. Sólo se oía ruido en el baño. Varvara Stepánovna entró en la cocina, desde cuya ventana podía observarse lo que pasaba en el baño.

Se acercó al ventano y vio un cuadro extraordinario, raro; vio esto:

El horno, en el que calentaban el agua, se puso al rojo vivo. La bañera estaba llena de agua hirviente. Ante el horno se hallaba Rimma de rodillas. Tenía en las manos unas tenacillas para rizar el pelo. Las calentaba al fuego. Ante la bañera estaba Ala desnuda. Sueltas las largas trenzas. De los ojos le caían lágrimas.

—Acércate —dijo a Rimma—. Escucha, a ver si da golpes...

Rimma puso la oreja sobre su barriga tierna, un tanto abultada.

—No da —respondió—. De todas formas, no debes dudar.

—Voy a morir —musitó Ala—. El agua me escaldará. No lo aguantaré. Deja las tenacillas. Tú no sabes cómo se hace.

—Todos lo hacen así —profirió Rimma—. Basta de gimotear, Ala. No es cosa de ponerte a parir, ¿verdad?

Ala se disponía a entrar en la bañera, y no tuvo tiempo: en ese momento se oyó la voz inolvidable, débil, ronca de su madre:

—¿Qué estáis haciendo, hijas?

Dos horas después, Ala, abrigada, mimada y llorada, yacía en la cama ancha de Varvara Stepánovna. Lo contó todo y se sintió aliviada. Se imaginaba pequeñita, con una ridícula pena infantil.

Rimma, sin ruido, sin palabras, se movía por la habitación, hizo la limpieza, preparó té a su madre, la obligó a cenar, hizo todo para que el dormitorio estuviera limpio. Después encendió una lamparilla en la que desde hacía dos semanas no echaban aceite; al desvestirse procuró no hacer ruido y se acostó al lado de su hermana.

Varvara Stepánovna estaba sentada a la mesa. Veía la lamparilla, su llama inmutable de *un rojo oscuro*, que iluminaba pobremente a la Virgen María. La chispa le seguía causando un ligero y raro mareo. Las niñas se durmieron pronto. Ala tenía la cara blanca, grande y tranquila. Rimma, arrimada a ella, suspiraba en sueños y temblaba.

Cerca de la una de la madrugada Varvara Stepánovna encendió una vela, se puso ante sí una cuartilla y escribió al marido:

«Querido Nikolai: Hoy estuvo Mirlits, un judío muy decente, y mañana vendrá el señor que da el dinero por la casa. Creo hacer bien, pero cada vez estoy más intranquila, porque no confié en mí.

»Sé que tienes tus sinsabores, tu trabajo y no debiera escribirte eso, pero nuestra casa, Nikolai, no se arregla. Las niñas se hacen mayores, hoy la vida exige muchas cosas —cursillos, taquigrafía las chicas quieren más libertad. Hace falta un padre, quizá haya que gritarles, pero en mí no se puede confiar. Sigo creyendo que tu viaje a Kamchatka fue un error. Si estuvieras aquí nos mudaríamos al Starokolenni, allí se alquila un pisito muy soleado.

»Rimma adelgazó y tiene mal aspecto. Todo el mes cogimos nata en la lechería de enfrente y las niñas mejoraron mucho, pero hemos dejado de cogerla. Mi hígado tan pronto se deja sentir como se calma. Escribe más a menudo. Después de tus cartas me cuido, no como arenques y el hígado me deja tranquila. Ven, Kolia. Descansaríamos. Saludos de las niñas. Te beso muy fuerte. Tu Varia».

Shabos-najmú

(Relato de la serie «Guérshele»)

Y hubo tarde y mañana, quinto día. Y hubo tarde y mañana, día sexto. El sexto día —en la noche del viernes— hay que rezar. Después de la oración, a recorrer el pueblo con capucha de fiesta, para regresar a casa a la hora de cenar. En casa del judío se bebe una copa de vodka y kuguel^[9] con pasas. Después de la cena se vuelve alegre. Cuenta a su mujer anécdotas, después se queda dormido con un ojo cerrado y la boca abierta. Mientras él duerme, en la cocina Gapka escucha música; se le antoja que del pueblo ha venido el violinista ciego y se ha puesto a tocar al pie de la ventana.

Es lo que hacen todos los judíos. Mas no todos los judíos son Guérshele. Por eso es famoso en todo Ostropol, en todo Berdichev y en todo Viliuisk^[10].

Guérshele festejaba uno de cada seis viernes. Las demás noches él y su familia las pasaban a oscuras y tiritando de frío. Los niños lloraban. La mujer le lanzaba reproches. Cada uno pesaba como un guijarro. Guérshele le respondía en verso.

Una vez —así dicen— Guérshele quiso ser previsor. El miércoles fue a la feria a ganar dinero para el viernes. Donde hay feria hay un *pan*^[11]. A cada *pan* le rondan diez judíos. A diez judíos no les sacas ni tres céntimos. Escucharon los chistes de Guérshele, pero a la hora de pagar todos ellos habían salido de casa.

Guérshele volvió a casa con la barriga más vacía que un instrumento de viento.

—¿Has ganado algo? —le preguntó la mujer.

—He ganado la gloria eterna —respondió—. Ricos y pobres me la prometieron.

La mujer de Guérshele tenía sólo diez dedos. Los iba doblando uno por uno. Su voz retumbaba como el trueno en la montaña.

—Todas las mujeres tienen un marido como Dios manda. El mío alimenta a su mujer con chistes. Quiera Dios que para el año nuevo le dé una parálisis a la lengua, a las manos y a los pies.

—Amén —respondió Guérshele.

En cada ventana arden cirios y parece que en las casas queman encinas. Mis velas son delgadas como cerillas y el humo que sueltan sube al cielo. El pan blanco ya ha madurado para todos, pero mi marido me trae leña húmeda como la trenza recién lavada.

Guérshele no rechistó. ¿Para qué atizar el fuego que arde bien? Eso lo primero. ¿Y qué se puede objetar a la esposa gruñona que tiene razón? Eso, lo segundo.

Pasó el tiempo y la mujer se cansó de gritar. Guérshele se retiró, tumbóse en la cama y se puso a pensar.

—¿Por qué no voy a ver al rabino Borujl?, se preguntó.

(Como es notorio, el rabino Borujl padecía de melancolía negra y el mejor remedio era la palabra de Guérshele).

—¿Por qué no voy a ver al rabino Borujl? Los monaguillos del zaddik me dan los huesos y se quedan con la carne. Así es. Mejor la carne que los huesos y mejor los huesos que el aire. Iremos a ver al rabino Borujl.

Guérshele se levantó y se dispuso a aparejar. El caballo le lanzó una mirada severa y triste.

«Bueno, Guérshele —dijeron los ojos del caballo—, ayer no me diste avena, anteayer no me diste avena, hoy estoy en ayunas. Si mañana tampoco me das avena me veré obligado a recapacitar sobre mi vida».

Guérshele no resistió la mirada atenta, bajo la vista y acarició los labios suaves del caballo. Después suspiró tan fuerte que el caballo se hizo cargo de todo, y Guérshele decidió:

—Voy a ver al rabino Borujl a pie.

El sol estaba muy alto cuando Guérshele emprendió la marcha. El camino caliente corría delante de él. Bueyes blancos arrastraban lentas carretas con heno oloroso. Los campesinos iban sobre las altas cargas con los pies colgados y blandían largos látigos. El cielo era azul y los látigos negros.

Cuando llevaba recorrida una parte del camino —unas cinco verstas— Guérshele llegó a un bosque. El sol ya se largaba de su sitio. En el cielo prendían suaves incendios. Niñas descalzas traían las vacas del prado. Cada vaca mecía una ubre rosácea, cargada de leche.

En el bosque, Guérshele se sumergió en el frescor, en la penumbra silenciosa. Las hojas verdes se inclinaban unas hacia otras, se acariciaban con las manos planas, murmuraban muy bajito allá en lo alto y retornaban a su sitio, susurrando y temblando.

Guérshele no prestaba oído al murmullo. En la panza le tocaba una orquesta tan grande como la de un baile del conde Pototski. Aún tenía que recorrer un largo camino. Desde los costados de la tierra una ligera penumbra llegaba, presurosa, se cerraba sobre la cabeza de Guérshele y se desparramaba por el suelo. Inmóviles faroles se encendieron en el firmamento. La tierra quedó callada.

Anocheceía cuando Guérshele llegó a una venta. En la pequeña ventana ardía una luz. En un cuarto caliente, junto a la ventana, estaba la dueña, Zelda, y cosía pañales. Tenía un barrigón como para alumbrar trillizos. Guérshele observó la menuda carita roja con ojos azules de la mujer y la saludó.

—¿Podría parar aquí, señora?

—Sí.

Guérshele se sentó. Las aletas de su nariz se hincharon como fuelle de herrero. Un fuego cálido brillaba en el horno. En una gran cazuela el agua hervía y cubría con la espuma blancos raviolos. Una gallina rolliza flotaba en un caldo dorado. El horno desprendía un olorcito a tarta con pasas.

Sentado en un banco, Guérshele se retorció como la parturienta antes de dar a luz. En un instante en su cabeza maduraron más planes que esposas tuvo el rey Salomón.

La habitación estaba en silencio, el agua hervía y la gallina se mecía en las olas doradas.

—¿Dónde está su marido, señora? —preguntó Guérshele.

—Mi marido ha ido a pagar la renta al señor. —La mujer volvió a callar. Sus ojos infantiles quedaron en blanco. De pronto dijo:

—Estoy a la ventana y pensando. Quiero hacerle una pregunta, señor judío. Usted debe andar mucho por el mundo, estudió con el rebe y conoce nuestra vida, diga, señor judío: ¿vendrá pronto Shabos-najmú?^[12]

«Ya, ya —pensó Guérshele—. La pregunta tiene miga. De todo hay en la viña del señor...».

—Se lo pregunto porque mi marido prometió que iríamos a ver a mi madre cuando llegue Shabos-najmú. Te compraré un vestido y una peluca y pediremos al rabino Motalemí que nos nazca un hijo y no una hija —todo eso cuando llegue Shabos-najmú. Parece que es un hombre del otro mundo.

—Dice usted bien, señora —respondió Guérshele—. Fue Dios el que puso en sus labios tales palabras... usted tendrá un hijo y una hija. Shabos-najmú soy yo, señora.

Los pañales rodaron de las rodillas de Zelda. Ella se incorporó y golpeó su pequeña cabecita contra la viga del techo, porque Zelda era alta y gorda, roja y joven. Sus pechos subidos parecían dos sacas repletas de trigo. Sus ojos azules se abrieron como los de un niño.

—Yo soy Shabos-najmú —confirmó Guérshele—. Ya llevo andando un mes y pico, señora, ayudando a la gente. Del cielo a la tierra hay un gran trecho. He desgastado las botas. Y aquí le traigo un saludo de todos los suyos.

—¿De la tía Pesia —gritó la dueña—, del padre y de la tía Golda? ¿Acaso los conoce usted?

—¿Y quien no los conoce? —respondió Guérshele—. Estuve hablando con ellos como con usted ahora.

—¿Y qué tal se vive por allí? —preguntó la dueña, cruzando sobre el vientre los dedos temblones.

—Mal —profirió Guérshele compungido—. ¿Qué vida puede tener un hombre muerto? Allí, de fiestas nada...

Los ojos de la dueña se llenaron de lágrimas.

—Hay allí frío —continuaba Guérshele—, frío y hambre. Comen como los ángeles. En el otro mundo nadie tiene derecho a comer más que los ángeles. ¿Qué puede necesitar un ángel? Con un trago de agua ya tiene bastante. En cien años usted no verá allí ni una copa de aguardiente...

—Pobre padrecito... —susurró la dueña asombrada.

—En Pascua se conforma con una taza. Un buñuelo le basta para todo el día...

—Pobre tía Pesia —se echó a temblar la dueña.

—Yo mismo paso hambre —profirió Guérshele, recostando la cabeza, y por su nariz rodó una lágrima que fue a perderse en la barba. Y no tengo más remedio que callarme, allí estoy considerado de la casa...

A Guérshele no le dio tiempo a terminar la frase.

Pisando con sus pies gordos, la dueña se acercaba apresuradamente a él: platos, fuentes, vasos, botellas. Y cuando Guérshele se puso a comer, la mujer se dio cuenta de que era un hombre del otro mundo.

Para empezar, Guérshele comió hígado picado con rodajas de cebolla, rociado con una grasa transparente. Se tomó una copa de vodka señorial (en el vodka nadaban unas cortezas de naranja). Después comió pescado, mezcló la aromática ujá con patata blanda y apiló en el borde del plato medio tarro de rábano picante, de un rábano que haría llorar a cinco panes con sus monetes y sus caftanes.

Después del pescado, Guérshele dio su merecido a la gallina y comió sopa caliente con gotas de grasa flotando. Los raviolos, que nadaban en mantequilla derretida, saltaban a la boca de Guérshele como sala la liebre que escapa del cazador. De más está contar lo que le ocurrió a la tarta. ¿Qué le iba a ocurrir si Guérshele se tiraba años sin ver una tarta?

Acabada la cena, la dueña enfardó las cosas que por mediación de Guérshele mandaría al otro mundo al padre, a la tía Golda y a la tía Pesia. Al padre le puso un taled nuevo, una garrafa de kirsch, un tarro de dulce de frambuesa y una saca de tabaco. Para la tía Pesia mandó calcetines grises calientes. A la tía Golda le envió una vieja peluca, una peineta grande y un devocionario. Además suministró a Guérshele botas, una hogaza de pan, torreznos y una moneda de plata.

—Muchísimos saludos, señor Shabos-najmú, muchos recuerdos a todos —decía a Guérshele, cargado con un pesado fardo—. Si no, espere un poco, mi marido está al llegar.

—No —respondió Guérshele—. Llevo prisa, ¿cree que es usted sola?

En el bosque oscuro dormían los árboles, dormían los pájaros, dormían las hojas verdes. Las empalidecidas estrellas que nos custodian se durmieron en el cielo.

A la versta de camino Guérshele se detuvo rendido, tiró la carga al suelo, se sentó sobre ella y comenzó a razonar consigo mismo.

—Tengo presente, Guérshele —se dijo—, que en el mundo hay muchos imbéciles. La ventera es tonta. Pero pueda ser que su marido es un hombre listo de puños grandes, carrillos gordos y látigo largo. Si regresa a casa y te echa mano en el bosque...

Guérshele no se detuvo a buscar la respuesta. Enterró inmediatamente el fardo y puso una señal para después hallar pronto el lugar secreto.

Echó a correr al otro extremo del bosque, se desnudó por completo, abrazó el tronco de un árbol y se puso a esperar. No duró mucho la espera. Al amanecer Guérshele escuchó el silbido de un látigo, el chasquido de unos labios y el trote de un caballo. Era el ventero que andaba persiguiendo al señor Shabos-najmú.

Cuando llegó hasta el sitio en que Guérshele estaba desnudo y abrazado a un árbol, el ventero detuvo el caballo y puso la cara de tonto que pondría un monje al ver al diablo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con voz sofocada.

—Soy hombre del otro mundo —respondió Guérshele compungido—. Me robaron, me quitaron documentos importantes, que llevaba al rabino Borujl...

—Sé quién le robó —gritó el ventero—. Yo también tengo con él cuentas pendientes. ¿Por qué camino se ha ido?

—No sabría decirle el camino —murmuró amargamente Guérshele Si quiere, déjeme el caballo y le alcanzaré en un dos por tres. Espéreme aquí. Desnúdese, póngase bajo el árbol y aguántelo bien, hasta mi regreso. Es un árbol sagrado. En nuestro mundo muchas cosas se apoyan en él...

Guérshele no necesitó mucho tiempo para descubrir de qué pie cojeaba aquel hombre. Comprendió en seguida que marido y mujer eran tal para cual.

Así, pues, el ventero se desnudó y se arrimó al árbol. Guérshele subió al carro y arrancó. Desenterró sus cosas, las echó al carro y las llevó al lindero del bosque.

Aquí Guérshele cargó el fardo a la espalda, soltó el caballo y echó a andar por el camino que llevaba recto a casa del santo rabino Borujl.

Ya había amanecido. Cantaban los pájaros con los ojos cerrados. El caballo del ventero, cabizbajo, arrastró el carro hasta donde había dejado a su dueño.

Este esperaba arrimadito al árbol, desnudo bajo los rayos del sol. El ventero tenía frío y continuamente cambiaba de pie.

Con la emperatriz

(Del diario petersburguense)

En el bolsillo caviar y una libra de pan. Sin cobijo. Estoy en el puente Anichkov, arrimado a los caballos de Klodt. Un viento hinchado avanza desde la Morskaya. Por la Nevski, deambulan lucecitas naranja, enredadas en algodón. Necesito un rincón. La ciudad me sierra como el niño inexperto la cuerda del violín. Repaso en la memoria los apartamentos abandonados por la burguesía. El palacio Anichkov penetra en mis ojos en toda su plena enormidad. Ahí está el rincón.

No es difícil cruzar el vestíbulo sin ser visto. El palacio está vacío. Un ratón raspa sin prisa en una habitación lateral. Estoy en la biblioteca de la emperatriz viuda María Fiódorovna. Un viejo alemán, parado en medio de la habitación, coloca algodón en los oídos. Se dispone a salir. La suerte me besa en los labios. El alemán es conocido. En una ocasión inserté gratis su anuncio sobre la pérdida del pasaporte. El alemán me pertenecía con todo su mondongo honrado y fofó. Acordamos: yo esperaré a Lunacharski^[13] en la biblioteca porque, verá usted, debo ver a Lunacharski.

El melódico tictac del reloj sacó al alemán de la habitación. Estoy solo. Encima de mí arden bolas de cristal con amarilla luz sedosa. De los tubos de la calefacción sube un calor indescriptible. Profundos divanes rodean de tranquilidad mi cuerpo.

Un registro superficial da resultados. En la chimenea descubro una tarta de patata, una cacerola, una pizca de té y azúcar. Por fin el mechero de alcohol asoma su lengua azul. Esa noche cené como persona. Sobre la mesita china tallada, con destellos de barniz antiguo, extendí una finísima servilleta. Acompañaba cada trozo de este severo pan de racionamiento con sorbos de té dulce, humeante, con estrellas coralinas refulgiendo en las aristas del vaso. El terciopelo de los asientos acariciaba con manos rollizas mis flacos costados. Tras la ventana, sobre el granito petersburguense aterido de frío, caían vaporosos cristales de nieve.

La luz semejante a brillantes columnas color limón, se desparramaba por las paredes cálidas, tocaba el lomo de los libros que en respuesta centelleaban con su oro azul.

Los libros —páginas consumidas y olorosas— me llevaron a la lejana Dinamarca. Hacía más de medio siglo fueron regalados a la joven princesa que se iba de su país breve y casto a la Rusia feroz. En los severos títulos con tinta descolorida, en tres renglones oblicuos, de la princesa se despedían las damas preceptoras y sus amigas de Copenhague —hijas de consejeros de Estado, los maestros-profesores apergaminados del liceo, papá-rey y mamá-reina, una madre que llora. Largas baldas con lomos dorados, lomos ennegrecidos, evangelios infantiles manchados con tinta, con borrones tímidos, con torpes súplicas improvisadas al Señor Jesucristo, tomos en cordobán de Lamartine y Chenier con flores secas, que se reducían a polvo. Voy hojeando las páginas carcomidas que sobrevivieron al olvido, y la imagen de un país ignoto, el hilo de días extraordinarios, surgen ante mí —muros bajos en torno a los jardines reales, rocío en el césped segado, somnolientas esmeraldas de los canales y un rey largo con patillas de color chocolate, el tranquilo tañir de una campana sobre la iglesia

palaciega, el primer amor y un breve susurro en las salas pesadas.

Una mujer pequeña, de cara alisada con polvos, una ladina intrigante con pasión insaciable de mandar, una furiosa hembra entre los granaderos de Preobrazhenski, madre implacable, pero atenta, aplastada por la alemana, la emperatriz María Fiódorovna despliega ante mí el rollo de su vida sorda y larga.

Sólo muy entrada la noche abandoné esta crónica triste y conmovedora, estos fantasmas de calaveras sangrantes. Bajo el rebuscado techo marrón se guían ardiendo tranquilas las bolas de cristal, llena de polvo arremolinado. Junto a mis borceguíes rotos, en las alfombras azules pasmáronse regueros de plomo. Agotado por la labor del cerebro y por el calor del silencio, quedé dormido.

De noche, por el parquet opacado de los pasillos tomé el camino de la salida. El despacho de Alejandro III era un cajón alto con las ventanas que daban a la Nevski tapiadas. Las habitaciones de Mijail Alexándrovich —alegre apartamento de un oficial culto que hace gimnasia, paredes forradas de una tela clarita con manchas de rosa pálido, sobre las chimeneas bajas chucherías de porcelana, imitando la ingenuidad y la carnosidad innecesaria del siglo diecisiete.

Esperé un largo rato recostado sobre una columna, hasta que se durmiera el último lacayo del palacio. Este agachó las mejillas arrugadas, afeitadas por vieja costumbre; un farol doraba débilmente su alta frente decaída.

Cerca de la una de la madrugada salí a la calle. La Nevski me recogió en su regazo insomne. Fui a dormir a la estación Nikoláyevski. Sepan los de aquí huidos que en San Petersburgo un poeta sin hogar tiene donde pasar la noche.

El camino

Salí del frente a la desbandada en noviembre del diecisiete. En casa mi madre me hizo un paquete con ropa y galletas. Caí en Kiev la víspera de que Muraviov comenzara a bombardear la ciudad. Mi meta era Petersburgo. Doce días nos tiramos en Bessarabka, en el sótano del hotel de Jáim Tsiriúlnik. El salvoconducto de salida me lo dio ya el comandante soviético de Kiev.

En el mundo no hay espectáculo más deprimente que la estación de Kiev. Unos barracones provisionales de madera desde hace muchos años profanan la entrada a la ciudad. En las tablas mojadas crujían los piojos. Desertores, especuladores, gitanos yacían mezclados. Viejas de Galitzia meaban de pie en el andén. Un cielo bajo estaba sesgado por nubes, saturado de tinieblas y de lluvia.

Sólo a los tres días salió el primer tren. Al principio se paraba a cada versta, después cogió brío, las ruedas trepidaron con más fervor y entonaron una potente canción. Eso hizo feliz a todo nuestro furgón. En el año dieciocho la rapidez hacía feliz a la gente. De noche el tren se estremeció y paró. Se corrió la puerta del furgón, descubriéndonos el verde refulgor de las nieves. Un telegrafista de estación, con pelliza sujeta por un cinto y con ligeras botas caucasianas, entró en el furgón. El telegrafista extendió la mano y golpeó con el dedo la palma abierta.

—Los documentos aquí...

La primera de la puerta era una mujer agazapada entre bultos, a la que no se oía. Iba a Liubán, a casa de su hijo ferroviario. A mi lado, sentados dormitaban el maestro Yeguda Véinberg y su esposa. El maestro se había casado hacía unos días y llevaba a su mujer a Petersburgo. Todo el camino estuvieron susurrando sobre el método combinado de la enseñanza, hasta que quedaron dormidos. En sueños sus manos seguían entrelazadas unas con otras.

El telegrafista leyó su mandato firmado por Lunacharski, sacó debajo de la pelliza un máuser de cañón estrecho y sucio y disparó a la cara del maestro.

A la mujer se le abultó el cuello suave. Ella callaba. El tren estaba parado en la estepa. Las nieves onduladas tenían destellos polares. De los furgones echaban a los judíos a la vía. Los disparos sonaban desacompasados, como exclamaciones. Un campesino con las orejeras de la gorra desatadas, me llevó tras una pila helada de leña y comenzó a cachearme. La luna, eclipsándose, nos alumbraba. La pared violácea del bosque humeaba. Los tarugos de los dedos helados, agarrotados, recorrían mi cuerpo. El telegrafista gritó desde la garita del furgón:

—¿Es judío o ruso?

—Ruso —murmuró el campesino rebuscándome—, tan ruso que vale para rabino...

Acercó a mi su cara arrugada, preocupada, me arrancó del calzoncillo cuatro monedas de diez rublos de oro, que mi madre me había cosido para el camino, me quitó el abrigo y las botas, me puso de espaldas, me dio con el canto de la mano en el pescuezo y dijo en hebreo:

—*Ankloif*, Jáim...^[14]

Caminé, pisando la nieve con los pies descalzos. Una diana se iluminó en mi espalda, el centro del blanco traspasaba las costillas. El campesino no disparó. Entre las columnas de pinos, en el escondido sótano del bosque, se mecía una lucecita aureolado con una corona de humo purpúreo. Llegué corriendo hasta la cabaña. En la cabaña el guardabosques soltó un gemido. Sentado en un sillón de bambú forrado de terciopelo se había liado en tiras cortadas de pellizas y de capotes y desmenuzaba tabaco en su regazo. El guardabosques, que gemía estirado por el humo, se incorporó y me hizo una reverencia:

—Vete, padrecito... Vete ciudadano querido...

Me encaminó por el sendero y me dio un trapo para enrollar los pies. Ya muy avanzada la mañana llegué a poblado. En el hospital no había médico para cortarme las piernas heladas; al frente se hallaba un practicante. Llegaba todas las mañanas al hospital en un breve potro moro, lo amarraba al poste y entraba arrebolado, con los ojos brillantes.

—Federico Engels —con las brasas de las pupilas encendidas, el practicante se inclinó hasta mi cabecera— enseña a vuestra gente que las naciones no deben existir y vosotros vuelta a que la nación debe existir...

Arrancó las vendas de mis pies, se incorporó y rechinando los dientes preguntó en voz baja:

—¿Adónde, adónde os lleva el diablo?... ¿Para qué viaja vuestra nación? ¿Para qué enreda y enturbia?...

El sovieta^[15] de noche evacuó en un carro a los enfermos que no hicimos migas con el practicante, a viejas judías con pelucas y a las madres de los comisarios.

Mis pies sanaron. Yo seguí la ruta mendiga de Zhlobin, Orsha, Vitebsk.

Entre las estaciones de Novo-Sokólniki y Loknia el cañón de un obús me sirvió de techo. Viajábamos en una batea. Fediuja, compañero accidental de viaje, que hizo el gran camino de los desertores, era cuentista, chistoso y dicharachero. Dormíamos bajo el potente y corto cañón, que apuntaba hacia arriba, y nos calentábamos mutuamente en un hoyo de trapos, mullido con paja, como la guarida de una fiera. Pasada Loknia, Fediuja me robó el baúl y desapareció. El baúl me lo había proporcionado el sovieta del pueblo y contenía dos mudas de soldado, galletas y algún dinero. Dos días, nos acercábamos a Petersburgo, me pasé sin comer. Soporté el último tiroteo en la estación de Tsárskoye Seló. Un destacamento interceptor disparaba al aire a la llegada del tren. Sacaron a los especuladores al andén y comenzaron a despojarles de la ropa. En el asfalto, junto a personas de verdad, caían monigotes de goma, llenos de alcohol. Pasadas las ocho, la estación me lanzó de su presidio alborotador a la avenida Zágorodni. En la pared de la otra acera, junto a una farmacia tapiada, el termómetro señalaba 24 grados bajo cero. En el túnel de la Gorójoyaya aullaba el viento; sobre el canal se extinguía una farola de gas. La Venecia de basalto, congelada, permanecía inmóvil. Entré en la Gorójoyaya como en un campo helado, circundado por rocas.

En la casa número dos, que fue Gobernación de la ciudad, se hallaba la Cheka. Dos ametralladoras, dos perros de acero, se plantaron en el vestíbulo con los morros levantados. Enseñé al comandante las cartas de Vania Kalugin, mi suboficial en el regimiento de Shuya. Kalugin era ahora juez de instrucción en la Cheka y me llamaba en sus cartas.

—Vete al Anichkov —me dijo el comandante ahora está allí...

—No llegaré —y sonrío por respuesta.

La Nevski se prolongaba a los lejos como la vía láctea. Los caballos muertos parecían mojones. Patas arriba, los caballos contenían al cielo bajo. Sus vientres abiertos en canal estaban límpidos y brillaban. Un viejo con aspecto de soldado de la guardia arrastró a mi lado un elegante trineo de juguete. Hincaba en el hielo con esfuerzo los pies de piel, en la cabeza llevaba una gorra tirolesa, un cordel amarraba su barba introducida en un chal.

—No llegaré —dije al viejo.

Se paró. Su rostro leonino, arrugado, rebosaba tranquilidad. Pensó en sí y tiró del trineo.

«Así se hace innecesaria la conquista de Petersburgo» —pensé e intenté recordar el nombre de alguien que al final del camino fue aplastado por los caballos árabes—. Se llamaba Yeguda Halevi.

Dos chinos con bombín, con hogazas de pan bajo el sobaco, se apostaron en la esquina de la Sadóvaya. Con la mano aterida marcaban trozos de pan y lo mostraban a las prostitutas que se acercaban. Las mujeres pasaban de largo en desfile silencioso.

Cerca del puente Anichkov, al pie de los caballos de Klodt, me senté en un saliente de la estatua.

El codo me resbaló y caí sobre la losa pulida, pero el granito me quemó, me disparó, golpeó y lanzó hacia el palacio.

En un ala del edificio, de color granate, la puerta estaba abierta. Un mechero azul brillaba sobre un lacayo dormido en los sillones. De su cara arrugada, de un color cadavérico, colgaba el labio; una guerrera sin cinturón, con manchas de luz, cubría el calzón de cortesano, el galón dorado. Una flecha velluda, dibujada con tinta, señalaba el camino hacia el comandante. Subí una escalera y atravesé habitaciones bajas, vacías. Mujeres de colores oscuros lóbregos danzaban en los techos y paredes. Redel; metálicas cubrían las ventanas, de los marcos colgaban bisagras retorcidas. Al final de una crujía, iluminado como en el escenario, sentado a la mesa, estaba Kalugin, rodeado de una aureola de pajizo; pelos de campesino. Sobre la mesa se apilaban juguetes infantiles, trapos de colorines, libros y dibujos rasgados.

—Has llegado —dijo Kalugin levantando la cabeza—, perfecto... Aquí haces falta tú...

Retiré con la mano los juguetes desparramados sobre la mesa, me recosté en su tablero brillante y... me desperté —instantes u horas después— sobre un diván bajo. Los rayos de la araña fulgían sobre mí en catarata de cristal. Los harapos que me habían quitado se amontonaban en el suelo sobre un charco derretido.

—A bañarte —dijo Kalugin, parado sobre el diván, me levantó y me llevó a la bañera—. La bañen era antigua, de bordes bajos. En los grifos no había agua. Kalugin me echaba agua de un cubo. Sobre los pufes pajizos de raso y sobre las sillas de mimbre sin respaldo estaba mi ropa: una bata con broches una camisa y los calcetines de seda torcida, doble Los calzones me llegaban por encima de la cabeza, la: bata había sido concebida para un gigante: yo me pisaba las mangas.

—No es ninguna broma Alexandr Alexándrovich —dijo Kalugin, arremangándome—, el niño andaba por las once arrobos.

Por fin amarramos la bata del emperador Alejandro III y regresamos a la habitación. Era la biblioteca de María Fiódorovna, una caja perfumada con armarios dorados, listados de franjas carmesí, arrimados a las paredes.

Conté a Kalugin quién había muerto del regimiento de Shuya, a quién eligieron comisario, quién se fue al Kubán. Bebíamos té, en las paredes, de los vasos de cristal cundían las estrellas. Y las tomábamos con chorizo de carne de caballo, negro y húmedo. Del mundo nos separaba una seda espesa y ligera de las cortinas; el sol incrustado en el techo se quebraba y brillaba, de los tubos de la calefacción soplaba un calor agobiador.

—¡Ah, sea lo que sea! —dijo Kalugin, cuando hubimos despachado el chorizo de caballo.

Salió y regresó con dos cajas regaladas por el sultán Abd al-Hamid al monarca ruso. Una era de cinc, la otra, con cigarrros, llevaba pegadas cintas y órdenes de papel. «*A sa majesté, l'Empereur de toutes les Russies* —llevaba grabada la tapa de cinc— con afecto de su primo».

La biblioteca de María Fiódorovna se llenó del aroma que le fuera familiar hacía un cuarto de siglo. Los cigarrillos de 20 cm. de largo y de un dedo de gordos venían envueltos en un papel rosáceo; no sé si alguien, aparte del autócrata ruso, fumó aquellos cigarrillos; no obstante elegí un puro. Kalugin me observaba sonriendo.

—¡Sea lo que sea! —dijo— no deben estar contados... Los lacayos me dijeron que Alejandro Tercero era un fumador empedernido: le gustaba el tabaco, el kvas^[16] y el champaña... Fíjate: ceniceros baratos de barro en la mesa y los pantalones remendados.

Era cierto, la bata en la que me metieron estaba mugrienta, brillaba y fue remendada un sinfín de veces.

Pasamos el resto de la noche observando los juguetes de Nicolás Segundo, sus tambores y trenes, sus camisas de bautismo y las libretas con garrapatos de niño. Fotos de los grandes príncipes, fallecidos en la infancia, mechones de su pelo, diarios de la princesa danesa Dagmara, cartas de su hermana, la reina de Inglaterra, todo eso, que olía a perfume y podredumbre, se pulverizaba en nuestros dedos. En los títulos de los evangelios y de Lamartine las amigas y damas —hijas de burgomaestres y de consejeros de Estado, con esmerada caligrafía inclinada se despedían de la princesa que se iba a Rusia. Luisa, su madre, reina minifundista, se empeñó en colocar bien a sus hijos; casó a una hija con Eduardo VII, emperador de la India y rey de Inglaterra, a otra con el

Románov, al hijo Jorge lo hizo rey de Grecia. La princesa Dagmara en Rusia se convirtió en María. Muy lejos llegaron los canales de Copenhague y las patillas de color chocolate del rey Cristián. Cuando paría a los últimos monarcas la pequeña mujer con odio de zorra, rebullía en la empalizada de los granaderos de Preobrazhenski, pero su sangre puerperal se derramó en una tierra de granito, implacable y vengativa...

Hasta la madrugada no pudimos deshacernos de esta crónica sorda y trágica. El cigarro de Abd al-Hamid se consumió. Por la mañana Kalugin me llevó a la Cheka, a la Gorójoyaya, 2. Estuvo hablando con Uritski. Yo me hallaba detrás de la cortina, que caía al suelo en olas de paño. Hasta mí llegaban palabras sueltas.

—El chico es nuestro —decía Kalugin—, el padre es tendero, comercia, pero él se separó de los suyos... Conoce idiomas...

El comisario de asuntos interiores de comunas de la región Norte salió del despacho con su contoneo. Tras los cristales de los lentes se desplomaban los párpados hinchados, mullidos, quemados por el insomnio.

Me hicieron traductor de la Sección Internacional. Recibí ropa de soldado y talones para comer. Me asignaron el rincón de una sala de lo que fue Gobernación y allí me puse a traducir las declaraciones de diplomáticos, incendiarios y espías.

No había pasado el día y ya tenía de todo: ropa, comida, trabajo y compañeros fieles.

Así, trece años atrás, comenzó esta vida mía, formidable, llena de sentido y de alegría.

Mis primeros honorarios

Vivir en Tiflis en primavera, tener veinte años y no ser amado es una cosa terrible. Eso me sucedió a mí. Tenía un trabajo como corrector de pruebas en los talleres de Impresión del Distrito Militar del Cáucaso. El río Kura bullía bajo las ventanas de mi buhardilla. Cuando se levantaba por detrás de las montañas, el sol iluminaba sus oscuros remolinos. Alquilé la buhardilla a una pareja de georgianos que acababan de casarse. El hombre tenía una carnicería en el Mercado Oriental. Al otro lado de la pared, él y su mujer, locos de amor, daban vueltas y se entrelazaban como dos grandes peces en un tanque pequeño. Las colas de estos dos peces frenéticos batían contra la pared. Hacían oscilar todo el desván, calcinado hasta la negrura por el sol, lo arrancaban de sus vigas y se lo llevaban al infinito. Sus dientes estaban herméticamente cerrados en la implacable furia de su pasión. Por las mañanas, la esposa, Miliet, bajaba a buscar pan. Estaba tan débil, que tenía que asirse del pasamano para no caer. Buscando a tientas los escalones con sus pequeños pies, tenía la sonrisa lánguida y vaga del que se está reponiendo de una enfermedad. Con la mano en sus pequeños senos, hacía una cortesía a todo el que se encontraba en el camino: al anciano asirio que estaba verde de vejez; al hombre que iba por allí vendiendo parafina; a las brujas viejas, agostadas y con profundas arrugas que vendían madejas de lana. Por la noche, los jadeos y gemidos de mis vecinos eran seguidos de un silencio tan penetrante como el plañido de una bala de cañón.

Vivir en Tiflis, tener veinte años y escuchar las conmociones en el silencio de otras personas es una cosa terrible. Para huir de aquello, salí corriendo de la casa y fui hasta el Kura, donde el calor de baño de vapor de la primavera de Tiflis me abrumó. Lo derriba a uno al golpearlo con todas sus fuerzas. Vagué a lo largo de las gibosas calles con la garganta abrasada. La niebla del calor primaveral me hizo retroceder hasta mi desván, hasta aquel bosque de ennegrecidos tocones iluminados por la luna. No había más remedio que buscar amor. Desde luego, lo encontré. Por suerte o por desgracia, la mujer que escogí era una prostituta. Se llamaba Vera. Yo rondaba detrás de ella por las noches a lo largo de la Avenida Colovin, sin atreverme a hablarle. No tenía ni el dinero para ella ni las palabras. Esas palabras incansables, gastadas y machaconas del amor. Desde la niñez, toda la fuerza de mi ser había sido dedicada a la invención de cuentos, dramas y argumentos, miles de ellos. Yacían en mi corazón como sapos en una piedra. Estaba poseído de un orgullo diabólico y no quería escribirlos prematuramente. Pensaba que era malgastar el tiempo no escribir tan bien como León Tolstoi. Estaba decidido a que mis argumentos vivieran para siempre. Las ideas atrevidas y las pasiones consumidas sólo valen el esfuerzo que se gasta en ellas cuando están vestidas de noble ropaje. ¿Cómo se puede hacer este noble ropaje para ellas?

Es difícil para un hombre que está a remolque de sus ideas, bajo el hechizo de sus miradas serpentinales, prodigarse en la espuma de insensatas y machaconas palabras de amor. Un hombre así es demasiado orgulloso para llorar de tristeza, y no sabe reír de alegría. Siendo un soñador, yo no había dominado el arte absurdo de la felicidad. Estaría forzado, por consiguiente, a dar a Vera diez rublos de mi pobre paga. Cuando me hube decidido, inicié la espera una tarde en la parte de afuera del restaurante «Simpatía». Tártaros en túnicas azules y botas de suave cuero pasaban con lento andar

junto a mí. Limpiándose los dientes con palillos de plata, echaban ojeadas a las mujeres pintadas de carmesí, georgianas de pies grandes y muslos finos. En la luz, que palidecía, había una pincelada de turquesa. Las acacias en flor a lo largo de las calles empezaron a suspirar en tonos bajos, temblorosos. Una multitud de oficiales en capotes blancos se precipitó por el bulevar, y ráfagas de aire fragante del Monte Kasbek bajaron hasta ellos.

Vera vino más tarde, cuando había oscurecido. Alta y pálida, se deslizó al frente de la simiesca muchedumbre como la Virgen María dirige la proa de una barca pescadora. Se adelantó hasta el nivel de la puerta del restaurante «Simpatía». La seguí tambaleándome:

—¿Va a alguna parte?

Su espalda ancha y rosada se movió frente a mí. Se volvió:

—¿Qué es lo que dice?

Frunció el ceño, pero los ojos reían.

—¿Dónde va?

Las palabras crujieron en mi boca como palos secos. Vera cambió el paso y caminó hombro a hombro conmigo.

—Diez rublos, ¿está bien?

Accedí tan rápidamente, que ella concibió sospechas.

—¿Pero tienes diez rublos?

Nos metimos en el vano de una puerta y le entregué el portamonedas. Contó los veintiún rublos que había en él; se excitaron sus ojos grises y se movieron sus labios. Separé las monedas de oro de las de plata.

—Dame diez —dijo devolviéndome el portamonedas—, gastaremos otros cinco y guarda el resto para seguir viviendo. ¿Cuándo cobras otra vez?

Yo respondí que dentro de cuatro días. Salimos del vano. Vera me tomó de la mano y apretó el hombro contra mí. Subimos la calle, que se estaba enfriando. El pavimento estaba cubierto de verduras secas.

—Sería bueno ir a Borzhomi y salir de este calor. —Dijo ella.

El pelo de Vera estaba sostenido por una cinta que recogía y reflejaba curvos destellos de luz de los faroles.

—Bueno, despeja para Borzhomi...

Eso fue lo que dije: despeja. Por alguna razón, esa fue la palabra que usé.

—No tengo la plata —dijo Vera con un bostezo.

Y se olvidó completamente de mí. Se olvidó completamente de mí porque había hecho el día, y porque yo era dinero fácil. Sabía que no la entregaría a la policía y que no le robaría el dinero o los aretes durante la noche.

Llegamos al pie del Monte San David. Allí, en un café, ordené kebab para los dos. Sin esperar que llegara, Vera fue a sentarse con unos viejos persas que trataban de negocios. Apoyados en sus pulidos bastones y moviendo los cráneos aceitunados, decían al dueño que era hora de que agrandara su comercio. Vera se metió en la conversación. Se puso de parte de los viejos. Era partidaria de transferir el negocio para el bulevar Mikhailovski. El propietario, demasiado flojo y cauteloso para ver el punto, se contentaba con resollar con dificultad. Comí mi kebab solo. Los brazos desnudos de Vera se salían de la seda de las mangas; golpeaba con el puño en la mesa, sus aretes volaban de acá para allá entre las espaldas largas y marchitas, las barbas amarillas y las uñas pintadas. El kebab estaba frío a la hora en que regresó a la mesa. Se había acalorado tanto, que tenía la cara roja.

—Uno no puede cambiar la muía ésta... De verdad que se puede hacer negocio, tú sabes, en Mikhailovski, con la cocina oriental...

Unos tras otros, conocidos de Vera pasaban junto a la mesa: tártaros en túnicas circasianas, oficiales de mediana edad, tenderos en chaquetas de alpaca y ancianos barrigones de rostros curtidos y espinillas verdosas en los carrillos. Ya era medianoche cuando llegamos al hotel, pero Vera tenía que hacer mil cosas aquí también. Había una vieja que se estaba preparando para ir a ver a su hijo en Armavir. Vera me dejó y fue a ayudar a hacer el equipaje. Se arrodilló sobre la maleta, ató almohadas unas con otras y envolvió empanadas en papel a prueba de grasa. La espalduda anciana, con un sombrero de gasa y una bolsa al costado, recorrió todas las habitaciones diciendo adiós. Arrastró por todos los corredores sus pies calzados con zapatos elásticos, sollozando y sonriendo con todas sus arrugas. Llevó toda una hora despedirse de ella. Esperé a Vera en un cuarto mustio con sillas de tres patas, una estufa de barro y manchas de humedad en las esquinas.

Me habían arrastrado y atormentado por la ciudad durante tanto tiempo, que este amor que yo deseaba parecía ahora un enemigo, un enemigo ineludible...

Afuera, en el corredor, había otra vida ajena que chancleteaba o estallaba de pronto en carcajadas. Unas moscas estaban muriendo en un vaso lleno de un líquido lechoso. Cada una tenía su manera propia de morir. La agonía de algunas era violenta y duraba largo tiempo. Otras morían tranquilamente, con un ligero temblor. Junto al vaso, en el estropeado mantel, había un libro: una novela de Golovin sobre la vida de los boyardos. Lo abrí al azar. Las letras se alinearon en una hilera única y formaron después un revoltillo. Frente a mí, en el cuadrado marco de la ventana, había una ladera pendiente y pedregosa por la que ascendía una tortuosa calle turca. Vera entró en el cuarto.

—Acabamos de decirle adiós a Feodosia Mavrikeyevna —dijo—. Era lo mismo que una madre para nosotros, sabes. La anciana está viajando completamente sola, no tiene a nadie que la acompañe...

Vera se sentó en la cama con las rodillas separadas. Sus ojos estaban muy lejos, vagando por los

puros reinos de su inquietud y amistad por la anciana mujer. Después me vio con la chaqueta cruzada puesta. Se cogió las manos y se estiró.

—Apuesto a que estás cansado de esperar... No importa, empezaremos dentro de un momento...

Pero yo, sencillamente, no podía comprender qué iba a hacer Vera. Sus preparativos eran como los de un cirujano que se apresta a realizar una operación. Encendió un hornillo portátil y puso en él una cacerola con agua. Tiró una toalla limpia sobre la cabecera de la cama y colgó más arriba de ella una lavativa con un depósito. El tubo blanco se columpiaba en la pared. Cuando el agua se calentó, la vertió en el depósito, tiró un cristal rojo en él y empezó a quitarse el vestido, que se sacó por la cabeza. Una mujer grande, de hombros caídos y arrugado vientre estaba de pie delante de mí. Sus pezones nacidos, a ciegas, apuntaban oblicuamente.

—Ven acá, mi vida —dijo mi amada—, mientras está el agua.

No me moví. Me entumecía la desesperación. ¿Porqué había cambiado la soledad por la miseria de esta pocilga, por estas moscas agonizantes y las sillas de tres patas...?

¡Oh! ¡Dioses de mi juventud! Qué distinto era esto, este triste asunto, del amor de mis vecinos al otro lado de la pared, de sus largos, prolongados chillidos...

Vera se puso las manos bajo los pechos y las movió de un lado a otro.

—¿Qué es lo que te pone tan triste? Ven acá...

Se subió el refajo hasta el vientre y se sentó en la cama de nuevo.

—¿Sientes tener que gastarte el dinero?

—No me preocupa el dinero —dije yo con voz rajada.

—¿Cómo es eso? ¿No te preocupa el dinero? ¿Eres ladrón o algo por el...?

—No soy ladrón.

—¿Trabajas para ladrones?

—Yo soy un muchacho.

—Puedo ver que no eres una vaca —murmuró Vera.

—Soy un muchacho —grité—, un muchacho con los armenios, ¿no comprendes?

¡Oh! ¡Dioses de mi juventud!... Cinco de mis veinte años se habían gastado en la invención de argumentos, miles de argumentos que engordaban mi cerebro. Yacían en mi mente como sapos en una piedra. Desalojado por la fuerza de la soledad, uno de ellos había caído en la tierra. Fue, evidentemente, cosa del destino que una prostituta de Tiflis fuera mi primer «lector». Me dejó frío lo repentino de mi invención, y le conté mi argumento como «muchacho con los armenios». Si le hubiera dedicado menos tiempo y reflexión a mi arte, hubiese inventado un cuento gastado sobre que yo era el hijo de un rico funcionario que me había echado de la casa, un cuento sobre un padre tiránico y una

madre pisoteada. Pero no cometí este error. Un relato bien ideado no necesita tratar de ser como la vida real. La vida real sólo es demasiado anhelante para parecerse a un bien ideado relato. Por esta razón (y por eso fue que le gustó tanto a mi oyente) nací en la pequeña población de Alyoshki, en la provincia de Knerson. Mi padre trabajaba como delineante en una compañía de vapores. Sudaba sobre su tablero de dibujar noche y día para darnos a nosotros, sus hijos, una buena educación; pero todos salimos a nuestra madre, una tonta que sólo se interesaba en pasar un buen rato. A la edad de diez años, empecé a robarle a mi padre. Cuando estuve crecido, me escapé para Bakú, a casa de unos parientes de mi madre. Estos me presentaron un armenio llamado Esteban Ivanovich. Me mudé con él, y vivimos juntos cuatro años.

—¿Pero qué edad tenías entonces?

—Quince años.

Vera esperaba que le contara sobre la debilidad del armenio que me había corrompido, pero yo continué:

—Vivimos juntos durante cuatro años. Esteban Ivanovich era la persona más decente y confiada que jamás yo había conocido. Creía cuanta palabra le decían sus amigos... Yo debí haber aprendido un oficio durante esos cuatro años, pero no hice nada... Lo único que me gustaba era jugar al billar... Los amigos de Esteban Ivanovich lo arruinaron. Él les dio letras de cambio sin fondos, y sus amigos las presentaron al cobro...

«Letras de cambio sin fondos». No sé cómo me vinieron a la mente, pero hice perfectamente bien en introducirlas. Después de eso, Vera lo creyó todo. Se cubrió con el chal que temblaba sobre sus hombros.

—Esteban Ivanovich estaba arruinado. Le echaron del apartamento, y se vendieron sus muebles en pública subasta. Se hizo viajante. Yo no iba a vivir con él ahora que no tenía dinero, de modo que me mudé con un capillero eclesiástico rico y viejo...

El «capillero eclesiástico» fue robado a algún escritor: era la invención de una mente perezosa que no podía molestarse en crear un personaje de la vida real.

Dije «un capillero eclesiástico», y los ojos de Vera titubearon y se escaparon a mi influencia. Entonces, para restablecer la situación, instalé asma en el pecho amarillo del viejo. Los ataques de asma lo hacían resollar roncamente. Saltaba de la cama por las noches y jadeaba en el aire cargado de parafina de Bakú. Murió pronto. El asma lo mató. Mis familiares no tenían nada que ver conmigo. De modo que aquí estaba en Tiflis con veinte rublos en el bolsillo, los mismísimos veinte rublos que Vera había contado en el vano de la puerta en la Avenida Golovin. El camarero del hotel donde estaba parando me había prometido conseguirme clientes ricos, pero hasta ahora sólo me había mandado posaderos armenios con barrigas grandes y gordas... A estas gentes les gusta su propio país, sus cantos y sus vinos; pero pisotean a las otras personas, hombres y mujeres, como un ladrón pisotea el jardín de su vecino...

Y comencé a hablar un montón de basura que había oído sobre los posaderos... La lástima que sentía por mí mismo me partía el corazón. Parecía que yo estaba absolutamente condenado. Temblaba de tristeza e inspiración. Regueros de sudor helado comenzaron a bajarme por el rostro como culebras que se movían sobre la hierba calentada por el sol. Dejé de hablar, comencé a llorar y me volví. Había terminado mi cuento. Hacía mucho que el hornillo se había apagado. El agua había hervido y se había enfriado otra vez. El tubo de goma colgaba de la pared. Vera fue silenciosamente hasta la ventana. Su espalda, deslumbradoramente blanca y triste, se levantaba y bajaba frente a mí. En la ventana, iba habiendo alguna luz alrededor de los picos de las montañas.

—Las cosas que hace la gente... —susurró Vera sin volverse—. Dios, las cosas que hace la gente...

Extendió los brazos desnudos y abrió las persianas de par en par. Los adoquines de la calle sisearon ligeramente al enfriarse. Había olor a polvo y agua... La cabeza de Vera se movía.

—De modo que eres una perra... como nosotras las putas...

Incliné la cabeza.

—Una perra como tú...

Vera se volvió hacia mí. El refajo le colgaba del cuerpo al sesgo, como un harapo.

—Las cosas que hace la gente —dijo de nuevo en voz más alta—. Dios, las cosas que hace la gente... ¿Has estado alguna vez con una mujer?...

Apreté mis labios fríos contra su mano.

—No. ¿Cómo iba a poder? No me dejaban...

Mi cabeza tembló contra sus pechos, que se derramaban libremente sobre mí. Los pezones tiesos se clavaron en mis mejillas. Estaban húmedos como las pantorrillas de una criatura. Vera me miró de lo alto.

—Hermana..., —susurró, y se sentó en el suelo a mi lado—, mi hermanita...

Ahora dígame usted, quisiera preguntarle: ¿Ha visto alguna vez un carpintero de aldea ayudando a un compañero a construir una casa? ¿Ha visto qué gruesas y ligeras y qué alegremente saltan las virutas cuando cepillan un tablón juntos?

Aquella noche, esta mujer de treinta años me enseñó todos los trucos de su oficio. Aquella noche me enteré de secretos de los que usted nunca se enterará, experimenté un amor que usted nunca experimentará, oí las palabras que una mujer dice a otra. Las he olvidado; no se da por sentado que las recordemos.

Caímos dormidos al amanecer. Nos despertó el calor de nuestros cuerpos, un calor que yacía en la cama como un peso muerto. Cuando despertamos, nos miramos riéndonos. No fui al taller aquel día. Tomamos té en el mercado de la Ciudad Vieja. Un plácido turco nos sirvió el té de un samovar

envuelto en una toalla. Era de un rojo ladrillo, y emitía un vapor como la sangre acabada de derramar. El fuego brumoso del sol resplandecía en los bordes de nuestros vasos. El largo, prolongado rebuzno de los burros se mezclaba con el martillar de los hojalateros.

Bajo unas tiendas, ponían en filas jarrones de cobre sobre alfombras descoloridas. Perros olfateaban por todos lados en las entrañas de las reses. Una caravana de polvo volaba hacia Tiflis, la ciudad de las rosas y el sebo del carnero. El polvo estaba empañando el fuego carmesí del sol. El turco nos sirvió más té, y llevó en el abaco la cuenta de los panecillos que comíamos. El mundo era hermoso, simplemente, para ser gentil con nosotros. Cuando estuve todo cubierto de finas gotas de sudor, volteé mi vaso. Después que le pagué al turco, empujé dos monedas de cinco rublos hasta Vera. Su pierna rolliza estaba atravesada sobre la mía. Rechazó el dinero y quitó la pierna.

—¿Quieres que tengamos una pendencia, hermana?

No, yo no quería tener una pendencia. Acordamos encontrarnos por la tarde, y yo volví a poner las dos piezas de oro en mi portamonedas.

Todo esto sucedió hace mucho tiempo y, desde entonces, a menudo he recibido dinero de editores, de hombres ilustrados y de judías que comercian con los libros. Por victorias que fueron derrotas, por derrotas que se convirtieron en victorias, por la vida y por la muerte que me pagaron sumas insignificantes, mucho más pequeñas que las que recibí en mi juventud de mi primer «lector». Pero no estoy amargado, porque sé que no moriré hasta que haya arrebatado una moneda de oro más, y ésta será la última, de las manos del amor.



ISAAK EMANUÍLOVICH BÁBEL (en ruso: Исаа́к Эммануи́лович Ба́бель; Odesa, 13 de julio de 1894 – 27 de enero de 1940). Bábel nació en una familia de origen judío en el gueto de la ciudad de Odesa, durante un periodo de desasosiego social en el que tuvo lugar el éxodo masivo de muchos judíos del Imperio ruso. Bábel sobrevivió un brutal pogromo ocurrido en su ciudad natal con motivo de la Revolución rusa de 1905, salvando la vida con la ayuda de vecinos cristianos que dieron refugio a su familia, pero su abuelo Shoyl fue uno de los 300 judíos asesinados en la ciudad.

En 1915 Bábel se graduó y se trasladó a Petrogrado, hoy San Petersburgo, desafiando las leyes zaristas que ordenaban el confinamiento de los judíos en la «Zona de Asentamiento». En la capital conoció al gran escritor ruso Máximo Gorki, que publicó algunos de sus cuentos en la publicación literaria Létopis («Летопись», «Crónicas»). Gorki aconsejó al joven Bábel que adquiriera más experiencia de la vida mezclándose con el pueblo; Bábel escribió en su autobiografía: «... le debo todo a ese encuentro [con Gorki] y aún pronuncio el nombre [de Gorki] Alekséi Maksímovich con amor y admiración». Uno de sus cuentos autobiográficos más famosos, «El cuento de mi palomar», está dedicado a Gorki. El cuento «La ventana del baño» fue considerado obsceno por la censura oficial y Bábel fue acusado de violar el artículo 1001 del Código Penal.

En los siguientes siete años, Bábel se adhirió al comunismo soviético y participó en la Guerra Civil rusa como cronista y soldado, también trabajó en la Cheka (ЧК — чрезвычайная комиссия) como traductor para los servicios de la contrainteligencia. Tuvo puestos en el Gubkom de Odesa (el Comité Regional del Partido Bolchevique), en el centro requisitorio de alimentos, y en el Narkompros (Comisaría del Pueblo para la Educación). Trabajó en una oficina de impresión tipográfica y desempeñó el cargo de reportero y periodista en San Petersburgo y Tiflis. El 9 de agosto del 1919 se casó con Yevguenia Gronfein en Odesa. En 1920, durante la sangrienta Guerra

Civil rusa, a Babel se le otorgó el cargo de periodista en el famoso «Primer Ejército de Caballería» (Konarmia) del mariscal de campo Semión Budionni. Babel fue testigo de la campaña militar de la Guerra Polaco-Soviética del 1920 y documentó los horrores del conflicto armado en su Diario de 1920 (Konarméyski Dnevnik 1920 Goda), que utilizó más tarde para escribir su libro más famoso, «Caballería Roja» (Конармия).

Babel publicó sus «Cuentos de Odessa» entre 1923 y 1924, mientras trabajaba como periodista. Luego, en 1927, publicó «Atardecer», otra colección de relatos. La calidad de sus obras, junto con la popularidad de Caballería Roja, le ganaron la fama entre los escritores de la Unión Soviética, fama que se extendió inclusive al extranjero. Durante esos años Babel se mostró cercano al realismo socialista postulado por el régimen soviético y de conformidad con las tesis de Máximo Gorki, pero pronto halló que su propio estilo literario, seco, directo y de crudo realismo, no era del agrado de las autoridades al faltarle «romanticismo revolucionario».

El 15 de mayo de 1939, Babel fue encarcelado en la prisión de Butyrka inmediatamente, no siendo llevado ante un tribunal sino hasta el 26 de enero de 1940; allí fue sujeto a un juicio sumario acusado de espionaje y terrorismo contra el gobierno, siendo condenado a muerte y fusilado al día siguiente. Tras el arresto, Babel y sus obras fueron prohibidas de toda mención pública, sus libros retirados de la circulación y su nombre borrado de todo registro literario de la URSS. Babel no sería rehabilitado sino hasta diciembre de 1954, durante el deshielo de Jrushchov, cuando la condena de 1940 fue anulada al considerarse la «ausencia de cualquier crimen» en las actividades del escritor.

Bibliografía

Cuentos de Odessa, Barcelona, Bruguera, 1981.

Debes saberlo todo (Relatos 1915-1937). Madrid, Alianza, 1976. Traducción del inglés: Veronica Head.

Cuentos de Odessa y otros relatos. Madrid, Alianza, 1972. Traducción: José Fernández Sánchez.

Siete Relatos. Grupo Editorial Norma, 1998.

Caballería Roja - Diario de 1920. 221 pag.

http://es.wikipedia.org/wiki/Isaak_B%C3%A1bel

Notas

[¹] En 1937 Bábel fue detenido; murió en un campo de concentración de Siberia el 17 de marzo de 1941.<<

[2] Sopa de pescado.<<

[3] Los novios deben de besarse para «endulzar» el vino.<<

[4] Zaddik (hombre justo), santón hasidita.<<

[5] Misa de difuntos. <<

[6] Vanidad de vanidades.<<

[7] Y todo es vanidad.<<

[8] Citas tomadas de las «Obras» de W. Shakespeare, editadas por «Aguilar».<<

[9] Especie de fideos <<

[10] Las dos primeras, ciudades de Ucrania. La tercera, lugar de destierro en Siberia.<<

[11] Hidalgo polaco.<<

[12] Fiesta judía <<

[13] Comisario de instrucción pública después de la revolución.<<

[14] Corre, Jáim.<<

[15] Equivale al ayuntamiento.<<

[16] Bebida refrescante. <<